

HIDALGO

LA VIDA DEL HÉROE

EDICIÓN FACSIMILAR

TOMO II

LUIS CASTILLO LEDÓN

PRÓLOGO

ARMANDO ESCOBAR OLMEDO

FRENTE DE AFIRMACIÓN HISPANISTA, A. C.
HONORABLE AYUNTAMIENTO DE MORELIA

MÉXICO, 2003

HIDALGO

LA VIDA DEL HÉROE

© **FRENTE DE AFIRMACIÓN HISPANISTA, A. C.**
Castillo del Morro # 114
Lomas Reforma
11930 México, D. F.
FAX 55-96-24-26
E-mail: ivanfah@prodigy.net.mx
MÉXICO

© **AYUNTAMIENTO DE MORELIA, MICHOACÁN**

HIDALGO

LA VIDA DEL HÉROE

EDICIÓN FACSIMILAR

TOMO II

LUIS CASTILLO LEDÓN

PRÓLOGO

ARMANDO ESCOBAR OLMEDO

FRENTE DE AFIRMACIÓN HISPANISTA, A. C.
HONORABLE AYUNTAMIENTO DE MORELIA

MÉXICO, 2003

PREFACIO

Con la publicación facsimilar de este segundo volumen de la célebre obra: **Hidalgo, la vida del Héroe** del destacado político e historiador nayarita, Luis Castillo Ledón, el Frente de Afirmación Hispanista y el H. Ayuntamiento de Morelia completan la coedición con que ambas instituciones han querido conmemorar el CCL aniversario del natalicio del Padre de la Patria.

Ya hemos visto cómo el primer volumen además del contenido original de la obra, lleva al inicio unos destacados comentarios de nuestro máximo y decano historiador latinoamericano el doctor Silvio Zavala, quien ha querido así participar en el homenaje nacional que se rinde a tan célebre insurgente. Le complementan el prólogo de quien esto escribe, una imagen de Hidalgo realizada por Francisco de Ynchaurregui en octubre de 1810 y un interesante apéndice con varios documentos sobre la Causa de Infidencia del Coronel don Narciso de la Canal que nos dan nuevas luces sobre los primeros momentos de la insurgencia.

Ya se dijo que el primer volumen contiene desde el capítulo I en el cual Luis Castillo nos describe el arribo de Cristóbal Hidalgo y Costilla a la Hacienda de San Diego Corralejo en el año de 1743, su matrimonio con doña Ana María Gallaga Villaseñor y el nacimiento de sus cinco hijos. El segundo de los cuales fue el futuro iniciador del movimiento de Independencia de la Nueva España.

A lo largo de sus 41 capítulos, Castillo Ledón narra de una manera amena la niñez, juventud y el desempeño de Miguel Antonio Hidalgo y Costilla Gallaga como estudiante, teólogo, rector y cura de Colima, San Felipe y la Congregación de los Dolores, estas dos últimas poblaciones en la Intendencia de Guanajuato. En el último capítulo, se describieron las angustias de los caudillos por las denuncias y prisiones de varios de sus compañeros conjurados y la inminente aprehensión de que serán objeto tanto Hidalgo como Allende oportunamente avisados por doña Josefa Ortiz Ordóñez de Domínguez, mejor conocida como La Corregidora; termina el mismo con la trascendental decisión de iniciar el movimiento libertario y con él el primer tomo.

El volumen que ahora presentamos consta de 29 capítulos –del XLII al LXX– y continúan la narración de la vida de don Miguel Hidalgo, ahora ya como insurgente dando el célebre “Grito de Dolores” la madrugada del 16 de septiembre de 1810. No hay interrupción entre el capítulo XLI con que terminó el volumen I y el XLII con el cual se empieza esta segunda parte. Existe una total ilación entre ambos capítulos y la secuencia de la narración. Creemos que la obra originalmente fue pensada para ser publicada en un

solo tomo, pero tal vez debido a lo voluminoso que resultaba por llevar las ilustraciones, se debió decidir en publicarlo en dos partes. Así por diversas razones vio la luz, post mortem, el primer tomo en 1948 y el segundo al año siguiente.

El volumen que ahora se presenta consta de 503 páginas de las cuales 304 son de texto, 169 del Itinerario Gráfico y el resto del Índice General.

A continuación, como en el primer tomo, haremos una breve descripción del contenido general de los principales capítulos y del volumen en lo general.

Como ya se ha dicho hay una total secuencia entre los capítulos XLI con el cual termina el primer volumen y el XLII, con el que iniciamos el segundo, en éste se narra el llamado de don Miguel Hidalgo a Allende para reflexionar sobre su inminente prisión; la decisión de nuestro futuro caudillo en lanzarse a la lucha, aprehender a los españoles de la Congregación de los Dolores y exhortar al pueblo a secundar el movimiento insurgente en la madrugada del domingo 16 de septiembre de 1810, termina el capítulo con la salida del improvisado “ejército” rumbo a la Villa de San Miguel.

En el capítulo XLIII, se describe su paso por la *Hacienda de la Erre* y la entrada al poblado de Atotonilco en cuyo célebre santuario se adoptará a Santa María de Guadalupe como patrona y protectora de la insurgencia. Los dos capítulos siguientes tratan de la entrada a la Villa de San Miguel, la entrevista y decisiva protección que el Coronel don Narciso de la Canal dio a los sublevados permitiéndoles consolidarse; el amotinamiento del pueblo de dicha Villa a favor de la causa; la detención de los principales españoles del lugar, y se menciona brevemente sobre la personalidad de los hermanos Ignacio y Juan Aldama.

En el capítulo XLVI, se menciona la salida de la Villa de San Miguel el Grande por el rumbo de Chamacuero (actual Comonfort) y la entrada de los insurgentes en Celaya donde fueron aclamados y nombrados el 20 de septiembre don Miguel Hidalgo como Capitán General del ejército insurgente, a Ignacio Allende, Teniente General y a Juan Aldama, Mariscal. Al día siguiente Hidalgo envió al Intendente de la Provincia de Guanajuato, don Juan Antonio Riaño una carta donde le explica que “...la dependencia de la Península por 300 años ha sido la situación más humillante y vergonzosa, en que ha abusado del caudal de los mexicanos con la mayor injusticia... Precipitado a sido su principio, (del movimiento) pero no pudo ser de otra manera... Deseamos ser independientes de España y gobernarnos por nosotros mismos... No hay remedio señor Intendente, el movimiento es grande, y mucho más cuando se trata de recobrar los derechos santos... usurpados por unos conquistadores crueles que (aprovechados)... de la ignorancia de los naturales... pasaron a usurparles sus costumbres, propiedades y vilmente (ser convertidos) de hombres libres a la degradante condición de esclavos...”.

Para los detractores del Padre de la Patria y quienes dicen que el movimiento de Hidalgo se inició sin un programa o sin objetivos claros, ahí en Celaya a los 6 días de comenzada la insurgencia queda claramente delineado el motivo del movimiento: tratar de recobrar los derechos usurpados a los naturales durante siglos de explotación y devolverles su libertad mediante la independencia.

Los capítulos XLVII y XLVIII tratan del avance de nuestros insurgentes por Salamanca, Irapuato y Silao, su arribo a la Hacienda de Burras en las inmediaciones de Guanajuato, desde la cual se intimó la rendición de esta Ciudad capital de la Intendencia, la muerte accidental del Intendente Riaño (amigo personal de Hidalgo), la célebre toma de la Alhóndiga de Granaditas el 28 de septiembre y el saqueo de la misma y de la ciudad. En el capítulo siguiente se describe la desolación y ruina de la recién tomada ciudad, el rápido regreso de Hidalgo a la Congregación de los Dolores, desde donde le envió a don Narciso de la Canal una misiva en la que le invita a unirse al movimiento independentista, el rápido regreso de Hidalgo a Guanajuato y las importantes noticias de que en Acámbaro había sido aprehendido el Intendente de Michoacán Manuel Merino, junto con varios de sus acompañantes entre otros el Coronel Diego García Conde, por lo que las puertas de Valladolid quedaban prácticamente abiertas.

En el capítulo L se describen las reacciones ocasionadas por el movimiento insurgente en las ciudades de México, Querétaro, San Luis Potosí y Guadalajara. De particular importancia es el edicto de excomuni3n dictado por el Obispo electo de Michoacán Manuel Abad y Queipo el 24 de septiembre.

Los esfuerzos de los Coroneles Manuel Flon en Querétaro y Félix María Calleja en San Luis Potosí para aprisionar a los conjurados y lanzarse a la captura de los rebeldes se mencionan en el capítulo LI. En el capítulo LII se narra la salida de Hidalgo de la ciudad de Guanajuato rumbo a Valladolid, pasando por Celaya, Salvatierra, Acámbaro, Indaparapeo y Charo, para entrar en su querida Valladolid el 18 de octubre, donde es recibido por el cabildo eclesiástico con una solemne misa en la catedral, un día antes el Gobernador de la Diócesis, don Mariano de Escand3n y Llera, Conde de Sierra Gorda, anul3 el edicto de excomuni3n dictado por Abad y Queipo. El 18 de octubre realiz3 ante el notario vallisoletano Jer3nimo Marocho algunas donaciones de importancia, “en virtud de la superior autoridad que reside en su persona”, este importante documento, fue poco tiempo despu3 tachado por3rdenes virreinales, ahora hemos insertado en el ap3ndice su correspondiente transcripci3n. Al día siguiente 19 de octubre se emiti3 el célebre Bando de la Abolici3n de la Esclavitud, dictado por Hidalgo, Capitán General de América y dado a conocer al pueblo por José María de Anzorena. El día 20 sali3 con rumbo a Maravatío y a su paso por Charo fue alcanzado por el cura de Carácuaro, el

futuro Siervo de la Nación, don José María Morelos, en donde se le comisionó para que insurreccionara la costa del Sur, Castillo Ledón da a continuación algunas notas biográficas de nuestro célebre caudillo. Don Miguel y los principales dirigentes duermen en Indaparapeo para luego proseguir hacia Acámbaro donde el día 22 Hidalgo es aclamado como Generalísimo y Allende como Capitán General. En este lugar, el ahora Generalísimo, nombró al licenciado José María Chico como Ministro de Policía y Buen Gobierno. A su paso por Maravatío, se entrevistó con el licenciado Ignacio López Rayón al cual le nombró su secretario. Su primera acción fue la de redactar una convocatoria dirigida a todos los jefes insurgentes para que se realizara una junta en la cual se debería de reglamentar las acciones de la revolución. Continuó el ejército insurgente su marcha por la Hacienda de Pateo, Tepetongo, La Jordana, San Felipe del Obraje, Ixtlahuaca y de ahí hacia Toluca.

En el capítulo LIII, se hicieron saber a los caudillos de los movimientos efectuados por los realistas Manuel de Flon, Conde de la Cadena y de Félix María Calleja en un intento por "...aniquilar la gavilla de ladrones que han reunido los dos monstruos americanos, el cura de Dolores y Allende...". Supo también Hidalgo el paso de los realistas por la Congregación de los Dolores y la Villa de San Miguel saqueando las casas de los caudillos insurgentes y sus simpatizantes. En tanto esto ocurría, el ejército de Hidalgo salió de Ixtlahuaca y entró a Toluca, cerca de la cual se encontraban las fuerzas del realista el coronel Torcuato Trujillo, a continuación se describe la famosa batalla del Monte de Las Cruces el 29 de octubre, en la cual el coronel perdió la mayor parte de su gente. Castillo Ledón describe en el capítulo LIV la gran conmoción y temor de los habitantes de la Ciudad de México ante la cercanía de los independentistas, los preparativos para resistir el inminente arribo de los insurgentes y la desesperación del virrey Venegas en acercar a la capital el mayor número de tropas para su defensa. Ya desde el 18 de octubre el arzobispo Lizana había emitido una carta pastoral contra los rebeldes y el Ayuntamiento de la Ciudad de México una proclama invitando a todos a unirse y a jurar lealtad a la corona. El día 30 la virgen de Los Remedios fue nombrada Generala de los ejércitos realistas y trasladada en solemne procesión desde su iglesia.

A fin de ocultar la derrota del Monte de las Cruces, el virrey hizo saber que Trujillo, el coronel vencido, en realidad había triunfado, la confusión es grande en la ciudad de México ante noticias tan contradictorias. Hidalgo ha reflexionado sobre la conveniencia de avanzar a la ciudad de México, las fuerzas insurgentes en lugar de avanzar rápidamente sobre la desguarnecida capital, permanecieron inactivas por varios días, en una desesperante calma para ambos bandos. Hidalgo comprendía que su ejército no

estaba tan organizado para hacer frente a los realistas y temía que en caso de tomar la ciudad de México, esta se convirtiera como en Guanajuato en una gran turba incontrolable y se dieran rienda suelta al saqueo.

En el capítulo LV se narra cómo el Generalísimo decide retroceder hacia Cuajimalpa, en esta marcha se les unió el licenciado Ignacio de Aldama y continúan su curso encontrándose inesperadamente en Aculco con el ejército de Calleja el 7 de noviembre quien en una rápida acción derrotó a una parte de las fuerzas insurgentes.

De la división en dos grandes bandos del ejército independentista después de esta derrota, unos siguiendo a Allende y otros a Hidalgo, nos trata el capítulo LVI. Mariano Hidalgo, los licenciados López Rayón y José María Chico entre otros siguen al Cura de Dolores y llegan cerca de La Villa del Carbón, continuando por Arroyo Zarco, el Salitrillo, Coroneo y la hacienda de Juan Martín a un lado de Celaya. Por su parte Allende, acompañado de los Aldama, Abasolo y varios militares llegan a Maravatio, Acámbaro y Salvatierra. De esta manera el 9 de noviembre ambos principales dirigentes se encuentran a unos cuantos kilómetros de distancia, pero las diferencias entre ellos son cada vez mas profundas, Allende decide marchar a Guanajuato y para no encontrar a Hidalgo, retrocede y marcha a Valle de Santiago, en tanto que Hidalgo quien llega a Salvatierra con el ánimo de encontrarse con don Ignacio y sigue a Valladolid a donde arriba el día 11 de noviembre. Al día siguiente el Generalísimo emitió un manifiesto en el cual hace saber el principal motivo del movimiento insurgente y rechaza las imputaciones que le hace la inquisición "...todos mis delitos traen su origen del deseo de vuestra felicidad... los opresores no tienen armas, ni gentes para obligarnos con la fuerza a seguir en la horrorosa esclavitud a que nos tenían condenados... Rompamos Americanos estos lazos de ignominia... establezcamos un Congreso que se componga de representantes de todas las ciudades... que dicte leyes suaves, benéficas y acomodadas a las circunstancias de cada pueblo... y a la vuelta de pocos años disfrutarán sus habitantes de todas las delicias que el Soberano Autor de la naturaleza ha derramado sobre este vasto continente...". El día 14 de noviembre 41 españoles prisioneros fueron conducidos a la Barranca de Las Bateas y sacrificados por el coronel Alatorre, capitán Muñiz, Vicente Loya y el torero Agustín Marroquín. En medio de tanta confusión la tarde del 15 de noviembre llegaron a Valladolid alentadoras noticias de Guadalajara, José Antonio Torres, el Amo, había tomado la capital de la intendencia de ese nombre e invitaba a Hidalgo a marchar a ella. El caudillo animado con esa acción, hizo saber a Allende su decisión de ir a Guadalajara, lo que verificó el día 17, invita a don Ignacio a que se le una en dicha ciudad. En este capítulo se incluye además entre otros, el texto de una carta optimista que Hidalgo le dirigió a Morelos y en la que le comenta que se ha mal

interpretado la retirada del ejército insurgente en el Monte de las Cruces, ya que la fortaleza de éste es tal que "...no dilataré en acercarme a México con fuerzas que hagan temblar a nuestros enemigos..."

En el capítulo LVII, se describe la manera en que el movimiento insurgente se ha propagado por diversas partes de la Nueva España como Zacatecas, la Intendencia de San Luis Potosí y la de Guadalajara. De particular interés es la actuación del Dr. José María Cos en la primera, de fray Luis de Herrera en la segunda y de José Antonio, el Amo Torres, en la tercera.

Del rápido avance de los realistas y la recuperación de importantes plazas como la de Guanajuato en poder de Ignacio Allende, comandados por Félix María Calleja y Manuel Flon, Conde de la Cadena, se tratan en el capítulo LVIII, la precipitada salida de Allende que ahondó más el caos que existía en la minera ciudad, ya que ante los insistentes rumores de que los realistas pasarían a cuchillo a todos sus habitantes, originó una terrible masacre con los prisioneros españoles, Calleja al enterarse de ello ordenó en venganza el fusilamiento de todos los simpatizantes de la revolución lo que se llevó acabo de inmediato, otros muchos fueron ahorcados. Al enterarse Calleja que en la ciudad se encontraba el destacado militar don Narciso de la Canal, ex jefe del Regimiento de la Reina de San Miguel el Grande, mandó que se le aprisionara y se le instruyera un proceso por "connivencia con los independientes". Parte de este interesante y revelador proceso se ha incluido en el apéndice del Primer Tomo de esta obra. Es menester hacer nuevamente la mención de que dicho proceso no fue incluido en la obra original por don Luis Castillo Ledón, y que se ha puesto ahora como un valioso aporte para el conocimiento de un momento clave en el inicio del movimiento de independencia de nuestro país en este tan significativo aniversario del natalicio de don Miguel Hidalgo.

Castillo Ledón comenta que don Narciso fue trasladado a Querétaro y a pesar de las rogativas para su liberación, Calleja se negó rotundamente a ello. De la Canal falleció dos años más tarde, el 5 de noviembre de 1813 en la ciudad de Querétaro. Calleja al enterarse de su fallecimiento ordenó que su causa fuera sobreseída. Poco tiempo más tarde, el 30 de enero de 1814, el Intendente de Zacatecas, Santiago de Yrisarri ordenó que se alzara el embargo de la Hacienda de Bañón, perteneciente a don Narciso María Loreto de la Canal.

Don Luis Castillo narra en el capítulo LIX la marcha de don Miguel a Guadalajara, itinerario por cierto poco estudiado, así como el forzado reencuentro entre Hidalgo y Allende en aquella capital de intendencia. El recibimiento que Torres le hizo a Hidalgo en Guadalajara fue impresionante, más de 22 coches salieron a recibirle desde el 24 de noviembre, el día 26 las campanas de toda la ciudad saludaban al Generalísimo, al

hombre de la Revolución, que entró con toda solemnidad a la majestuosa catedral para escuchar con atención bajo un elaborado dosel, la misa presidida por el Dr. José María Gómez y Villaseñor, Gobernador de la mitra y su pariente lejano. Los días siguientes fueron de gran actividad: reorganización del ejército, de su gobierno, nombramientos, planes de defensa y ataque, revisión de la situación económica, estrategias para afianzar el movimiento. El 5 de diciembre emitió un decreto por el cual los arrendatarios de tierras de las Comunidades de los Naturales y que estuvieren vencidas, fueran dichas tierras entregadas a sus comunidades y no pudieran en lo sucesivo arrendarse, es sin duda un importante mandamiento en materia agraria, que con el que había dictado en Valladolid el 19 de octubre fijaban claramente la postura en materia social beneficiando a las clases desposeídas.

Ante la urgente necesidad de reorganizar su Gobierno se hicieron los siguientes movimientos y adecuaciones: Hidalgo continuó como Generalísimo, otro tanto pasó con Allende, Capitán General, y nombró al joven abogado José María Chico como Ministro de Gracia y Justicia y a Ignacio López Rayón Ministro de Estado y Despacho. Otros nombramientos fueron: el de Presidente de la Audiencia de Guadalajara para José María Castañeda y don Pascasio Ortiz de Letona representante diplomático ante el Gobierno de los Estados Unidos. A finales de diciembre comenzó a publicarse el “Despertador Americano”, órgano de difusión de los independentistas, el cual estuvo a su cargo el titubeante y conflictivo Dr. Francisco Severo Maldonado. El Gobierno insurgente envió asimismo a las principales provincias sus representantes a fin de consolidar la revolución o lograr su adhesión.

El capítulo LX es abundoso de noticias, se iniciaba en Guadalajara el decisivo año de 1811 y mientras Hidalgo se dedicaba a dictar nuevos nombramientos y a recabar informes sobre el avance de los realistas, su hermano Mariano tesorero del gobierno lograba poner en orden sus cuentas, y aumentar los haberes revolucionarios en más de medio millón de pesos recaudados tan sólo en esa capital. Don Miguel recibía con gusto nuevas de las adhesiones al movimiento, pero también con gran preocupación la pérdida de importantes plazas, entre ellas la de su entrañable Valladolid a manos del brigadier José de la Cruz, debido a que el Intendente Anzorena al saber la proximidad de De la Cruz abandonó precipitadamente la ciudad dejándola indefensa. Una vez posesionado de la capital de la Intendencia de Valladolid, el brigadier realizó nuevos nombramientos y el Gobernador de la Mitra don Mariano de Escandón quien meses antes había dejado sin efecto el edicto de excomuniación contra Hidalgo, para congraciarse con los realistas lo emitió nuevamente. Poco tiempo más tarde llegaron a la ciudad tanto el Obispo Abad y Queipo como el Intendente Merino. Calleja en tanto avanzaba hacia León y

posteriormente a Lagos; ambos realistas (él y De la Cruz) no sólo se destacaban por sus acciones militares sino también por su ferocidad contra los insurgentes y cuanta persona les pareciera sospechosa. Sobresalen en ese tiempo las importantes acciones bélicas de don José María Morelos en el actual estado de Guerrero. Por instrucciones del Virrey Venegas, Calleja y De la Cruz se dirigieron a Guadalajara con el objeto de atacar a los insurgentes. Hidalgo sabedor del inminente enfrentamiento, planeó con sus principales consejeros las acciones a seguir, fueron nuevamente notorias las diferencias entre los pareceres de Hidalgo y Allende. A fin de resguardar la ciudad de Guadalajara, Hidalgo salió hacia Puente Grande el 14 de enero, desde días antes había salido el grueso de su ejército. La decisiva batalla era inminente.

En el capítulo LXI se narra la famosa acción de Puente de Calderón el 16 de enero. Se encontraban frente a frente contingentes muy desiguales en número, preparación, armamento y disciplina, don Luis Castillo describe esta batalla que culminó con la desafortunada derrota del ejército insurgente. La desbandada de los independentistas fue notable, y muy significativa la de Mariano Abasolo uno de los primeros en huir al frente de su ejército.

Allende, Hidalgo, Rayón y Aldama se reencontraron en Rincón de Romo en el camino hacia Aguascalientes, ahí Hidalgo fue prácticamente relevado de su cargo el cual fue tomado por Allende. Continuaron su retirada hasta Zacatecas, protegidos por José Mariano Jiménez y a principios de febrero tomaron el rumbo del Saltillo. En tanto los jubilados realistas dieron cuenta al Virrey Venegas de lo ocurrido en los diversos frentes. El breve capítulo LXII trata de las acciones de Calleja en Guadalajara, de las operaciones de De la Cruz por el rumbo de Tepic y San Blas, la muerte del cura insurgente José Mercado al arrojarse a un barranco y la cruel venganza del realista contra el anciano padre del sacerdote, al cual mandó ahorcar por sospechoso. En tanto esto ocurría, el Obispo Abad y Queipo ya sintiéndose seguro en su sede continuó las invectivas contra Hidalgo y la insurgencia.

Breve también es el capítulo LXIII que trata íntegramente sobre el famoso periódico insurgente *El Despertador Americano* impreso en los talleres de Mariano Valdés Girón y dirigido por Fructuoso Romero, la redacción como ya hemos visto antes, estuvo a cargo del Dr. Francisco Severo Maldonado originario de Tepic, hombre de grandes conocimientos pero muy variable de carácter. Como es de sobra conocido el impreso salía los jueves de cada semana desde el 20 de diciembre que vio la luz el número 1, excepto dos números extraordinarios que lo fueron el 3° (sábado 29 de diciembre) y 6° (el viernes 11 de enero), en total salieron solamente 7 ejemplares. Al saber la derrota de

los insurgentes, el veleidoso doctor Maldonado se retractó de su filiación y se acogió al indulto lanzando posteriormente duros ataques contra Hidalgo.

En el capítulo LXIV, se retoma el hilo de la narración sobre la marcha de los insurgentes desde Zacatecas con Hidalgo casi prisionero: Allende y sus allegados ahora encabezaban el movimiento. Su dirección era hacia el Saltillo y de ahí a la Provincia de Texas, para internarse a los Estados Unidos.

Las penosas condiciones en que viajaban son contadas con amenidad por un testigo insurgente que hace patente la gran falta de medios para subsistir, los que hacían más llevaderos con el buen ánimo de los caudillos patriotas "...Este cúmulo de circunstancias formaba al fin un todo tremendo que debía inspirar mucho terror y respeto...pero aquella juventud...veía con desdén aquella difícil situación respondiendo a su faz aterradora recitando poesías, llenas de entusiasmo y patriotismo que pintaban tan bien nuestras desgracias, con la firme esperanza de remediarlas..."

Las noticias que llegaban no eran en nada alentadoras, al poco tiempo de su salida de Zacatecas, ésta fue recuperada por José Manuel de Ochoa el 17 de febrero. Jiménez le escribió a Allende sobre la urgente necesidad de redoblar los ánimos y seguir a marchas forzadas hasta el Saltillo a fin de evitar ser atrapados por los realistas. El ahora dirigente del movimiento logró llegar a este lugar el 24 de febrero e Hidalgo hasta principios de marzo, el cual a pocos días más tarde presentó formalmente su renuncia como Jefe del Ejército, ésta fue de inmediato aceptada y nombrado en su lugar Ignacio Allende, se acordó que se continuarían dando a Hidalgo las preeminencias y distinciones de su antiguo cargo. Por esos días llegó a los caudillos el ofrecimiento del indulto por el Virrey Venegas, al cual le contestan airadamente que "...no dejarán las armas de la mano hasta no haber arrancado de las de los opresores la inestimable alhaja de su libertad..." y pronunciaron sus célebres palabras "...el indulto, señor Excelentísimo, es para los criminales, no para los defensores de la patria..."

Llega así la narración a uno de sus momentos y capítulos culminantes, la aprehensión de los caudillos en Baján, la cual es descrita con minuciosidad en el capítulo LXV. Del Saltillo salieron el 16 de marzo y después de pasar por el punto conocido como La Capellanía llegaron a la *Hacienda de Santa María* donde decidieron pernoctar, los días siguientes tras atravesar pesadas cuestas y precipicios arribaron a la *Hacienda del Anaelo*, ya por entonces se fraguaba la conspiración de Francisco Ignacio Elizondo, criollo natural de Salinas que hacía poco había aprisionado al gobernador independentista Pedro de Aranda e instalado en su lugar una Junta que aprobó que Elizondo saliera al encuentro de los caudillos, los que se encontraban cerca de ahí confiados en los ofrecimientos de ayuda de Aranda, sin saber que estaba preso y Elizondo les acechaba.

El 20 de marzo los insurgentes atravesaron el difícil paso entre el desfiladero del Añelo y el Espinazo del Diablo, llegando al anochecer a la Punta del Espinazo en una agotadora jornada. Unos enviados espías de Elizondo entregaron a Jiménez una carta e informes falsos de que el Gobernador Aranda se encontraba cerca y venía jubiloso a recibirlos junto con Elizondo.

Llegó así el fatídico 21 de marzo, hacia las 9 de la mañana los fatigados insurgentes avistaron el ansiado punto conocido como las Norias de Baján, con agua suficiente que remediaría en mucho su acentuada falta. Elizondo apostó sus fuerzas en partes estratégicas y un fuerte contingente con el pretexto de rendirles honores a los generales. Conforme fueron llegando los desprevenidos carruajes se les aprisionaba y mandaba a buen resguardo a Baján. Narra Castillo Ledón a continuación la muerte del joven Indalecio Allende, la captura de su padre Ignacio, y posteriormente la de Hidalgo el cual venía desprevenido a caballo platicando con un sacerdote y más atrás los demás caudillos, los cuales al ser aprisionados fueron inmediatamente trasladados a Monclova a donde llegaron el 22 de marzo por la tarde. El resto de los capítulos describe los diversos traslados de Hidalgo, Allende, Aldama, Jiménez y los principales héroes que encabezaron el movimiento insurgente hasta su destino en Chihuahua ya que los demás se mandaron a diversas partes.

Temiendo Venegas que los caudillos pudieran ser liberados, mandó terminantes instrucciones a fin de que se les iniciara el juicio correspondiente para "...que sean juzgados en esa ciudad por un Consejo de Guerra y que su sentencia sea ejecutada sin pérdida de tiempo...".

El 7 de mayo un día antes del aniversario de su natalicio, se inició contra Hidalgo la causa militar, poco después se le continuó la causa eclesiástica pendiente y de la cual ya se habló largamente en el primer tomo de esta obra y como bien dice Castillo Ledón "...No le esperaba a Hidalgo, pues, a estas horas, sino la degradación sacerdotal, la sentencia y la muerte."

En el capítulo LXIX, y penúltimo de la obra, Ledón hace un breve repaso de la situación de la Nueva España en esos meses. Rayón quien había permanecido en Zacatecas, logró salvar y pudo continuar en el Norte con algunas campañas. Muchos de los seguidores de Hidalgo y el movimiento insurgente se convirtieron luego en feroces detractores, afortunadamente muchos más sabedores de la urgente necesidad de un cambio favorable para la gran cantidad de desposeídos de la tambaleante colonia logró proseguir su ardua lucha, entre ellos el inmortal don José María Morelos y Pavón.

Llega a su fin la obra con el capítulo LXX en una conmovedora narración sobre los últimos meses de vida de nuestro extraordinario caudillo, tiempos en que debió

reflexionar profundamente de lo acontecido, sobre lo que hizo y aquello que deseó realizar en beneficio de la Patria y que no le fue posible llevar a cabo, tiempos de inquietud y de serenidad, así enfrentó la esperada sentencia y su previsible ejecución llevada a cabo el 30 de julio de 1811 en San Francisco de Chihuahua, con la frente en alto y el orgullo de dar la vida por su patria y por lograr su anhelada libertad de la cual fue su decisivo iniciador.

A continuación don Luis Castillo en un largo e interesante apartado que denominó Epílogo hace un certero repaso y comentario de lo actuado por don Miguel Hidalgo y el movimiento insurgente.

Complementan la obra 170 fotografías de lugares, documentos y personajes fundamentales a la vida y obra del ilustre Padre de la Patria, muchas de las cuales son ahora verdaderos testimonios históricos por haber ya desaparecido muchos de estos lugares o haber sido transformados. No olvidemos que dichas fotografías fueron tomadas hacia 1907 durante el largo recorrido de don Luis Castillo Ledón por los lugares claves en torno a la vida y obra de don Miguel Hidalgo.

Como un aporte a esta edición conmemorativa del 250 aniversario del natalicio del Padre de la Patria se ha incluido en el apéndice, una reproducción del interesante documento firmado por Hidalgo como Capitán General de América, en Valladolid el 18 de octubre de 1810 con su correspondiente transcripción.

Terminemos este prólogo con las mismas palabras de don Luis Castillo Ledón al final de la obra:

“¡Hidalgo... fue un héroe porque se sacrificó en bien de su pueblo, de su raza, de su patria, y selló con su sangre el triunfo de su ideal!”

ARMANDO ESCOBAR OLMEDO
Morelia, Michoacán 19 de octubre de 2003.
Año del Padre de la Patria.

HIDALGO

.

LA VIDA DEL HEROE

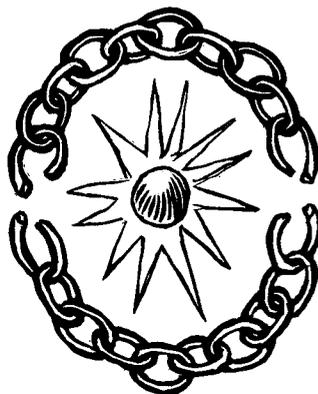
HIDALGO

La Vida del Héroe

por

Luis Castillo Ledón

VOLUMEN II



MEXICO

1 9 4 9

Buscar la verdad parece una empresa ilusoria y paradójica. Teniendo paciencia, se llega a veces a la exactitud, y teniendo conciencia, a la veracidad; son las cualidades fundamentales de la historia.

REMY DE GOURMONT

S U M A R I O

V O L U M E N II

	PAGINA
XLII	1
<i>Llamado de Hidalgo a Allende—En expectación—La noche del 15—La madrugada del 16—Llega el aviso—Deliberaciones—Resolución del Cura—El tañido de la campana—El grito—¡Pueblo, a las armas!—Se organiza el ejército libertador—Salida de Dolores—En la senda de la inmortalidad.</i>	
XLIII	9
<i>En la hacienda de La Erre—Paso por el Santuario de Atotonilco—La Virgen de Guadalupe, bandera de la rebelión—Las dos vírgenes rivales—El ideal de la Patria.</i>	
XLIV	14
<i>La noticia en San Miguel—Alarma de los españoles y tranquilidad del pueblo—Medidas tomadas—Alto de los insurgentes en Arroyo de la Arena—Entrada a San Miguel—Entusiasmo popular—Aprehensión de los europeos—Diversidad de incidentes.</i>	
XLV	21
<i>El pueblo de San Miguel se amotina—Plática entre Hidalgo y Allende—Formación de una junta de gobierno—Designación de autoridades y empleados—Los hermanos Aldama—Las iglesias en entredicho—Organización del ejército insurgente—Los fondos y su tesorero—El ejército sigue su marcha.</i>	
XLVI	27
<i>Alto en Chamacuero—Incidente en San Juan de la Vega—Acampamento en Santa Rita—Intimación a la plaza de Celaya—Entrada a la ciudad—Nuevo acopio de dinero—Hidalgo aclamado Capitán General—Reunión del Ayuntamiento—Carta al intendente Riaño—Se desiste del avance a Querétaro—Estado de defensa y sucesos de éste—Hacia Occidente.</i>	
XLVII	35
<i>El ejército insurgente en marcha—En Salamanca—La primera proclama—Arribo a Irapuato—Sojuzgamiento de Silao—Alarma y medidas de defensa en Guanajuato—Llamadas de auxilio del intendente Riaño.</i>	

XLVIII	— — — — —	43
	Sale Hidalgo de Irapuato—En la hacienda de Burras—Intimación al intendente Riaño—Avance sobre Guanajuato—Primer contacto con el enemigo—Tomando posiciones—Se adelanta el ataque—En pleno asalto—Tardía intervención de Hidalgo—Consumábase la acción—Saqueo general—Noche de terror—Granaditas y la Bastilla.	
XLIX	— — — — —	51
	Desolación, ruina y desorden—El cadáver del Intendente—Reprensión del saqueo—Hidalgo en el Ayuntamiento—Estado de los prisioneros—Falsa alarma—Noticias de Dolores y San Miguel—Vuelta de Hidalgo a Dolores—Invitaciones al marqués Del Jaral y al coronel De la Canal—Avance a la hacienda de La Quemada—Vuelta a Guanajuato—Designación de autoridades y otros nombramientos—Nuevas provisiones—Establecimiento de una fábrica de cañones y de una casa de moneda—Requisición—Postreras disposiciones—Salida de Guanajuato.	
L	— — — — —	59
	Acontecimientos en México—El nuevo Virrey—Providencias de las autoridades coloniales—Concentración de fuerzas realistas en Querétaro—Aprestos militares en San Luis y Guadalajara—Medidas de orden político—La Iglesia en acción—Divergencia de opiniones—Corporaciones e instituciones en contra de la revolución—Protestas de fidelidad—Los bandos contendientes.	
LI	— — — — —	69
	Querétaro y San Luis en actitud de defensa—Calleja se organiza—La revolución se propaga—La acción de Carrozas—El bajo clero propagandista y partidario del movimiento—Resuelve Hidalgo marchar a Valladolid—Las fuerzas de Jiménez y las de Aldama se reúnen—Avance del ejército insurgente en tierras de Michoacán—La intimación a la capital de la provincia—Entre parlamentarios—A las puertas de Valladolid.	
LII	— — — — —	77
	Entrada de Hidalgo a Valladolid—Nombramiento de autoridades—Forzados honores del Clero—Tumulto y saqueo—Recolección de caudales—Manifestaciones de la masa popular—Expedición del primer decreto, aboliendo la esclavitud—Aumento de fuerzas y recursos—Salida rumbo a México—El cura Morelos se presenta a Hidalgo—Aclamación de Hidalgo como Generalísimo, de Allende como Capitán General, y de otras promociones en Acámbaro—Gran revista de las tropas—Prosigue la marcha—Acontecimientos en Maravatío—López Rayón en escena—Diversos incidentes de la travesía.	
LIII	— — — — —	86
	Movimientos del conde De la Cadena y del brigadier Calleja—El coronel Trujillo marcha al encuentro de Hidalgo—El ejército insurgente en Toluca—Las fuerzas realistas y las insurgentes buscan el contacto—Frente a frente—Batalla del Monte de las Cruces—Triunfo de los independientes—A las puertas de la ciudad de México.	

LIV	— — — — —	95
	Comoción en México—Medidas de defensa—Hidalgo pide al Virrey la entrega de la ciudad—Actividad en contra de los progresos de la revolución—La Virgen de los Remedios Generala—Se declara victoria la derrota—Hidalgo inactivo—Inquietudes en la ciudad—Alarmas en los alrededores—El ejército insurgente retrocede—México se tranquiliza—Conjeturas sobre la retirada.	
LV	— — — — —	101
	Nueva deserción—Retroceso de Cuajimalpa—Altercado con un cura en Nixini—Pernoctando en campo raso—Aviso de la proximidad de Calleja—Junta de guerra—En marcha hacia Aculco—El licenciado Aldama se une al ejército insurgente—Ocupación de Aculco—Dispositivos—Diálogo entre el licenciado Aldama e Hidalgo—Las fuerzas contendientes fijan sus posiciones—Nueva junta de guerra—Frente a frente—Se inicia el combate—Rápida batalla—Derrota de los insurgentes—La noticia en México—Calleja retrocede a Querétaro.	
LVI	— — — — —	109
	Hidalgo y Allende por rumbos distintos—Toman contacto y convienen en separarse—La noticia del desastre de Aculco en Valladolid—Vuelta del Cura a esta ciudad—Tratando de rehacerse—Manifiesto contra el edicto de la Inquisición—Hidalgo explica por qué no entró a México y el resultado de la acción de Aculco—Matanza de españoles—Noticia de la toma de Guadalajara—El nuevo ejército—Salida rumbo a la Nueva Galicia—Una joven misteriosa—Otra matanza de españoles.	
LVII	— — — — —	117
	La rebelión se propaga—Graves acontecimientos en la intendencia de Zacatecas—Sublevación en San Luis Potosí—Toma de la ciudad de Guadalajara.	
LVIII	— — — — —	128
	Entrada de Allende a Guanajuato—Preparativos para la defensa—Las noticias de la sublevación de San Luis Potosí, y la toma de Guadalajara—Suntuosa festividad religiosa—Acopio de elementos de guerra—Aviso del avance de Calleja—Cartas de Allende a Hidalgo—Prédicas del clero en la vía pública—Calleja y Flon atacan Guanajuato—Retirada de Allende—Asesinato de los prisioneros españoles—Entran los realistas a la ciudad—Tremendas represalias—Se restablece el orden—Aprehensión del coronel De la Canal—Táctica equivocada.	
LIX	— — — — —	136
	En la ruta hacia Guadalajara—Entrada a la capital de la Nueva Galicia—Recibimiento inusitado—Primeros actos—La Fernandito—Varios decretos y bandos, el primero de carácter agrarista—Toma de Tepic y del puerto de San Blas—Llegada de Allende—Ruta seguida por Jiménez—Organización del Gobierno revolucionario—Envío de un agente diplomático a Estados Unidos—La rebelión en Colima—Nueva matanza de españoles—Otros manifiestos—Diversos incidentes—Revista del ejército insurgente.	

LX	-----	147
	<p>Año nuevo y nuevo ayuntamiento—Continúa la reorganización del ejército—Conducta de los Aldama, de Abasolo y de Balleza—Recaudación de fondos—La revolución en el Norte—Reconquista de Valladolid por los realistas—Actividades de Morelos—Medidas del Gobierno virreinal—Embargo de la Diputación a las Cortes—Movimientos de Calleja—Junta de guerra insurgente—Acción de Urepetiro—Hidalgo sale de Guadalajara—Ultimos degüellos de españoles.</p>	
LXI	-----	157
	<p>Llega el ejército insurgente a Puente Grande—Nueva junta de guerra en La Laja—Arribo a Puente de Calderón—El ejército de Calleja se presenta—Preludios de combate—Posiciones de los dos ejércitos—La batalla—Inesperada hecatombe—La acción se resuelve a favor de los realistas—Huída del ejército de Hidalgo—Retorno a Guadalajara—Rápida marcha hacia Aguascalientes—El Generalísimo es desposeído del mando en Pabellón—Allende suplanta al Cura—En Zacatecas—La campaña de Jiménez—Rumbo al Norte.</p>	
LXII	-----	167
	<p>Calleja en Guadalajara—Operaciones de Cruz—Muerte del padre Mercado—Sale Calleja rumbo al Norte—Nuevas medidas del poder virreinal—Maniobras de carácter religioso—Réplica de la Inquisición a Hidalgo—Los Guadalupes en acción.</p>	
LXIII	-----	173
	<p>El Despertador Americano—Números publicados—Su redactor y colaboradores—Obra intelectual de Hidalgo en Guadalajara—Contenido de cada número—Recogimiento e incendio del número 7—El redactor de El Despertador se acoge al indulto—Escribiendo contra lo que antes defendía—Personalidad del doctor Maldonado.</p>	
LXIV	-----	179
	<p>El ejército insurgente abandona Zacatecas—Relato sobre la travesía—Arribo a Matehuala—Llamado de Jiménez a Allende—Entra Hidalgo a Saltillo—La capital y la provincia—Formal deposición del Cura y Caudillo—Proposición de indulto a los insurgentes—Contestación de Hidalgo y Allende—La marcha hacia la frontera con los Estados Unidos.</p>	
LXV	-----	186
	<p>La primera jornada—Designación de nuevo representante diplomático en Washington—Se prosigue la marcha—Alto en Mesillas—Estancia en Anaelo—Planes de contrarrevolución—El Capitán Elizondo en escena—Aprehensión del Gobernador Aranda—Sale Elizondo al encuentro de la columna insurgente—De Anaelo a Espinazo del Diablo—Contacto de Elizondo con los insurgentes—Reanuda su avance la columna—Se avista Baján—La emboscada de Elizondo—Aprehensión de los caudillos y su gente—La noche en Baján—Entrada de los prisioneros a Monclova—Duros sufrimientos.</p>	

LXVI	Regocijo de los realistas por la captura de los caudillos—La conducta de Elizondo—Indecisión por el destino de los principales reos—Se emprende con ellos la marcha—Suerte de los que quedan en Monclova—Abandona Rayón a Saltillo, en hábil retirada—Hidalgo y sus compañeros rumbo a Chihuahua—Separación de los eclesiásticos—Bando del brigadier Nemesio Salcedo—Entrada de los reos a Chihuahua—Su alojamiento en las prisiones—Oficios de su carcelero.	197
LXVII	Instrucciones del Virrey sobre los reos—Nombramientos de jueces y de una Junta Militar—Primeros enjuiciados y ajusticiados—Nuevas ejecuciones—El proceso de Allende—Las causas de Aldama, Jiménez y Santa María—Ejecuciones de estos cuatro reos—Cuarta partida de ajusticiados—Reos condenados a destierro—Doble presión ejercida sobre los encausados.	205
LXVIII	Iniciación de la causa militar de Hidalgo—Actitud ante sus jueces—Valentía del Caudillo—Blandura del sacerdote—Documento de retractación—Proceso eclesiástico—Ratifica la retractación—Interviene el Tribunal de la Fe—La causa inquisitorial al corriente—Contestación a los cargos de la Inquisición—El juez eclesiástico revisa la causa militar—Nueva diligencia—Dictamen del auditor y proposición de sentencia—El tribunal eclesiástico revisa nuevamente la causa militar—Carácter del juicio—En las gradas del cadalso—Indole de la retractación.	213
LXIX	Ojeada sobre la situación—En Guadalajara—En Monclova—El juicio de los clérigos en Durango—Actividades de Rayón en Zacatecas—Hechos de armas diversos—Medidas de la Regencia de España y del Gobierno Virreinal—Denuestos contra Hidalgo—La revolución en pie.	224
LXX	Solo consigo mismo—Sus lecturas en la prisión—Pensando en la Patria—Recuerdo de los seres queridos—Bondades de sus carceleros—Conspiración para salvarlo—Reparos del canónigo Fernández Valentín para proceder en la causa—Sentencia de degradación—Acto de la degradación—Se pronuncia la sentencia de muerte—El encapillamiento—Asombrosa entereza—Los últimos momentos—Gratitud para sus carceleros—Camino al patíbulo—La ejecución—Exposición del cadáver—Su decapitación—Su entierro en la capilla de San Antonio—Las cabezas de Hidalgo, Allende, Aldama y Jiménez en Granaditas—Inscripción infamante.	231
EPILOGO		245
DOCUMENTACION DEL VOLUMEN II		285
ITINERARIO GRAFICO		
INDICE GENERAL DE LA OBRA		

HIDALGO

.

LA VIDA DEL HEROE

• XLII •

*Llamado de Hidalgo a Allende - En expectación - La noche del 15 - La madrugada del 16 -
Llega el aviso - Deliberaciones - Resolución del Cura - El tañido de la campana - El grito -
¡Pueblo, a las armas! - Se organiza el ejército libertador - Salida de Dolores - En la senda
de la inmortalidad*

DESDE SU ARRIBO A SAN MIGUEL en la mañana del día 8, el capitán Allende no había dejado de estar en actividad, poseído de una especie de "frenesí," como él mismo lo llamara. Siguió carteándose con Hidalgo y con los aliados de Querétaro, y la junta conspiradora sanmiguelense volvió a funcionar con grande animación en el entresuelo de la casa de su hermano Domingo, noche a noche, mientras se bailaba en el piso alto.

Transcurrida de este modo una semana entera, Hidalgo, cuya actividad no desmayara tampoco, tuvo noticias, aunque vagas, sin duda procedentes de Guanajuato, de que había orden de aprehensión en contra de su compañero, y mandó llamarlo con urgencia. Esto acontecía el día 14. Allende partió después de la hora de comer acompañado de su asistente Francisco Carrillo, y llegó a Dolores a las seis de la tarde. No encontrando al Cura en su casa, fué a buscarlo a la de su ex compañero de armas, el español don José Antonio Larrinúa, en donde según le dijeron lo encontraría de visita. Habitaba éste a espaldas de la casa de Abasolo, en el callejón contiguo a la parroquia. Se hizo anunciar el Capitán, y a nadie sorprendió su llegada, porque eran frecuentes sus viajes a Dolores. Hidalgo le contestó que lo esperase, y sin dar tiempo a que entrara, se despidió de Larrinúa, de quien era compadre, y salió, marchándose juntos los dos amigos.

Impuesto Allende de lo que había en su contra, entraron en pláticas él y su compañero; mas como la vaguedad de las noticias no permitía tomar una determinación, propusieron esperar al día siguiente las nuevas que pudieran llegarles, quedando como de costumbre alojado el Capitán en casa del Cura.

Nada resolvieron tampoco en todo el día siguiente, 15, pues estuvieron recibiendo las mismas vagas noticias, y esto les hizo estar un tanto tranquilizados, debido a su completa ignorancia de cuanto sucedía en Querétaro. Ningún incidente ocurrió, en efecto; mas la noche vino a producirles alguna inquietud, por lo que Hidalgo se encaminó a la

casa del subdelegado don Nicolás Fernández del Rincón, en tanto Allende, que había tenido la precaución de permanecer oculto, se dedicó a descansar.

Con cierta frecuencia concurría allí el Cura a jugar a las cartas en compañía de los principales vecinos del pueblo. En aquella ocasión no sólo lo llevaba su arraigada costumbre de hacer vida social, sino que se proponía obtener noticias en la propia fuente de la autoridad, sondear su ánimo, y saludar al colector de los diezmos, don Ignacio Diez Cortina, que allí se alojaba. Precisamente, hacía once días que este funcionario había llegado a encargarse de aquel ramo en la jurisdicción, en lo que tuvo grande empeño el propio Cura, como amigo de él y de su familia, y hasta hubo de salir a recibirlo en su coche a la hacienda de La Erre, donde le hizo servir una espléndida comida. Se formaron los partidos de mus y de malilla entre los concurrentes. Hidalgo formó el suyo con doña Teresa Cumplido, esposa del Subdelegado y con doña Encarnación Correa. Hacia las diez le avisaron que una persona lo buscaba; bajó al zaguán, volviendo después de un rato, y continuó su partida. Según acostumbraba, a las once se puso en pie para retirarse; pero antes de hacerlo, pidió a Diez Cortina le facilitase doscientos pesos de los fondos del diezmo, sin duda para enterarse de su cuantía por si hubiera que echarse sobre ellos, y la esposa del colector lo llevó a tomarlos a la pieza donde se guardaban, marchándose a continuación el Cura, sin haber obtenido la menor noticia.

Comunicó Hidalgo a Allende el resultado de sus pesquisas, reducidas a que aún no había indicios de saberse lo que ellos sabían y temían; consideraron que para cualquier evento que se presentara o partido que se vieran forzados a tomar, contaban con algunos elementos; acordaron las medidas que llevarían a la práctica llegado el caso, y se separaron yéndose el Cura a su aposento y el Capitán a la pieza que de ordinario se le destinaba.

Mientras tanto, de Querétaro había partido, ya un poco entrada la mañana de ese día, el alcaide Ignacio Pérez con el aviso de la Corregidora para Allende. Desde al salvar los aledaños de la población, tuvo dificultades tratando de no ser visto por ningún vecino y menos por soldados de la guarnición ya alerta a cualquier movimiento sospechoso. En pleno camino, procuró evitar todo encuentro, esquivar los poblados, y tuvo que vencer a cada paso los accidentes acumulados por la estación de lluvias en apogeo.

Mariano Lozada fué el primero en llegar a San Miguel, con la noticia adquirida en México, del descubrimiento de la conspiración, pero ignorante de las aprehensiones. Al expirar el día, el alcaide pudo caminar con mayor seguridad de no ser sorprendido, aunque con más obstáculos por lo denso de las sombras; avanzada la noche, se iba acercando al término de su viaje. Francisco Loxero, portador de las mismas noticias que él, llegaría mucho después, debido al rodeo que hiciera por Celaya.

Una solemne fiesta religiosa, costeada por el coronel don Narciso María Loreto de la Canal, jefe del Regimiento de la Reina, animó a la villa durante algunas horas. Se cantó misa, con motivo de la octava de la Virgen de Loreto, en la capilla de su nombre;

siguió un desfile del regimiento, y terminó la fiesta con un refresco ofrecido por el Coronel y su esposa, en su casa. En todos los actos fué notoria la ausencia de Allende, al grado de que se preguntara por él. En cambio el capitán Aldama asistió a cada uno de ellos, y en la noche se encaminó a reunirse con sus compañeros los conspiradores.

Serían las diez de la noche cuando el emisario Ignacio Pérez hacía su entrada a San Miguel, tras un recorrido de quince o dieciséis leguas. Derecho dirige los pasos de su cabalgadura a la casa de don José Domingo Allende, donde se oía el són de la música y la zambra del baile y las conversaciones, en la planta alta. Toca presuroso la puerta; una criada sale a abrir y le pregunta por don Ignacio de Allende, a lo que la sirvienta responde que se halla en Dolores en casa del Cura. En este instante, urgido por alguna diligencia o celoso de vigilar cualquier incidente, se presenta Aldama y la criada desaparece. Entonces el alcaide llama al Capitán y le dice atropelladamente que era enviado de la corregidora doña Josefa Ortiz a avisar a Allende que la conjuración había sido descubierta y los conspiradores apresados, y que venía fuerza a aprehender a aquel militar y a él. A lo que Aldama, en extremo sorprendido, le preguntó:

—¡A mí, hombre!

—Sí señor; a vuesa merced, —le contestó Pérez.

Insiste Aldama en su pregunta, y Pérez le confirma de modo rotundo la noticia.

Seramente alarmado el Capitán, abandonó la casa de don Domingo; fué a la suya a requerir su caballo, y se puso sin tardanza en camino para Dolores, con sólo doscientos pesos en el bolsillo. No llevaba mucho de caminar, cuando, sin esperarlo, alcanzó a Ignacio Pérez, que en vez de quedarse en San Miguel o regresar a Querétaro, quiso seguir adelante. Preguntó Aldama sobre el rumbo que llevaba, y éste, que traía la idea de hablar con Hidalgo y con Allende y pasar a ocultarse luego a la hacienda de Trancas, propiedad de la familia Lanzagorta, de la que era apoderado su hermano el licenciado don Ignacio, le respondió:

—Por allí... por Dolores.

—Pues acompañaré a su merced, le dijo el alcaide.

Continúan la marcha presurosos, y no obstante que Aldama se muestra reservado, debe inquirir por la suerte de los compañeros de Querétaro, o el emisario ha de referirle los acontecimientos motivo de su viaje.

En cuatro horas salvan la distancia de ocho leguas que separa una población de otra.

Al filo de las dos de la mañana arriban al pueblo, y Pérez inquiera por la casa del Cura, a lo que el mílite explica que debiendo de pasar por la calle donde se encuentra, él se la enseñará. Pero llegados los dos a ella, tocan el zaguán, e Hidalgo en persona pregunta:

—¿Quién es?

—Yo, —responde Aldama.

Y reconociéndolo el Cura en la voz, le contesta.

—Aguárdese vuestra merced.

Y se levantó él mismo a abrir la puerta, preguntándole qué andaba haciendo.

—Dando vueltas al mundo, —contesta el Capitán.

Hidalgo lo insta a que se apee y entre a tomar un chocolate, a lo que accede, no obstante sus intenciones de ir a ocultarse y substraerse a todo. Echado pie a tierra, pasa al aposento del Cura, relatándole los sucesos de Querétaro, en tanto Pérez, informado de la habitación donde reposaba Allende, encamina allá sus pasos, viniendo luego los dos a comunicar también a Hidalgo los hechos.

El Cura, con su serenidad y reposo habituales, mandó servir a Aldama el chocolate. Enterado detalladamente de los sucesos, abarcó en un instante toda la gravedad de la situación, discutiéndola brevemente y con calor, mientras Aldama tomaba el sabroso alimento. De pronto, ordenó al mozo llamara a su cochero Mateo Ochoa, el que acudiendo luego, le da en secreto algunas órdenes. Vienen en seguida su hermano Mariano Hidalgo y su pariente Santos Villa, quienes toman parte en la plática, y entran después ocho hombres armados, entre los que venían los dos serenos del pueblo, Vicente Lobo y José Cecilio Arteaga.

Los capitanes, ante la perspectiva del fracaso de un levantamiento, visto sólo desde el punto de vista militar, no hablaban sino de escapar, de ponerse a salvo todos; pero entonces sucedió algo singular, algo inesperado. El Cura, en vez de vacilar, en vez de amedrentarse, dando por concluídas las consideraciones que se hacían, se irguió resuelto, con toda la grandeza de su espíritu fuerte, de su alma valerosa, y a tiempo que se calzaba las medias, exclamó.

—¡Caballeros, somos perdidos; aquí no hay más recurso que ir a coger gachupines! Aldama, que aún sorbía el chocolate, dijo aterrorizado:

—¡Señor, qué va a hacer vuesamerced, por amor de Dios! ¡Vea vuesamerced lo que hace! ¡Vea vuesamerced lo que hace!

En ese instante, entró el cochero diciendo que don José Ramón Herrera, persona a quien se le había mandado buscar, decía no serle posible venir “porque estaba medio malo.” El Cura dispone terminantemente que dos de aquellos hombres armados vayan a traerlo “por bien o por mal”; salen éstos y no tardan en volver con Herrera.

Ante la actitud resuelta de Hidalgo, que se traducía no sólo en palabras, sino en hechos, el acuerdo fué ya, entre el clérigo y los militares, convocar inmediatamente a todos “los vecinos que estaban, o se consideraban prontos a seguirlos.”

Rápidos pusiéronse en pie decididos a obrar. Hidalgo mandó llamar con los dos serenos a su vicario don José Gabriel Gutiérrez, al padre Mariano Balleza y a los operarios de sus obradores, quienes, como advertidos que estaban, pronto acudieron. Pedro José Sotelo, Juan de Anaya, Francisco Barreto, Isidoro Cerna, Ignacio Sotelo, José M. Perales, Atilano Guerra, Manuel Morales, José M. Pichín, Jesús Galván, Antonio Hurtado de

Mendoza, Pantaleón de Naya, Brígido González, Vicente Castañón, Nicolás e Ignacio Licea, Pedro Barrera, Teodosio y José Pulido, a los que se unieron los vecinos José Ramón Herrera, Juan Quintana, Francisco Moctezuma, Nicolás, Miguel y Francisco Avilés, Julián, Tiburcio y Antonio Gámez, todos contados entre ellos los ocho hombres llamados poco antes, son los primeros patriotas que en número de treinta acuden al lado de Hidalgo, Allende, Aldama, Mariano Hidalgo y Santos Villa.

Reunidos frente a la casa, el Cura los arenga desde la ventana de su estudio, saltando luego a la calle, y, como primer acto, en masa, se dirigen a la cárcel, donde el mismo Hidalgo, pistola en mano, obliga al Alcaide a que la abra y eche fuera a los presos.

Libres los presos, se arman de palos y piedras, y sumados a los treinta primeros insurgentes, con los que el grupo se forma de ochenta, van al cuartel y por sorpresa se apoderan de las espadas de una compañía, allí depositadas, con las que quedan todos armados. Fué el sargento mayor José Antonio Martínez quien les franquea la puerta, y él mismo reúne a algunos soldados del destacamento, que se les agregan.

En seguida distribuyó Hidalgo a la gente para proceder a la aprehensión de los españoles. Allende y Aldama se ocuparon en detener al subdelegado Fernández del Rincón, que aunque criollo, era la autoridad y no se inclinaba a su partido, y al encargado del diezmo, Diez Cortina, sorprendiéndolos en sus habitaciones, donde los maniataron y de las que extrajeron los fondos reunidos por el colector. El padre Balleza se dirigió a la casa del padre Francisco Bustamante, sacristán de la parroquia y espía de la Inquisición; lo aprehendió sin dificultad y lo sacó a pescozones. Mariano Hidalgo y Santos Villa fueron a apoderarse de los demás españoles. Todos, en número de dieciocho, quedaron encerrados en la cárcel, poco antes vacía. Hiciéronse las aprehensiones sin estrépito y sin encontrar resistencia en ninguno de ellos, como que no tenían noticias de lo que iba a sucederles; solamente el subdelegado Rincón trató de hacer uso de sus armas, mas Allende lo convenció de lo inútil de su intento, y don José Antonio Larrinúa recibió pequeña herida (primera sangre española derramada) de uno de sus aprehensores, Casiano Escija, en venganza de haber estado preso por acusación suya. No faltaron, eso sí, mutuos improperios, y a manera de humorada los rebeldes remedaban la fuerte pronunciación de las *ces* y las *zetas* de los aprehendidos.

Eran las cinco de la mañana del día 16; ya la claridad del cielo anunciaba la inminente salida del sol, que en esta vez sería el de la libertad de un pueblo. A esa hora, Hidalgo, que había mandado llamar a misa más temprano que de costumbre, hizo irrupción con su gente en el anchuroso atrio de la parroquia. El campanero, conocido popularmente con el nombre de *el cojo Galván*, dió el toque de alba, que en aquellos instantes resultaba simbólico, y en seguida se puso a llamar precipitadamente a misa con el esquilón *San Joseph*, que hacía veces de campana mayor, tirando de la cuerda atada a su badajo, colgante hasta el pie de la fachada.

Era domingo y día de mercado, y en un momento hubieron de juntarse, con los feligreses que acudían, hasta doscientos hombres. Pronto serían más, conforme llegaran vecinos de las rancherías cercanas.

Hidalgo, entonces, parado en el umbral de la puerta central del templo, enfrentándose a la multitud y haciendo uso de su ascendiente sobre ella, como su pastor y como elegido para encabezar aquel levantamiento, principió diciendo:

“Este movimiento que están viendo, tiene por objeto quitar el mando a los europeos, porque como ustedes sabrán, se han entregado a los franceses y quieren que corramos la misma suerte, lo cual no debemos consentir jamás.” Habló vehementemente en seguida del riesgo que corría la religión a la que era necesario salvar a toda costa; de la condición privilegiada de los españoles y de la triste suerte de los hijos del país, verdaderos dueños de él; declaró que en adelante no pagarían ningún tributo; hizo un llamamiento franco a la rebelión, indicando que quienes se incorporaran a sus filas con arma y caballo, se les pagaría un peso diario y cuatro reales a los de a pie, y terminó con las voces de “¡Viva la Independencia! ¡Viva la América! ¡Muera el mal gobierno!”, que exaltaron a los oyentes y les hicieron prorrumper en repetidos gritos de “¡Mueran los gachupines!”

Tal llamamiento, hecho por un pastor de reputación bien sentada entre su feligresía fanática, sobre todo en lo relativo a la religión, en cualesquiera circunstancias habría producido el efecto que se deseaba; pero éste era mucho mayor en aquel momento, porque los ánimos acababan de recibir un fuerte impulso con ciertos ejercicios espirituales conocidos bajo el nombre de “desagravios” que se acostumbraba hacer en ese mes en casi todas las parroquias. Cuando oyeron, pues, a su cura las gentes sencillas de Dolores, que la religión peligraba, estuvieron prontas a ir al martirio y a secundar a su párroco en tan gloriosa cruzada destinada a destruir al gobierno y los hombres enemigos de su culto, que por añadidura lo eran de sus libertades.

Los feligreses que habían acudido a oír misa al tañer de la campana, se encontraron, sorprendidos, con que su guía espiritual que antes les hablara mansamente de caridad y amor, ahora había abandonado el púlpito y al aire libre erigía la tribuna revolucionaria para lanzar frases llameantes, invitando, en vez de la resignación, a la rebeldía, y trocando la cruz por la espada.

Estaba dado el grito de libertad; lanzada la chispa que podía convertirse en vasta conflagración. El acto parecía impremeditado, pero no lo era, tenía su origen desde la fusión de las dos razas, la conquistadora y la conquistada, y las condiciones sociales prevalecientes durante tres siglos, lo vinieron elaborando día tras día.

Sin embargo, el acontecimiento se había precipitado con la denuncia de la conjuración, y tal vez los hechos posteriores iban a sucederse asimismo con rapidez, no dando lugar de momento a otro plan que el de derrocar un viejo régimen y exterminar al enemigo,

a los gritos acabados de lanzar, que eran cifra y compendio de los sentimientos de la muchedumbre vejada y dolorida.

Momentos después de su arenga, Hidalgo contaba con más de seiscientos hombres. La multitud, encabezada por sus jefes, se desbordó sobre la plaza. Los gritos de entusiasmo se sucedían sin cesar y el vocerío de los sublevados resonaba ya en toda la población. Las campanas de la parroquia fueron echadas a vuelo por ellos mismos.

Entonces el Cura, que de pastor de almas se convirtiera de pronto en jefe de tropas, tras las primeras órdenes viriles dadas y aun llevadas a cabo personalmente poco antes, siguió dictando disposiciones como si aquel hubiera sido el ejercicio de toda su vida. Allende es el primero en acatar su autoridad, aquella autoridad acabada de nacer, pero que comenzó a hacerse sentir con la fuerza irresistible que sólo emana de los conductores de pueblos.

A fin de seguir armando a su gente, ordenó que violentamente se fueran a traer gran cantidad de hondas que habían fabricado en El Llanito y las lanzas construídas en Santa Bárbara, así como algunas armas de fuego, bastantes terciados de acero, caballos y monturas, que se guardaban en esta misma hacienda. Comisionó a Anacleto Moreno, que acababa de llegar del rumbo de San Luis Potosí a donde lo había enviado días antes a apalabrar gente, para que acompañado de José de la Cruz Gutiérrez volviera inmediatamente a procurar el levantamiento de la gente de campo de la misma región; iguales comisiones mandó a Guanajuato a Querétaro, a México, Guadalajara y otros lugares, para que de acuerdo con los jefes de las juntas conspiradoras, dieran el grito de independencia. Mandó invitar al capitán Mariano de Abasolo a que se uniera al movimiento, pero el jefe de la guarnición había salido de su casa, después de las primeras horas, con rumbo desconocido, por lo que no recibió el recado.

Encarga a Allende la organización de la gente reunida y aún por reunir, y él puede moverse en distintas direcciones, dando otras muchas órdenes.

Procede el Capitán a formar pelotones, designándole a cada uno un jefe, y los va alineando en larga columna al costado norte de la plaza. Se agregan más vecinos del pueblo y labriegos de los puntos comarcanos, y se les suma el destacamento entero del Regimiento de la Reina, que acababa de defeccionar, integrado por treinta y cuatro hombres. Se termina de armar a todos con las armas quitadas a los españoles, las guardadas en los talleres del Cura, las traídas de Santa Bárbara y El Llanito, y los que no alcanzaron se proveyeron de garrotes y piedras.

Hidalgo, por su parte, dispuso que como el subdelegado Fernández del Rincón no era español, sino criollo, se le pusiera en libertad y se le dejara en su casa curándose, que ocupara su puesto don Mariano Montes y se hiciera cargo de la parroquia el presbítero don José María González. Encomendó el arreglo de sus obradores a los operarios Pedro José Sotelo, Manuel Morales y Francisco Barreto, consistente en guardar algunas existencias

de productos y las herramientas, y liquidar varias cuentas pendientes. Por último, cuidó de asegurar a sus hermanas Vicenta y Guadalupe, que quedarían en casa mientras pudieran ponerse a salvo de persecuciones, y se despidió de ellas.

A las once de la mañana estaba enteramente lista la columna, integrada por cosa de ochocientos hombres de los que la mitad eran de a caballo.

Momentos después se presentó Hidalgo montado en un caballo prieto de pequeña alzada. Dió orden de sacar a los españoles de la cárcel, los cuales fueron traídos, excepto el herido Larrinúa, el anciano don Luis Marín y cinco más “a quienes debía particular estimación”; se distribuyeron convenientemente, bien asegurados y montados en mulas de recua, y se lanzó la voz de “¡Marchen!”

Se había pensado salir directamente para Guanajuato por el camino de la sierra que lo une con Dolores, pero a última hora se resolvió rodear por el corazón del Bajío, aún libre de enemigo, para atraer mayor número de gente. La columna, pues, se desprendió a lo largo de la calle que conduce al puente sobre el río de Trancas y a la hacienda de La Erre.

Hidalgo la vió desfilar, y cuando pasó la extrema retaguardia, una moza popular en el pueblo, llamada Narcisa Zapata, que también veía el desfile desde una ventana de su casa, recibió el saludo de despedida del párroco y le dijo:

—¿A dónde se encamina usted, señor Cura?

—Voy a quitarles el yugo que tienen, muchacha.

A lo que Narcisa, entre irónica y escéptica, contestó:

—¡Será peor si hasta los bueyes pierde, señor Cura!

Hidalgo, con Allende, Aldama, Balleza, Santos Villa y su hermano Mariano, rodeándolo a manera de estado mayor, cerró la marcha.

¡Y la larga columna, a la que daban abigarrado aspecto los trajes de paño, gamuza o pana de los rancheros de a caballo, los vistosos uniformes de los dragones del Regimiento de la Reina, y las ropas raídas de los indios, pronto recorrió las calles de salida, ante las atónitas miradas de los que se quedaban; cruzó el puente, entró en el yermo camino de la hacienda de La Erre, tendido como una ancha cinta hacia lo incógnito, y se alejó envuelta en una nube de polvo, que parecía de oro bajo la luz radiosa de aquella mañana estival!

· XLIII ·

*En la hacienda de La Erre - Paso por el Santuario de Atotonilco - La Virgen de Guadalupe,
bandera de la rebelión - Las dos Vírgenes rivales - El ideal de la Patria*

NO CAMINO MUCHO LA COLUMNA INSURGENTE, cuando tuvo que hacer alto a poco más de una legua al sur de Dolores, en la hacienda de La Erre. Ausentes sus dueños los Mariscales de Castilla, salió sorprendido a recibir a Hidalgo y su gente, el administrador don Miguel Malo.

Acampó la heterogénea tropa, y los jefes se dedicaron a requerir armas e instrumentos de labranza que hicieran las veces de éstas, facilitado todo de buen grado por el administrador; se hizo acopio de gente de la misma hacienda y se acordó esperar a alguna más que debería venir a unírsele o llegar espontáneamente a sumárseles.

Tratando el administrador de extremar sus atenciones, mandó servir a los jefes en la sala de la casa convertida pasajeramente en comedor, una abundante comida, hecha extensiva a todos los sublevados.

La animación durante ella, fué entusiasta. No interrumpía el comer, sus actividades. A la pieza entraban y salían los titulados oficiales, dando partes, pidiendo y recibiendo órdenes. Afuera hacía su arribo la gente esperada y otra mucha que puesta en aviso de los sucesos, abandonaba los pueblos, haciendas y ranchos circunvecinos. La conversación se hizo general entre los jefes y giró sobre las fases que cada uno creía debería imprimirse a la revolución; los medios de hacerla y acrecentarla; los amigos de poblaciones lejanas que con seguridad acudirían en su ayuda.

Estando en La Erre, se acercó furtivo y pudo verlos el teniente de Dragones de Querétaro José Cabrera, acompañado de una escolta. El comandante de brigada García Rebollo, de aquella ciudad, había puesto una orden al mayor del Regimiento de la Reina Francisco Camúñez para que prendiese a Allende y Aldama, e hizo partir con ella a Cabrera. No estaban ya Allende y Aldama en San Miguel, y siguiendo para Dolores, se encontró, sin ser visto, con el ejército insurgente en dicha hacienda y se volvió a Querétaro con sus hombres.

Por su parte el Intendente Riaño, influído por la denuncia del tambor Garrido y las noticias de los españoles escapados de Dolores, envió una partida de tropa al mando de Pérez Gálvez, coronel del Regimiento del Príncipe, y como segundo al sargento mayor Oñate, con orden de sofocar la rebelión en su nacimiento, encomendando la aprehensión de Hidalgo al español don Francisco Iriarte, residente en su hacienda de Tlachiquera; mas apenas bajaron la sierra de Santa Rosa hasta el rancho de El Capulín, se impusieron de que el movimiento de Dolores era más serio de lo que se suponía; ambos jefes se pusieron a discutir sobre la resolución que deberían tomar, y disgustados por su falta de acuerdo, Pérez Gálvez se volvió a Guanajuato y Oñate se dirigió con parte de la gente a San Luis Potosí, con pretexto de incorporarse a su batallón donde residía.

Decidida de antemano la pronta continuación de la marcha, levantáronse de la mesa una vez terminada la comida, e Hidalgo exclamó entre grave y sentencioso: “¡Adelante, señores! ¡Vámonos! ¡Ya se ha puesto el cascabel al gato! ¡Falta ver quienes son los que sobramos!”

Eran las dos de la tarde cuando se puso en movimiento el extraño ejército nacido sólo unas horas antes. Apenas era de creerse que aquellos escasos hombres mal armados, que de un momento a otro podían ser aniquilados, fueran a enfrentarse al ejército virreinal. Componíase éste de cerca de treinta mil plazas, entre cuerpos de resguardo de las costas, batallones provinciales y tropas veteranas, de las armas de infantería, caballería y de artillería, sin contar las de las Provincias Internas y Yucatán, porque no dependían del Virreinato, sino de comandantes. La mayor parte de sus jefes y oficiales eran europeos, y los sargentos, cabos y soldados, nativos del país, sacados de las castas, pues a los indios les estaba vedado el servicio militar. El sostenimiento del ejército costaba anualmente, con los gastos de las fortificaciones e imprevistos, cuatro millones de pesos en números redondos.

Largas cinco leguas y media caminaron a través de extensas llanuras, cuando, al atardecer, en una ligera hondonada apareció ante su vista el Santuario de Atotonilco, famoso en la Intendencia de Guanajuato por sus seis templos, su casa de ejercicios y las peregrinaciones que a él concurrían desde mediados del siglo XVIII en que había sido fundado.

Verdadero tumulto causó la llegada de la columna insurgente considerablemente acrecida en el camino, entre una multitud que la esperaba ansiosa de ver a su caudillo y de unírsele asimismo. El padre capellán don Remigio González y su hermana doña Juliana, amigos de Hidalgo, salieron a recibirlo y en compañía de sus lugartenientes introdujéronlo a la sala de la casa cural, mientras la tropa tomaba descanso. No se hizo esperar una rica merienda a base de chocolate, que a todos los jefes fué servida.

Antes de reanudar la marcha y mientras Allende incorporaba los nuevos elementos señalándoles sus pelotones, Hidalgo, al atravesar el patio de la casa de ejercicios, desde

el cual se columbraba la sacristía, se dirigió a ella, y, de acuerdo con sus preconcebidos propósitos, tomó de aquel sacerdotal aposento una imagen al óleo, de regulares dimensiones, de la Virgen de Guadalupe, y haciéndola desprender de su marco y colocar en una asta, a manera de estandarte, se presentó enarbolándola ante su gente, a la puerta de la casa, a las voces de “¡Viva Nuestra Madre Santísima de Guadalupe! ¡Viva Fernando VIII! ¡Viva la América!” provocó un nuevo y mucho más grande tumulto entre los insurgentes, que repetían las mismas voces en clamorosos gritos.

Acallado el entusiasmo surgieron las órdenes de ¡marchen! y la columna se movió de nuevo rumbo a San Miguel, ya cercano, llevando ahora a la cabeza, la imagen de la Guadalupana sostenida por un ranchero en cuyas manos la puso el jefe de la rebelión.

Era en verdad genial la idea de Hidalgo, de tomar por bandera la Virgen de Guadalupe. Dado el grito de independencia; desencadenada la fuerza de los oprimidos contra los opresores, el cisma celestial era inminente.

La Virgen de los Remedios, a no dudarlo, se tenía por española; en tanto la de Guadalupe se consideraba como india. Al carácter principalmente económico de la revolución, había que agregar el racial y el religioso, si bien, respecto de este último, el antagonismo no podía ser de dos credos diferentes, sino, por decirlo así, de dos catolicismos: el del soberbio inquisidor que excomulgaba y el del humilde cura que era excomulgado; el del propietario, el amo, y el del paria, el siervo.

La Virgen de los Remedios, antes de que se apareciera en la Nueva España, había sido traída de la Península, en imagen, por un soldado de Cortés, probablemente Juan Rodríguez de Villafuerte. Durante los primeros combates librados entre españoles e indios, en el de la memorable Noche Triste, el 30 de junio de 1520, refiere la leyenda que, destrozados y perseguidos los conquistadores por los mexicanos, bajó del cielo la Virgen acompañada del Apóstol Santiago y contuvo a los indios, arrojándoles ella rayos y puñados de tierra a los ojos, en tanto él, bien armado y sobre su caballo blanco, hacía “gran matanza de ellos.” Después de la Conquista, la Virgen se apareció varias veces, hacia 1540, a un indio noble llamado en mexicano, Cuauhtli, y en español Juan del Aguila y también Juan Tovar. Quería ella que su imagen perdida por Rodríguez de Villafuerte la Noche Triste, cerca de un punto conocido con el nombre de Atoncapulco, tuviera allí ermita propia donde pudiera recibir culto como protectora de los conquistadores, que sin su auxilio habrían perecido al comienzo de su empresa. Transcurrieron muchos días repitiéndose las apariciones, sin que la Virgen explicase su deseo, pues no llegó a hablar al indio, ni éste podía adivinarlo, hasta que una vez, andando de caza, Juan, encontró la imagen debajo de un gran maguay. La trasladó amoroso a su casa de donde se le escapó varias veces, volviendo siempre al lugar de su escondite. De esta suerte transcurrieron doce años. Viendo al cabo de ellos que nada se adelantaba, fué a entrevistar a don Alvaro Treviño, maestrescuela de la Catedral de México, con quien

arregló que la Virgen se trasladara a una ermita del pueblo de San Juan Teocalhuicán, de donde la Virgen siguió escapándose; entonces Juan le edificó en el propio Otoncapulco una ermita provisional que pronto se arruinó; pero la Nobilísima Ciudad de México mandó levantar el santuario definitivo, en torno del cual surgió poco a poco el pueblo de los Remedios. A partir de 1576, la imagen empezó a ser traída a la ciudad de México, en ocasión de epidemias, sequías y otras calamidades.

La Virgen de Guadalupe, por el contrario, es enteramente mexicana, no obstante cierta semejanza que el historiador y anticuario de la primera mitad del siglo XVIII, don Lorenzo Boturini, le encontró con la estampada en el estandarte de Hernán Cortés, y el parecido más aproximado todavía, con la Virgen de Guadalupe, de Extremadura, España, de la que el propio conquistador, nativo de tal provincia, fué ferviente devoto, pues le envió de México valiosos presentes, y aun estuvo a postrarse a sus pies, al tornar de América a su patria en 1528, antes de ver al Emperador, que lo esperaba.

No se apareció la Virgen de Guadalupe mexicana, en actitud guerrera como la española de los Remedios; lo hizo, por el contrario, en son de paz y amor. Empezó por escoger para ello, el cerrillo llamado Tepeyac, situado a una legua al norte de la ciudad de México, donde había existido un teocalli (templo), consagrado a la diosa Tonantzin, madre de los dioses, a la que hacían muchos sacrificios humanos y venían hasta de muy lejanas tierras muchos indios a traerle ofrendas y a asistir a las fiestas celebradas en su honor. En este lugar hizo su primera aparición al indio Juan Diego, diciéndole: "Sabe, hijo, que yo soy María, Virgen Madre de Dios verdadero; quiero que se me funde aquí una casa y ermita. Templo en qué mostrarme piadosa Madre contigo, con los tuyos, con mis devotos, con los que me buscaren para el remedio de sus necesidades." Dos, tres, hasta cuatro veces se apareció a Juan. Desde un principio habló el indio a fray Juan de Zumárraga, primer Obispo de México, dándole cuenta del prodigio, y como el prelado dudara de que un miserable indígena recién librado "de la carga y peso de los demonios de la idolatría" pudiera ser objeto de semejante gracia, le indicó le llevase alguna prenda o seña de tan extraordinario hecho; entonces la Virgen hizo brotar de aquel árido cerro abundantes flores en pleno invierno, y dió algunas a Juan, quien envolviéndolas en su *tilmatli*, las trajo al señor Zumárraga; al desenvolver la pobre manta para entregárselas, cayeron al suelo y al mismo tiempo se vió el más grande de los portentos: la fiel imagen de la Virgen impresa en la tela con la tinta de las flores. El prelado, no pudiendo dudar más ante aquella prueba, mandó edificar la ermita y puso en ella la imagen. Más tarde se alzaron otras ermitas, y al fin una gran basílica al pie del Tepeyacac, en torno de la cual surgió una villa con el nombre de Guadalupe, igual al de la Virgen y homónimo del de España. El papa Benedicto XIV la declaró, hacia mediados del siglo XVIII, *Patrona de los Mexicanos*.

La Virgen de los Remedios, en escultura, es de faz severa, tez blanca y ojos garzos, graves; viste túnica y manto ricamente bordados; porta cetro en la mano derecha, y su actitud toda es de soberana impuesta a mandar con dominio absoluto. Se le vió primero en compañía de Santo Santiago ayudando a los conquistadores; se apareció después a un indio noble, y no obstante esta circunstancia, no se dignó hablarle ni se hizo entender de él. Natural es que los españoles, que eran los fuertes, los dominadores, los orgullosos, la hubieran adoptado por patrona.

La Virgen de Guadalupe no se apareció en ninguna acción de guerra, sino entre músicas y cantos de pájaros. Su efigie estampada en un burdo lienzo, es de rostro ovalado, dulce, ojos grandes, apacibles y tez morena, inclinada la cabeza en actitud de humildad, de mansedumbre; viste túnica y manto modestos, y junta las manos sobre el pecho, en actitud piadosa. No se apareció a ningún caballero, ni noble, sino a un *macehual*, uno de tantos plebeyos indígenas, a Juan Diego, al que habló llamándolo hijo y manifestándole claramente sus deseos. Los indios, pues, los débiles, los sumisos, tuvieron que ser sus predilectos, y ellos la eligieron por madre, como que venía con intención de ampararlos contra las crueldades e injusticias de los conquistadores, y a remediar sus inmensas necesidades.

Por eso, asimismo Hidalgo, acababa de tomarla como bandera de las chusmas insurgentes, seguro de atraerlas en mayor número y de darles con ella la certeza del triunfo. Y caso singular: el clero español había dado a los indios la Virgen de Guadalupe para que mejor aceptaran su sumisión, su conquista, y ahora un representante, más bien un representativo del clero criollo, la tomaba por bandera para que recobrasen su libertad.

Por sobre la turbulencia de necesidades y apetitos tornados en violencia, de los sublevados, el Cura alzaba aquel lábaro prometedor de algo más que las satisfacciones materiales: de un ideal alto, elevado, como era el de la esperanza de una patria.

· XLIV ·

La noticia en San Miguel - Alarma de los españoles y tranquilidad del pueblo - Medidas tomadas - Alto de los insurgentes en Arroyo de la Arena - Entrada a San Miguel - Entusiasmo popular - Aprehensión de los europeos - Diversidad de incidentes

LA COLUMNA SEGUIA AVANZANDO HACIA EL SUR, mientras en San Miguel el Grande, donde las noticias de su avance habían llegado cerca del mediodía, empezó a producirse alguna agitación, aunque al principio no trascendía al vecindario.

El coronel don Narciso María Loreto de la Canal, jefe del Regimiento de la Reina, había recibido un parte verbal del subdelegado de Dolores dándole cuenta de la sublevación. El alférez don Manuel Marcelino de las Fuentes su cuñado, y español de los principales, lo supo a su vez, por Lizondo, administrador de su hacienda de Santa Catarina, cercana a Dolores, a donde éste fué a oír misa; y aunque de pronto no le dió crédito, imaginando que más bien que los españoles, los presos serían Hidalgo y Allende, se convenció al fin por las noticias que empezaron a traer otros que venían del rumbo. Mandó entonces poner en conocimiento de los regidores del Ayuntamiento los sucesos, y ellos acudieron a su casa a confirmarlos, reuniéndose en junta, allí mismo, a eso de las tres de la tarde. Concurrieron el licenciado don Ignacio de Aldama (alcalde provincial), don Juan de Humarán, don Justo de la Cruz Baca, don Francisco José de Landeta, don Domingo Berrio y otros. Como pronta providencia (como que había entre ellos miembros de las juntas conspiradoras), el regidor Humarán propuso que el Cabildo en masa saliera a recibir a los insurgentes, a lo que se opusieron todos los demás escandalizados. Acordaron entonces, que ya que el alcalde era hermano del capitán Juan de Aldama, saliera en compañía de Cruz Baca y cuatro hombres de a caballo, a explorar el camino de Atotonilco y si fuere posible, el ánimo de los sublevados. Acordaron asimismo, que antes de que partieran los enviados, se comisionara al propio Fuentes para que pasase a casa de su cuñado el coronel, a solicitar la reunión de las tropas con los europeos, a fin de que resistieran a los insurgentes. Salió el alférez a cumplir su cometido, mas como tardó mucho en volver, los regidores cansados de esperar, se retiraron.

Estaba el coronel De la Canal durmiendo siesta tranquilamente, cuando una criada, interrumpiéndole el sueño, entró a decirle que el sargento mayor Francisco Camúñez lo buscaba con urgencia. Ordenando el coronel que entrara, el sargento le presentó el oficio del comandante García Rebollo, de Querétaro, en que pedía a De la Canal auxiliara a Camúñez para que aprehendiera a Allende y a Aldama, quienes, según manifestó el propio sargento, no se hallaban en San Miguel, a lo que parecía, desde el día anterior, pues los había echado de menos en un baile a que debieron haber concurrido. Estando en esto, entró el alférez don Manuel, e interrumpiéndolos les dijo que Allende y Aldama se acercaban con gente de Dolores a aprehender a los españoles de San Miguel, cosa que el jefe del regimiento no ignoraba. Preguntado entonces, Fuentes, qué deberían hacer él y sus paisanos, entendido que estaban dispuestos a defenderse, fueran cuales fuesen las fuerzas de los sublevados, contestóle su cuñado, en tono de disgusto, que aquello más que consulta parecía notificación; y sin disimular sus sentimientos, agregó que puesto que estaban todos resueltos a defenderse, lo hicieran sin contar con el regimiento a su mando, porque él mismo no sabía cuál fuera la actitud de éste, si bien era de suponerse se inclinaría a favor de los insurrectos, a causa de la influencia que entre sus miembros tenía Allende. Terminó ofreciéndole su casa por si quisiera refugiarse en ella, lo que también podría hacer cualquier español, y además le prometió, para mayor seguridad de los iberos, interponer su influencia con Allende, ya que no su autoridad, una vez que la creía perdida desde el momento que su antiguo subordinado era un rebelde. Don Manuel aprovechó la oferta alojándose desde luego en casa del coronel, con todo y su hija única, que fué a traer.

El sargento Camúñez se volvió al cuartel del regimiento, y de orden de su jefe trató de reunir a los componentes de la corporación; pero como no consiguió que se presentaran arriba de cuarenta hombres, desistió de su intento quedándose acuartelado con ellos.

A indicación del propio coronel, el alférez Fuentes mandó avisar a los españoles que se reunieran en junta en las Casas Reales para que trataran la manera de “no hacer resistencia,” a fin de “evitar la efusión de sangre.” Los iberos empezaron a reunirse, presentándose, como lo había dicho el alférez, armados en la forma que pudieron y sin contar para su defensa, ni con la ayuda de los criollos sus amigos, ni con la de los mestizos sus sirvientes. Congregados todos, al primer cambio de impresiones resolvieron, unos, encerrarse en sus casas con sus familias; otros, marcharse a sus haciendas; pero los más estuvieron de acuerdo en permanecer allí, reunidos en el piso alto, dentro de la Sala Capitular, con los balcones que daban a la plaza, abiertos, y el zaguán del edificio, bien cerrado.

Contrastaba con la inquietud de los españoles el resto de la población que, o no sabía o no creía en la venida de los rebeldes y se conservaba tranquila; mas conforme transcurría la tarde, fué dando muestras de agitación. Era que, no obstante que Hidalgo

y Allende habían procurado hacer desde Atotonilco su marcha lo más lenta posible, para entrar al anochecer, después de una caminata como de legua y media, arribaron al paraje denominado Arroyo de la Arena, a media legua de San Miguel, donde hicieron alto a eso de las cinco, contando entonces con poco más de mil doscientos hombres. Precisamente cuando a eso de la oración, el alcalde don Ignacio de Allende y sus compañeros de encargo se encaminaron hacia aquel rumbo, ya se advertía un extraordinario movimiento entre el pueblo, y el camino lo llenaba una verdadera romería.

Llegaron al paraje los comisionados. Saludó el licenciado Allende a su hermano el capitán, cambiando ambos algunas palabras, y don Ignacio y sus acompañantes volvieron grupas a San Miguel, dirigiéndose a las Casas Reales, donde los demás regidores los esperaban junto con los europeos.

Entraron el alcalde Aldama y don Justo de la Cruz Baca, y éste informó a los españoles que era mucha la gente que venía de Dolores; que San Miguel “se despoblaba” para ir a recibir a los insurgentes; que hasta vecinos de distinción habían encontrado por el camino, como al capitán don José Llano, al teniente don Luis Malo y don José Joaquín Ocón, hijo del Subdelegado. Cruz Baca, dirigiéndose al regidor Landeta, de nacionalidad española, le dijo: “Sálgase vuesa merced de aquí, que yo lo liberto.” A lo que contestó Landeta: “Ya la muerte me ha traído aquí entre mis compañeros. Correremos la misma fortuna.” En este momento se empezó a oír ruido de tropel y gritería en la plaza, por lo que se mandó atrancar con vigas el zaguán, quedando todos encerrados, inclusive el cura don Francisco Uraga y varios clérigos, bajo el resguardo de veinte hombres armados de machetes.

El cura y los clérigos salieron a un balcón a exhortar y tratar de apaciguar a la gente. Al rumor de la gritería, el coronel De la Canal, cuya casa se encontraba esquina con esquina, con las Casas Reales, salió a su vez al balcón, acompañado del fraile filipense don Manuel Elguera que tenía de visita, y de su cuñado el alférez, tratando también de calmar a la multitud. Bajaron luego los tres, dirigiéndose al edificio de enfrente, con intenciones de entrar, sin conseguirlo, y sólo logró De la Canal hacer saber a los regidores por boca de Fuentes, que él “no se metía en nada”; que ya tenía tomadas sus providencias, y que llevaba amistad con Hidalgo, Allende y Aldama, especialmente con el segundo de ellos.

A punto casi de echarse encima la noche, la columna insurgente estuvo lista para hacer su entrada a San Miguel. Dispuso Hidalgo que los españoles hechos prisioneros en Dolores, quedasen en Arroyo de la Arena hasta el día siguiente, al cuidado del capitán Juan Aldama y de treinta hombres armados, a efecto de evitar mayores disturbios entre las turbas sanmiguelenses; y como preguntase a Allende, antes de reanudar la marcha, si estaría de su parte todo el Regimiento de la Reina, a lo que el capitán contestó que no, convinieron en que éste fuera a la cabeza y él a la retaguardia, y en esta forma emprendieron el avance.

Serían cerca de las siete de la noche, cuando se advirtió en San Miguel un extraordinario movimiento por las primeras calles del barrio de San Juan de Dios. Era que los insurgentes empezaban a hacer su entrada, gritando improperios a los españoles, golpeando y empujando puertas y ventanas, y batiendo tambores reciamente. Al desembocar las primeras avanzadas en la plaza principal, ya el gentío, con el que se les iba uniendo, era grande, y pronto fué inmenso a los toques de rebato dados en la parroquia con la campana mayor, y a los gritos de “¡Viva la Religión!” “¡Viva Fernando VII!” “¡Vivan Hidalgo, Allende y Aldama, y mueran los gachupines!” A los barrios lejanos como el de San Antonio Guadiana y el del Chorro, llegaba aquel estrépito que hacía más alarmante el continuado toque de rebato, y con él las más contradictorias noticias, pues unos decían que estaban entrando los franceses, otros que traían presos a Allende y Aldama, y algunos que se había levantado la plebe en masa, sin saber por qué, ni para qué, y que fluía de todas partes hacia la plaza.

En este lugar precisamente estaba aglomerada la muchedumbre, que sí sabía lo que ocurría y con qué motivo se congregaba. Poniendo un estrecho cerco a las Casas Reales, pedía a gritos se le entregaran los españoles encerrados en ellas. Para asegurarlos de posibles desmanes, Hidalgo y Allende dispusieron su aprehensión, y al efecto dirigióse el Capitán acompañado del padre Balleza, a la casa del coronel De la Canal, a pedirle tropa, mas éste les contestó que no la tenía; entonces le suplicó Allende que saliera al balcón a calmar a la gente, lo cual hizo de buen grado, y en seguida bajó a la plaza, desarmado, en compañía de fray Elguera y de su cuñado el alférez, a ayudar a la rendición de los europeos. La multitud seguía gritando mueras a éstos, y pidiéndoles que abrieran. Al llegar Allende y el Coronel al zaguán, aumentaron la confusión y los gritos. En él se encontraban los regidores Ignacio Aldama y Juan Numarán, acompañados del cura don Francisco Uruga y de varios clérigos, a todos los cuales la turba pedía la entrega de los españoles. El Capitán ordenó imperioso la inmediata apertura de la puerta y la entrega de los reclusos. Hubo negativas y nuevos mandatos, hasta que al fin de repetidas instancias fué abierto el zaguán por el mismo Allende y pudieron entrar hasta los corredores altos, que a igual de los bajos, estaban desiertos. Hubo nueva detención ante las puertas cerradas de la Sala Capitular y nuevas instancias para que abrieran, con las mismas contestaciones negativas, hasta que alguien propuso de adentro que exigían se presentara el coronel De la Canal, como autoridad, que representaba a la del Rey, y esto exaltó a Allende, quien contestó que esa autoridad no existía ya y no quedaba sino la de la Nación, a cuyo nombre los intimaba a que se rindieran; que si no lo hacían echaría las puertas abajo en el término de tres minutos. Sin embargo, el cura Uruga mandó llamar al Coronel, que permanecía en el zaguán, y en cuanto llegó y oyeron su voz los de adentro, se abrió la puerta. Entonces, entrando el Capitán, les dijo que ni él ni sus compañeros de empresa trataban de vengar agravio personal alguno, sino sólo

sustraer al país de la dominación extranjera, para lo que era absolutamente necesario aprehenderlos a ellos; pero que les aseguraba que no sufrirían otras molestias que las simples del arresto, sin que tuvieran que temer por sus familias y sus intereses. Mas como permanecían en actitud defensiva y habían llamado al cura Uraga para que les ayudase, rogaron a éste que consultara el parecer de Hidalgo sobre el partido que deberían tomar, y asomándose el clérigo a uno de los balcones, interrogó en ese sentido al Caudillo, que se encontraba abajo rodeado de los suyos, y éste contestó: “Se quiere recoger a todos los españoles y hacer la independenciam de la Nueva España.” De la Canal, por su parte, manifestó que habiéndose encargado del Regimiento el sargento mayor Camúñez en la mañana de ese mismo día, había cesado su representación; pero que siendo bien conocido el capitán Allende, se debía confiar en sus ofrecimientos. A continuación los españoles entregaron sus armas y se dieron por presos, no sin hacer algunos reproches, del todo inútiles.

Desarmados también los veinte hombres que los resguardaban y que a última hora se encerraron con ellos, se dispuso luego que los prisioneros fueran trasladados al Colegio de San Francisco de Sales, a la sazón desocupado por ser época de vacaciones. Salían de las Casas Reales acompañados, además de los jefes insurgentes, por el coronel De la Canal, el licenciado Aldama, el cura Uraga y otros eclesiásticos, cuando se vió venir al ayudante mayor del Regimiento, don Vicente Gelati, atravesando la plaza en sentido diagonal, del costado derecho de la parroquia a las Casas Consistoriales, seguido de una pequeña escolta. Al irse acercando los insurgentes a San Miguel, este militar había mandado del cuartel chico, donde estaba, al cuartel grande donde permanecía el sargento mayor Francisco Camúñez acompañado de cincuenta y un dragones, el armamento que le pidió, consistente en cuatrocientas pistolas, cincuenta fusiles, trescientas once espadas y siete mil cuatrocientos cartuchos, para armar la gente que se pudiera. De acuerdo Gelati con Camúñez, en vista de que el Coronel no mandaba tocar generala ni disponía ninguna medida, le mandó preguntar con un dragón, “que qué hacía; que ya los rebeldes se acercaban”; y el dragón volvió diciendo que el ordenanza del Coronel le había dicho que no se podía hablar a su jefe. Mandó Gelati un segundo recado, pero antes de recibir contestación, se agolparon frente al cuartel chico sesenta o setenta insurgentes, sobre los que Gelati cargó con el auxilio de cinco dragones a pie, haciendo correr aquella gente hasta la calle de San Francisco, donde encontró un oficial compañero suyo, apellidado González, mandando como ciento cincuenta o ciento sesenta hombres, quien lo amenazó pistola en mano; hizo otro tanto Gelati, y preguntando al oficial a qué se debía su actitud, le contestó que a orden que tenía del Coronel; a lo que el primero, acompañado sólo de los cinco dragones que le seguían, respondió ordenándole con toda autoridad volviera atrás, mandato que el otro obedeció emprendiendo carrera con su gente, con lo que quedó despejada la entrada de la plaza y Gelati pudo pasar hasta el frente de la casa

del Coronel. Allí encontró al padre Balleza con cosa de doscientos insurgentes de a pie y de a caballo; le ordenó también, se retirara, y el padre le contestó asimismo que estaba allí por orden del Coronel; se hizo de palabras con él; lo intimó a que se retirara, y el padre y sus hombres se retiraron. Encontró al fin, Gelati al Coronel, a tiempo que se iba a disponer el traslado de los prisioneros españoles, y llamándole éste, le dijo: “Gelati, entregue usted sus pistolas porque de lo contrario estamos todos perdidos. Le doy a usted mi palabra de que todo lo arreglaré sin derramamiento de sangre.” Allende, que había presenciado los últimos actos de Gelati, lo amenazó en ese instante con un pequeño fusil, provisto de bayoneta, que portaba, por lo que Gelati estuvo a punto de hacerle fuego, lo que impidió el Coronel, pero tirándole el Capitán un pechugón, aquél, acobardado, le dijo: “¡No, mi capitán, a usted no!” Entregó las pistolas, una a su coronel y otra al civil don Miguel González, padre del oficial que momentos antes había hecho retirar con su gente. El pueblo quiso entonces hacerlo pedazos y aún lo hirió, pero De la Canal salió en su defensa. Con la pequeña escolta que Gelati traía y otros dragones que se pusieron a las órdenes de Allende, sumando todos hasta dieciséis, se hizo la conducción de los españoles, entre ellos algunos regidores y Gelati, del Ayuntamiento al Colegio de San Francisco de Sales, bien escoltados y seguidos de Hidalgo y los clérigos Uraga y Elguera. Allí se les alojó con bastante comodidad, y a poco se les agregaron algunos que aisladamente fueron aprehendidos. Quedaron resguardando el Colegio, los mismos soldados del Regimiento que ayudaron a conducirlos.

Se temía que al ir conduciendo a los prisioneros, se alborotara de nuevo el pueblo; mas éste se mostró tranquilo, como que ya no tenía enemigo qué combatir. En cambio, en esos momentos sucedió algo enteramente distinto, aunque no del todo inesperado. La turba insurrecta necesitaba comer y después descansar. Un vecino de la misma población, forzó las puertas de la tienda del español don Francisco Landeta; se introdujo a ella y apareció en uno de los balcones arrojando pesos de una talega y gritando: “Mueran los gachupines y viva la América,” a cuyas voces empezó a acudir la gente, que introduciéndose a la casa, se puso a saquearla. Al propio tiempo, un curandero y un tocinero, también de la villa y bastante conocidos, estaban dando trazas de saquear la tienda del español don Pedro Lámbarri y discutían acaloradamente su plan ante las puertas cerradas de ella, cuando acertaron a pasar Hidalgo y Allende, que, seguidos de una reducida escolta, volvían de dejar a los prisioneros, y enterándose de lo que trataban de hacer aquellos dos hombres, Allende los reprendió severamente y les impuso que con dos dragones que separó de la escolta, se dedicaran a defender la tienda, haciéndose éstos responsables de lo que pudiera sucederle. Y como al retirarse los dos jefes insurgentes, advirtieran el tumulto ocasionado por el saqueo de la tienda de Landeta, se dirigieron presurosos allá, y desenvainando el Capitán la espada, arremetió a cintarazos contra la multitud hasta que los redujo al orden y puso fin al incidente, sin que volviera a haber ningún otro saqueo.

La gente de la población se fué retirando a sus casas, y los insurgentes empezaron a ser alojados donde se podía, tanto que los que no cupieron bajo techo, quedaron acampados en algunas calles. Poco después de las diez de la noche, la villa quedó en completo, sosiego.

Entonces Allende acompañó a Hidalgo, que deseaba también descansar, pues harto lo merecía, a la casa de su hermano José Domingo, y él se encaminó todavía al cuartel grande, de donde salieron a recibirlo los capitanes José de los Llanos y Juan Cruces comunicándole que como el sargento mayor Vicente Camúñez había tratado de instigar a las dos únicas compañías allí alojadas y compuestas de sesenta plazas cada una, a que fueran a aprehenderlo a él, a Hidalgo y a Aldama, la oficialidad y la tropa hubieron de negarse, prorrumpiendo en vivas a los jefes de la rebelión, procedieron a asegurarlo y lo tenían preso. Aun cuando Allende encontró esto como la cosa más natural, pues de antemano sabía que la corporación le era adicta, entró al cuartel a manifestar su gratitud a sus antiguos compañeros de armas. En seguida dispuso que Camúñez fuera conducido a la prisión de los españoles, y que mientras se nombraba un comandante militar, el capitán Cruces asumiera ese carácter y designara desde luego patrullas y rondas que conservasen el orden durante la noche.

A continuación, Allende se retiró a su casa, donde lo esperaban el licenciado Aldama y un grupo de amigos y colegas de conspiraciones, con quienes conferenció largamente, retirándose a dormir a horas bien avanzadas.

Y así terminó la primera jornada de aquella magna y atrevida empresa, y se extinguió aquel día que pasaría a los fastos de la historia.

• XLV •

El pueblo de San Miguel se amotina - Plática entre Hidalgo y Allende - Formación de una junta de gobierno - Designación de autoridades y empleados - Los hermanos Aldama - Las iglesias en entredicho - Organización del ejército insurgente - Los fondos y su tesorero - El ejército sigue su marcha

APESAR DE LA TREMENDA AGITACION del día anterior y de no haber disfrutado del sueño sino por poco tiempo, Hidalgo y Allende estuvieron en pie, el día 17, a muy temprana hora, cuando, todavía a favor de la quietud del vecindario, y por orden del Cura, hicieron su entrada los prisioneros de Dolores, bajo la custodia del capitán Juan Aldama y el pelotón a sus órdenes, quedando alojados en el Colegio de San Francisco, junto con los aprehendidos en San Miguel.

Su primera idea fué convocar a las personas principales de la villa a una junta en las Casas Consistoriales, donde se trataría de nombrar nuevas autoridades y empleados que faltaban con motivo de la prisión de la mayor parte de los españoles y de la fuga de otros y de algunos criollos. Mas el pueblo, que también se había levantado temprano, hormigueaba ya en la plaza de armas y calles confluentes, gritando que murieran los gachupines y que fueran demolidas sus casas, las que empezaron a apedrear y a dar muestras de querer saquear, abandonadas como en lo general estaban, no obstante los esfuerzos de varias patrullas por contener tales ímpetus. La obstinación y el escándalo de las multitudes excitó la indignación de Allende, que desde uno de los balcones de su casa, situada en un ángulo de la plaza, veía el desorden en unión de otras personas, y mandando pedir su caballo, montó en él, de bata y chinelas, y espada en mano empezó a recorrer los puntos más tumultuosos, reprochando a los amotinados su conducta y cintareando a algunos, logró restablecer el orden y aun despejar las calles y la plaza.

La junta debía haberse celebrado a las nueve de la mañana, pero por el temor de que hubiera nuevos disturbios, hubo de diferirse para después de mediodía. Entretanto, Hidalgo, que había presenciado los hechos desde la casa de don José Domingo de Allende, donde se alojaba y que asimismo daba a la plaza, mandó llamar al Capitán, con el que, no obstante verse ambos rodeados de partidarios y amigos imposibles de esquivarse, entró en larga e interesante conferencia. Empezó el Cura por manifestar al

militar su desagrado por el trato áspero que daba al pueblo, azotándolo como acababa de hacerlo y lo había hecho la noche anterior. Allende contestó que en tanto las turbas de allí o de cualquiera otra parte intentaran robar, sobre todo a los españoles, su conducta sería la misma; a lo que Hidalgo arguyó que aun cuando el robo era cosa bien reprobable y en otras circunstancias merecía castigo, convendría tolerarlo, porque de lo contrario se encontrarían sin gente, sin armas y sin dinero con qué adelantar en su empresa, expuesta a fracasar con tal rigorismo y sin aquel aliciente; el Capitán trata de hacerle ver que para ir al éxito en ella, no debía contarse con la gente del pueblo, buena sólo para saquear y provocar desórdenes, sino con la tropa disciplinada que fuera defeccionando, de la que ya habían empezado a disponer, aunque en escaso número, desde el primer momento, así como con los individuos que fueran armando y organizando. La discusión, en que cada uno sostenía opuestos puntos de vista, llegó a acalorarse y aún a degenerar en agria disputa, concluyendo Allende por proponer a Hidalgo se separara y lo dejase solo.

Aquel primer altercado, natural en esta clase de empresas y entre dos jefes revolucionarios de diferente condición (un clérigo y un militar; un hombre de cruz y otro de espada), por añadidura, de superior inteligencia el primero y de ruda mentalidad el segundo, planteaba un problema que en verdad no lo era y cuya solución no podía ser más clara. El Cura estaba en lo justo: el rigorismo de aquella especie, podría ser contraproducente, tornar odiosa la causa; la facultad de disponer de la propiedad privada y aun de destruir toda clase de riquezas es un derecho de guerra, sin límites, porque es lícito privar de toda clase de recursos al enemigo. Luego, la revolución no podía emprenderse sino precisamente con la gente del pueblo, como que a igual de todas las revoluciones, era un movimiento de los de abajo contra los de arriba; pensar en hacer la guerra militar, era punto menos que imposible, sobre todo al principio, no contando con elementos y más habiendo definido su actitud el Ejército durante los acontecimientos de 1808, en que estuvo francamente de parte de la causa española. En consecuencia, de los dos sistemas de hacerla, conocidos hasta entonces, el militar y el africano, no quedaba más que el último: el de hordas, consistente en reunir grandes masas y arrasas con ellas campos y poblados. A Hidalgo no se le escapaba que la guerra no es un torneo en el que los contendientes hayan de arrojarse tirsos y rosas; la guerra, por el contrario, es la suma de todos los horrores; su objeto es destruir por todos los medios posibles; y la culpa de que se desencadene, no es de quienes la hacen, sino de quienes la provocan.

Calmados los ánimos con la intervención de los presentes, el Capitán quedó de momento convencido con los argumentos del Cura, y cesó el altercado al ofrecer éste arengar al pueblo fijándole normas de conducta; mas presintiendo Hidalgo, por los giros de la disputa, que en su colaborador empezaba a surgir un sentimiento de rivalidad, propuso la conveniencia de repartirse las atribuciones, conservando él su carácter de jefe del movimiento que le habían otorgado las juntas conspiradoras, en tanto Allende se

encargaría de la organización de las tropas y planes de campaña, para evitar en lo sucesivo toda clase de diferencias. No muy satisfecho el militar, de la proposición, procuró serenarse más todavía y expuso que siendo muy superiores las luces y conocimientos del Cura, no vacilaba en reconocerlo como jefe supremo, con la salvedad de que en caso de no marchar de acuerdo en lo adelante, se separarían para seguir cada quien, por cuenta propia, la empresa, a lo que Aldama, allí presente, manifestó adherirse prometiendo observar igual conducta. Hidalgo puso fin a la discusión, al asegurar que no volvería a tocarse ese punto.

Momentos después, un inesperado incidente vino a reafirmar la decisión acabada de tomarse. Como se encontraba preso el español don Juan Arabia Urrutia, administrador de correos, y a la oficina de este ramo había llegado un oficio del Intendente de Guanajuato para el Subdelegado de San Miguel, que también estaba preso, se presentó de improviso el escribiente Francisco Revelo portando el documento, el cual puso en manos de Allende, consultándole lo que debería hacerse con respecto al despacho de la correspondencia. Abrió el Capitán el escrito y se enteró de que era otra orden de aprehensión en contra suya y de Aldama, y en ella se decía que, a ser posible, se aprehendiera también al cura Hidalgo, “porque sus talentos, carácter y nombradía, harán a la revolución más vigorosa y formidable.” Se la entregó Allende al Cura, y le reiteró su acatamiento, prometiéndole estar siempre a sus órdenes, primero que nadie, con su espada.

Fuéronse a comer, y hasta las cuatro de la tarde se reunió en las Casas Consistoriales la asamblea a que desde por la mañana habían citado y que ellos presidieron. Presentes en ella casi todas las personas de alguna notoriedad en la población, manifestaron los jefes de la rebelión, que debiendo partir lo más pronto posible, a fin de continuar sus propósitos, y falta la villa de autoridades, suplidas de momento por ellos, era necesario nombrar una junta gubernativa, de carácter semirrepublicano, con facultades no sólo para asegurar la tranquilidad pública, sino para resolver problemas de orden político y militar, imponer y cobrar contribuciones, difundir las ideas de libertad e independencia, y fomentar la revolución, debiendo dar cuenta de todos sus actos al jefe de ella, así como obedecer sus disposiciones dictadas, desde cualquier parte. A continuación se procedió a designar la junta, que quedó integrada por los señores licenciado don Ignacio de Aldama, como presidente y encargado de la comandancia militar de la villa y su distrito; licenciados don Luis Caballero y don Juan José Unarán; Procurador, don Domingo Unzaga; Alcaldes de Barrio, don Juan Benito Torres, don Miguel Vallejo, don José Mereles y don Antonio Ramírez. Se nombró en seguida alcalde de la villa a don José María Núñez de la Torre, administrador de correos a don Francisco Revelo y para administrador de los ramos de aduana y tabacos, a don Antonio Agatón Lartundo, con los sueldos y privilegios que estos cargos tenían en el Gobierno español. Ninguna de las personas designadas, todas ellas presentes, renunció su

nombramiento, y a su nombre y en el suyo propio dió el licenciado Aldama las gracias a Hidalgo, y a Allende, ofreciendo desempeñar sus puestos con lealtad y patriotismo. Pudo presentar luego un corte de caja de la Administración de Reales Alcabalas practicado por él mismo la noche anterior, todavía en su papel de Alcalde Provincial y como Subdelegado en turno por falta del propietario don Pedro Bellojín, aprehendido entre los españoles, corte que arrojaba un movimiento de fondos habido del 1º al 16 de septiembre, de poco más de veinticinco mil pesos de ingreso, alrededor de veintitrés mil de gastos y dos mil y tantos, líquidos, que podían servir para los primeros gastos de la insurrección.

Era el licenciado don Ignacio de Aldama, venido al mundo el 10 de febrero de 1765, mayor que sus hermanos Juan y Manuel, militar el primero, nacido el 3 de enero de 1774, cuya carrera empezó junto con Allende al crearse el Regimiento de la Reina en 1795, siendo ascendido a capitán en 1808 al propio tiempo que su compañero, y licenciado también el segundo, establecido de ordinario fuera de San Miguel. Naturales los tres de esta villa e hijos de don Domingo de Aldama y de doña Francisca González Rivadeneira, Ignacio y Manuel estudiaron allí mismo, en el Colegio de San Francisco de Sales, las materias del bachillerato en Artes, cuando el filósofo doctor don Juan Benito Díaz de Gamarra y Dávalos, de avanzadas ideas, regenteaba el colegio en su mejor época, y fueron a recibir tal grado académico a la Real Universidad de México, en julio de 1781, donde, acto continuo, siguieron de estudiantes canonistas, graduándose de bachilleres en Cánones, en 1785, para a continuación hacer juntos, como habían hecho casi todos los cursos, los de la licenciatura. No pudo ser más sobresaliente la carrera literaria de don Ignacio. En el Colegio de San Francisco de Sales, ocupó en la cátedra el primer lugar; acabando de obtener el grado de bachiller en Cánones, substituyó al catedrático de Clementinas por algún tiempo, con general aplauso de los alumnos y mención especial en los libros de registro de la Real Universidad; fué colegial porcionista; y obtenido en 1790 el grado de Licenciado, se incorporó al Real Colegio de Abogados, presidió las academias de jurisprudencia en el Colegio de San Ildefonso, fué abogado de la Real Audiencia de México, y por último regidor y alcalde provincial de su pueblo. Huérfanos en temprana edad los hermanos Aldama, un español de apellido Victoria administraba los bienes de ellos; pero, malversándolos, les habría dado fin, si el joven Ignacio no llega a tiempo de México a recuperarlos y a tratar de poner a salvo el patrimonio paterno. Y no sólo logró esto, sino que a la fecha su fortuna personal consistía en varias fincas urbanas ubicadas en la misma villa y en el rancho de Los Coroneles, de la jurisdicción de Matehuala, que a la sazón albergaba trece mil cabezas de ganado.

La junta gubernativa acabada de crear, entró en funciones inmediatamente, con lo que Hidalgo y Allende quedaron expeditos y pudieron dedicarse a la organización del ejército y al arreglo de varios otros pormenores.

Con tal propósito se levantaron al otro día; pero advirtiendo cierta inquietud en el vecindario, se enteraron de que era debido a que las iglesias estaban en entredicho desde el día anterior, y el culto y demás servicios se hacían de manera casi oculta, por temor a algún desacato. Allende se encargó de dirigir un oficio-circular, que se hizo público, al cura, al prepósito del oratorio de San Felipe y al guardián del convento de San Francisco. “No debe haber el más mínimo recelo —decía entre otras cosas el escrito—, porque la causa que defendemos es la de la religión, y por ella hemos de derramar hasta la última gota de sangre, sin permitir el más ligero desacato ni a los templos ni a sus ministros, como lo acredita el buen orden con que todo se ha practicado, sin que se haya visto una gota de sangre, y procurando siempre la quietud del pueblo con nuestras propias fuerzas y patrullas y centinelas que no cesan día y noche, y obedecen y respetan a la justicia y a todas las personas y bienes de nuestros compatriotas.” Suplicaba se siguieran practicando los actos religiosos sin modificación, y reforzaba sus propósitos en estas palabras finales: “. . . con nuestras vidas aseguraremos nuestra palabra de honor y auxiliaremos a la Santa Iglesia en cuanto conduzca a la santa causa que defendemos.”

Terminado este incidente con el levantamiento del entredicho, y mandada reunir en la plaza toda su gente, el Cura, como lo había prometido el día anterior, empezó por arengar a ésta y al pueblo de San Miguel, desde la casa donde se hospedaba, aconsejándoles decisión para la lucha por la independencia, al mismo tiempo que la disciplina y la moderación en su conducta, a fin de no hacer odiosa su causa.

Vino el capitán Abasolo a unírseles, o mejor dicho, salió del escondite donde se encontraba en la misma villa, desde el propio día 16, según lo supo el regidor Landeta que se lo comunicó al coronel De la Canal, para que lo aprehendiera, sin lograr que éste le hiciese caso; se presentó ante los principales jefes y se puso a ayudarlos en la tarea de señalar grados, desde cabos hasta coroneles, de preferencia a los soldados del Regimiento de la Reina aliados a ellos en Dolores y en San Miguel; formar nuevos pelotones con la gente que se les seguía uniendo; designar a los administradores de las haciendas de los contornos, reclutadores, con grados militares, de jornaleros del campo que quisieran ingresar al ejército. En esta tarea y en otros pormenores se ocuparon durante el día 18, en tanto los herreros todos de la población se habían estado ocupando sin tregua alguna, desde el día anterior, en forjar varios centenares de lanzas. Designado desde Dolores, Mariano Hidalgo, tesorero del ejército, al recibir el dinero que se tenía guardado para la revolución y los primeros fondos quitados al colector de diezmos, se le confirmó el puesto entregándole otras cantidades acabadas de recoger, tales como la encontrada en la Administración de Alcabalas y veintitrés mil pesos del Clero hallados en la casa de Landeta, al hacerse una requisa de efectos en las tiendas de los españoles, a fin de proveer a la tropa, para lo que Allende mandó pedir las llaves de ellas, protestando restituir lo que se tomara.

En el afán de equipar lo mejor posible al ejército insurgente, Allende quería prolongar más su estancia en San Miguel; pero Hidalgo lo convenció de la urgencia que había de marchar prontamente sobre Guanajuato, en razón de que, azorado el Gobierno de la Colonia, del golpe audaz recibido en la persona de sus paisanos, podría obrar rápidamente en contra de la rebelión antes de que ésta cobrara mayor fuerza. Así, pues, el mismo día 18 dieron trazas de evacuar la villa. Embargada por la fuerza una recua acampada a dos leguas de San Miguel, obligaron a su conductor y su gente a cargar la impedimenta consistente en equipajes, parque, diversidad de pertrechos, y ochenta mil pesos en efectivo, cantidad a que montaban ya los fondos del ejército. Esta operación fué hecha en la madrugada del 19. A la salida del sol, la columna estaba ya en orden de marcha, e Hidalgo y Allende montados a caballo, dando las últimas disposiciones. De cincuenta sacerdotes que había en la villa, cuarenta aprobaron la insurrección, y algunos, entre ellos los padres Olmedo y Zamarripa, se presentaron a Hidalgo para acompañarlo. Se le unieron asimismo varios civiles criollos, como don Luis Malo, hijo del administrador de la hacienda de La Erre, que con autorización de su padre, venido expresamente, abandonó la tienda que acá tenían, para que siguiese al Cura.

Se sacaron del Colegio de San Francisco de Sales los españoles presos, a los que agregaron otros traídos de San Felipe y aprehendidos el propio día 16; los colocaron, unos en tres coches, otros en cabalgaduras, en medio de la columna que ya ascendía a seis mil hombres, y poniéndose a la retaguardia Hidalgo, Allende, Aldama y Abasolo, rodeados de algunos otros oficiales del Regimiento de la Reina, defeccionado en su mayor parte, con todo y música, rompieron la marcha a eso de las ocho de la mañana.

• XLVI •

Alto en Chamacuero - Incidente en San Juan de la Vega - Acampamento en Santa Rita - Intimación a la plaza de Celaya - Entrada a la ciudad - Nuevo acopio de dinero - Hidalgo aclamado Capitán General - Reunión del Ayuntamiento - Carta al intendente Riaño - Se desiste del avance a Querétaro - Estado de defensa y sucesos en éste - Hacia Occidente

AL CABO DE UN RECORRIDO DE SIETE LEGUAS hecho a muy buen paso, la columna entraba a eso de mediodía, sin el menor obstáculo, al pueblo de Chamacuero, haciendo alto en la plaza. Dirigióse Hidalgo a una casa situada en el ángulo sureste, bajo cuyo soportal y en un poyo de ladrillo, de los varios que había, sentóse a reposar y dictar órdenes. En el corto tiempo que allí permaneciera, mandó aprehender al cura, que era europeo; hizo aprehender, también, al único español civil que salió a recibirlo, el adinerado don Blas de la Cuesta; dispuso se repartiera parque entre los insurrectos que llevaban armas de fuego. Enterado de que a las primeras horas del día había venido de Celaya el capitán Antonio Linares, con un destacamento, a recoger treinta mil pesos de don Blas de la Cuesta y cuarenta mil pertenecientes a la testamentaría del padre de doña Manuela Taboada, esposa del capitán Abasolo, tomó buena nota de esto y ordenó la inmediata salida hacia adelante.

No llevaban mucho de caminar, cuando una de las muchas partidas que venían a unírseles, apareció en sentido contrario, y llegándose a los jefes les entregaron un parte acabado de quitar a un sujeto a quien encontraron en el camino y que allí traían. La comunicación era de don Juan Mogica, subdelegado del pueblo de San Juan de la Vega, por donde en seguida pasarían, enviada al subdelegado de Celaya, participándole el avance de los insurgentes, a los que a su juicio era fácil destruir por ser en su mayoría rancheros e indios desarmados. Guardóse Allende el escrito, y al entrar poco después a San Juan y encontrarse con Mogica, le preguntó el Capitán si sabía qué número de españoles había en Celaya, cuál era su guarnición y cómo juzgaba que serían recibidos; a lo que el subdelegado contestó que los españoles eran veintitantos, la guarnición de poco más de cien dragones, y que consideraba se les haría resistencia, por ignorar la fuerza que traían.

—Y la opinión particular de usted acerca de esta revolución, ¿cuál es?

—No tengo formada ninguna, responde Mogica—porque ignoro su objeto.

—Se conoce que no lo sabe usted; pero cabalmente por esta razón no debería usted calificarla de mala.

—Yo—contesta el subdelegado, entre sorprendido y temeroso—no he pronunciado palabra sobre este punto.

—¡Ha hecho usted algo peor—le arguye el Capitán—, porque lo ha manifestado por escrito!

Y le tendió el parte, lo que llenó de terror a Mogica; pero lo tranquilizó diciéndole que era dueño de formarse la opinión que quisiera y de seguir la bandera que más le gustase, sólo que en lo sucesivo debería ser cauto, porque los tiempos habían cambiado radicalmente.

Después de haber comido la tropa; de proveerse de nuevas vituallas y de haberse dado un ligero descanso, siguieron caminando rumbo al Sur, no sin tocar el pueblo de Apaseo.

Ya de noche, el ejército llegó a la hacienda de Santa Rita, distante legua y media de Celaya. De allí los jefes de la insurrección dirigieron al Ayuntamiento una intimación concebida en estos términos:

Nos hemos acercado a esa ciudad, con el objeto de asegurar las personas de todos los españoles europeos. Si se entregasen a discreción serán tratadas sus personas con humanidad; pero si por el contrario se hiciere resistencia por su parte y se mandare dar fuego contra nosotros, se tratarán con todo el rigor que corresponda a su resistencia. Esperamos pronta la respuesta para proceder. Dios guarde a Ustedes muchos años.—Campo de batalla, septiembre 19 de 1810.—MIGUEL HIDALGO, IGNACIO ALLENDE.—P.D. En el mismo momento en que se mande dar fuego contra nuestra gente, serán degollados setenta y ocho europeos que traemos a nuestra disposición.—HIDALGO, ALLENDE.—Sres. del Ayuntamiento de Celaya.

Habíanse reunido en Celaya muchos españoles de los pueblos circunvecinos, con intención de proporcionarse algún género de defensa, pues aunque allí no había sino un piquete de soldados que no pasaba de diez hombres, esperaban auxilios de Guanajuato o Querétaro, no creyendo que Hidalgo se movería con tanta rapidez; pero desde la mañana del 18 empezaron a correr rumores de su venida, los que fueron tomando cuerpo conforme avanzaba el día, y se confirmaron del todo cerca de las dos de la tarde. Entonces todo fué confusión y desorden. El primer cuidado de los españoles consistió en ocultar sus caudales; en seguida se armaron ellos y sus dependientes, como pudieron; mas careciendo de jefe, de tropas y aun de elementales fortificaciones, nada podían para reprimir a la masa del pueblo que les amenazaba con sublevarse, y menos contra las turbas que se precipitarían sobre la población. Los frailes españoles del convento del Carmen, vestidos de charros, montados a caballo, armados de sable y pistola y con un

crucifijo en la mano, recorrían en vano las barriadas exhortando al pueblo a la defensa, pues éste tenía ya formado su partido y estaba resuelto a declararse por los rebeldes en cuanto avanzasen. En medio de este desorden se presentó el parlamentario que portaba la intimación de Hidalgo y Allende, exigiendo lisa y llanamente la entrega de la plaza.

Violentamente pidió el Ayuntamiento de Celaya, al de Querétaro, armas y municiones; mas esta ciudad, alarmada también con la proximidad de los rebeldes, se negó a enviar el auxilio que se le pedía, y se concretó a trasladar la petición al virrey Venegas remitiéndosela a las tres de la mañana. Carentes de medios de defensa las autoridades celayenses, el subdelegado Duro, el coronel Manuel Fernández Solano y los españoles resolvieron retirarse a Querétaro, llevándose las compañías que se pudieron reunir, del Regimiento Provincial de Infantería de Celaya, con lo que se aumentaría oportunamente la guarnición de aquella ciudad.

En el campamento rebelde se había estado en vela y sobre las armas, en espera de la contestación. Como a las tres y media de la mañana, la gente agregada en San Miguel empezó a desertar tratando de volverse al punto de su destino, quejosa de estar con hambre y desvelada, además temerosa de ser batida seriamente en la plaza a cuyas puertas estaban; mas advertido Hidalgo por uno de los jefes de a caballo, de lo que sucedía, le ordenó los hiciera retornar, lo que se logró en seguida. Enterado entonces el Cura, por buen número de vecinos de Celaya que venían a unírseles, de que la ciudad se encontraba inerme y enteramente de su parte, dispuso el avance sobre ella, y a eso de las nueve de la mañana del ya jueves, 20, hicieron su entrada los sublevados, con gran solemnidad, en número de más de cuatro mil, yendo él a la cabeza con la imagen de la Virgen de Guadalupe sostenida por sus propias manos y rodeado de Allende, Aldama, Abasolo y demás jefes principales, seguidos de la música del Regimiento de la Reina y unos cien dragones de este cuerpo, a las órdenes de un oficial que portaba un estandarte con el retrato del rey Fernando VII. En esta forma se dirigieron a la plaza de armas; mas como en ella había algunas obras de defensa consistentes en trincheras de pacas de lana y algodón, y en las azoteas se encontraban algunos criados de casas acomodadas dispuestos a disparar, como en efecto lo hicieron con escopetas, al ver el gentío que se acercaba, esto ocasionó que la multitud rompiese algunas puertas e hiciera otros estragos, y que fuese muerto de un tiro uno de los hombres que desde las alturas había disparado y que veía aquella entrada triunfal.

Fuera de este incidente, la ciudad estaba en efecto de parte de los sublevados, tanto que el Ayuntamiento, el clero secular y las comunidades religiosas salieron a recibirlos y aun se les saludó con un repique general.

Alojóse Hidalgo en el mesón de Guadalupe, situado justamente frente a la plaza; y en la casa contigua, propiedad de don Manuel Gómez Linares, donde había sido muerto el desafortunado espectador, fueron encerrados los españoles que conducían presos.

Terminado el desfile, la gente se esparció por la ciudad a saquear las casas de los europeos, cosa que en esta vez llenó de disgusto al capitán Aldama, quien demostrando su desaprobación al Cura, éste le manifestó, como le manifestara a Allende en San Miguel, que no conocía otro medio de atraer gente con rapidez para la lucha armada; que si él sabía de uno mejor se lo propusiera a fin de ponerlo en práctica.

En el mesón de Guadalupe fueron descargados el dinero y los equipajes que se traían a lomo de mula, y allí quedó establecida la tesorería del ejército. Informado Hidalgo de que los españoles de Celaya habían huído sin poder llevar consigo fuertes sumas de dinero que dejaron ocultas en los sepulcros de los religiosos del convento del Carmen, se ocupó la tropa reglada en extraerlas y conducir las a la tesorería, y habiendo encontrado entre ellas los treinta mil pesos de don Blas de la Cuesta y los cuarenta mil de la testamentaría de Taboada, traídos de Chamacuero el día anterior, don Blas cedió aquella cantidad mediante un documento, e Hidalgo forzó al capitán Abasolo a que dejara el dinero de su esposa a favor de la revolución, firmándole un documento por el que obligaba a la Nación a reconocer aquella deuda en cualquier tiempo. A estas cantidades, que sumaban alrededor de unos ciento cincuenta mil pesos, se unió a poco otra de alguna consideración, perteneciente al Santuario de la Cruz, sacada de la Clavería en donde para mayor seguridad había venido a dar de las Casas Reales, pasando antes por el Juzgado de Capellanías y Obras Pías, instituciones, estas últimas, cuyos demás fondos no fueron tocados. Terminado el traslado del dinero, hecho con alguna dificultad porque el pueblo, curioso o codicioso, cercaba a los soldados durante la maniobra, el Cura apareció en los balcones del mesón, acompañado de los jefes principales, y estuvo tirando a puñados, a la multitud, como unos dos mil pesos, la que al recoger ansiosa las monedas, gritaba: “¡Viva nuestro señor Cura Hidalgo y nuestro Capitán Allende, y mueran los gachupines!”

Al día siguiente, temprano, se efectuó una revista del ejército insurgente en una llanura situada a orillas del poblado, dominada por una pequeña iglesia, más bien una capilla, conocida con el popular nombre de San Antoñito, a cuyo costado izquierdo se colocó el estandarte de la Virgen de Guadalupe para que presidiera el acto. Este se desarrolló con toda solemnidad, y ya para terminar, el cuerpo de ejército, en masa, aclamó a Hidalgo Capitán General, a Allende, Teniente General, y a Aldama, Mariscal, pues hasta entonces no habían tenido título alguno, preeminente, entre sus compañeros. Se concedieron otros grados, a militares, civiles y eclesiásticos, entre estos últimos al padre Balleza.

El viernes, 21, Hidalgo convocó al Ayuntamiento a una junta. A ella concurrieron el Subdelegado y sólo dos regidores, por haber huído los demás que eran europeos, y asistieron también algunos vecinos principales. El flamante Capitán General se presentó acompañado de los primeros jefes, y después de reorganizar el cuerpo edilicio con nuevos miembros, criollos, hizo al concurso un razonamiento como el que dirigió a los vecinos

de Dolores, con lo que los concurrentes se adherieron al plan contra los españoles, de impedir la permanencia de éstos en el país, excepto la del Rey si llegara a presentarse. La asamblea reconoció los grados acabados de conceder a Hidalgo y Allende, y los aclamó, a su vez, con ellos. Concluído el acto, todos reunidos dieron una vuelta por los portales de la plaza, llevando Hidalgo el estandarte de la Virgen de Guadalupe, el que colocó en el balcón central del mesón, desde donde dirigió al pueblo un discurso que le aplaudió entusiastamente.

A continuación el Cura se puso a dictar una larga carta al Intendente de la provincia, redactada en esta forma:

Señor Intendente de la Provincia de Guanajuato, Don Juan Antonio Riaño:

Sabe usted ya el movimiento que ha tenido lugar en el pueblo de Dolores la noche del 15 del presente. Su principio ejecutado con el número insignificante de 15 hombres, ha aumentado prodigiosamente en tan pocos días, que me encuentro actualmente rodeado de más de cuatro mil hombres que me han proclamado por su Capitán General. Yo a la cabeza de este número, y siguiendo su voluntad, deseamos ser independientes de España y gobernarnos por nosotros mismos. La dependencia de la Península por 300 años, ha sido la situación más humillante y vergonzosa, en que ha abusado del caudal de los mexicanos, con la mayor injusticia, y tal circunstancia los disculpará más adelante. Precipitado ha sido su principio, pero no pudo ser de otra manera sino dando lugar y providencia de asegurar a los españoles, para lo cual ha tenido fuertes razones. Traigo a mi lado los avecindados en Dolores, San Miguel el Grande, y los que se han recogido en esta ciudad. Uno solo ha recibido una herida, y por ella ha quedado en su casa para que se restablezca, quedando su persona segura de toda violencia. En San Miguel hubo un pequeño desorden en la casa de un español, que se evitó cuanto fué dable que no siguiera adelante. Por ésto verá V. S. que mi intención no es otra, sino que los europeos salgan por ahora del país. Sus personas serán custodiadas hasta su embarque, sin tener ninguna violencia. Sus intereses quedarán al cargo de sus familias o de algún apoderado de su confianza. La Nación les asegura la debida protección; yo, en su nombre, protesto cumplirlo religiosamente. Mas adviértase que estas consideraciones sólo tendrán lugar en el caso de condescender prudentemente en bien de sus personas y riquezas; mas en el caso de resistencia obstinada, no respondo de sus consecuencias.

No hay remedio, señor Intendente; el movimiento actual es grande, y mucho más cuando se trata de recobrar derechos santos, concedidos por Dios a los mejicanos, usurpados por unos conquistadores crueles, bastardos e injustos, que auxiliados (*sic*) de la ignorancia de los naturales, y acumulando pretextos santos y venerables, pasaron a usurparles sus costumbres y propiedad y vilmente, de hombres libres, convertirlos a la degradante condición de esclavos. El paso dado lo tendrá V. S. por inmaduro y aislado; pero esto es un error. Verdad es que ha sido antes del tiempo prefijado; pero esto no quita que mucha parte de la Nación no abrigue los mismos sentimientos. Pronto, muy pronto, oirá V. S. la voz de muchos pueblos que respondan ansiosamente a la indicación de libertad.

Como el asunto es urgente, lo es también la resolución de V. S. Puede nombrar dos individuos de su confianza, hombres de instrucción y de saber, con instrucciones suficientes para tratar un negocio de tan vital interés. Reúna V. S., si le conviene, a las clases principales, lo

mismo que a los europeos de mayor influencia; trátese la materia con detenimiento, con madura reflexión, de suerte que si se consulta a la razón, si entra en ella la conveniencia personal, los intereses y la paz, no dudo que habrá un término satisfactorio. El movimiento nacional cada día aumenta en grandes proporciones; su actitud es amenazante; no me es dado ya contenerlo, y sólo V. S. y los europeos reflexivos, tienen en su mano la facilidad de moderarlo por medio de una prudente condescendencia; si por el contrario, se resuelve por la oposición, las consecuencias en casos semejantes son tan desastrosas y temibles, que se deben evitar aun a costa de grandes sacrificios. Como los acontecimientos por momentos se precipitan, sólo podré esperar cuatro o cinco días, para saber el resultado favorable o adverso en consecuencia del cual arreglar mis determinaciones.

Pido a la providencia divina, con todas las veras de mi corazón, lo ilumine en un asunto de tanta magnitud para el país y para los españoles residentes en él. Una abnegación prudente, nos daría un resultado satisfactorio y sin ejemplo; tal vez quedaríamos amigos, y bien podría ser que en el seno de la amistad, protegidos de una madura reflexión, se arreglara un negocio de tanta magnitud, en que se vería nada menos que, derechos sacrosantos e imprescriptibles de que se ha despojado a la Nación mejicana, que (los) reclama y defendería resuelta, siguiendo adelante en su actual empresa (y) llevando a su frente, que le sirva de guía, el signo de la justicia, y el poderoso auxiliar de la convicción.

He cumplido, Sr. Intendente, con indicarle a V. E. mis intenciones o mejor dicho, las de la Nación. Soy hijo de Guanajuato, por quien tengo grandes simpatías; le deseo el bien posible, y ansío porque no pasen sobre él los grandes males que lo rodean; y veo que no hay otro medio de conjurarlos, que el arbitrio que le propongo. Paz y felicidad; guerra desastrosa y esterminio. V. E. se inclinará por el más humano y racional, siendo, por tanto, un objeto de gratitud y de bendiciones, o tal vez, por desgracia, la execración de las edades venideras.

Pido de nuevo a Dios omnipotente, le conserve su importante existencia y le proteja para resolver en un negocio tan grave y delicado.

Cuartel general en la ciudad de Celaya, a 21 de septiembre de 1810.

MIGUEL HIDALGO Y COSTILLA.

Dado el corto número de habitantes, ordinario, de la ciudad, el exceso de gente ocasionaba la carencia de víveres; en vista de ello el Cura dispuso la salida de una regular avanzada con dirección a Guanajuato, que además llevara la mira de estar al tanto de los movimientos que intentase el Intendente. Al mismo tiempo que esta fuerza, salió directamente hasta aquel mineral, el señor don Blas Montaña, amigo de Hidalgo y del Intendente, portando la carta acabada de escribir, con el encargo de traer él mismo la respuesta.

La actividad en que el Cura vivía desde la madrugada del día 16, iba en aumento constante. Allí en Celaya había tenido que trabajar a todas horas, para lo que se levantaba muy temprano, y todavía bien avanzada la noche se le veía en pie, alistando a la gente que sin cesar se le presentaba, cumplimentando visitantes, enviando emisarios por distintos rumbos, dictando toda clase de disposiciones. Así es como mandó luego correos a los puntos dominados por la revolución, con una circular en que participaba los últimos acontecimientos y la designación de que acababan de ser objeto él y Allende.

No teniendo más que hacer en Celaya, se había pensado marchar sobre Querétaro, cuya importancia estratégica como llave del Bajío no era de desatenderse; pero se desistió de tal propósito, considerando mucho mejor dirigirse a Guanajuato. Querétaro se había puesto en estado de defensa. Se declaró cuartel general el convento de San Francisco por su situación en el centro de la ciudad y su construcción capaz de competir con las mejores fortalezas; se hicieron cortaduras en las calles, protegidas con parapetos de vigas clavadas y amarradas con cueros; se fundieron dos cañones de a cuatro y se continuó la fundición de otros; se construyeron porción de lanzas, medias lunas, machetes y otros instrumentos ofensivos; se acopiaron bastantes cartuchos hechos, aumentados con cerca de tres mil encontrados en la tienda de Epigmenio González.

Después de descubierta la conspiración y lanzados unos de los conjurados a la lucha y otros puestos en prisión, llegó el alcalde de corte don Juan Collado, acabado de ser nombrado Regente de Caracas, a seguir las causas de éstos, por mandato del Virrey. En declaraciones anteriores tomadas a los reos, todos estuvieron negativos, excepto el licenciado Lorenzo José Parra, que pidió papel para hacer unos apuntes; don Antonio Téllez, en el careo con el capitán Arias, se fingió loco, haciendo que tocaba el piano y no contestó nada cuerdamente; al corregidor Domínguez no se le tomó declaración, pero se le revisó la correspondencia que le llegó por correo y se le sorprendió un papel enviado a su mujer, en el que le prevenía que no confesase nada. El alcalde Collado, creyendo que era menester usar de moderación y política, empezó por poner en libertad al Corregidor y lo restituyó a su puesto, aunque también pudieron en su ánimo dos anónimos en que los indios amenazaban con un movimiento en favor del prisionero, y con levantarse, entre otros motivos, para “descautivar las tierras del reino”; asimismo dió libre al capitán Joaquín Arias, tanto porque su prisión era fingida, cuanto porque prometió ir a hacer desistir a Hidalgo y a Allende de sus propósitos, lo que no cumplió, sino que, junto con don Ignacio Martínez, fué a unírsele a Celaya; en cambio seguían presos la Corregidora, Epigmenio González y su hermano, y los demás conspiradores. La ciudad estuvo en gran alarma con la proximidad de las huestes insurgentes. Se abrieron fosos en las calles, se improvisaron trincheras, se construyeron dos cañones de madera y cuatro pedreros, se pidió tropa a Sierragorda y se reconcentró bastante gente de las haciendas, de a pie, y de a caballo, armadas de machetes, elementos que se unieron a la guarnición de la plaza y a la venida de Celaya. Finalmente se pusieron en custodia los caudales de la administración. Mas todo salió sobrando, porque Hidalgo, desdeñosamente, tenía ya vueltos los ojos hacia Guanajuato, bien informado de que estaba de su parte.

El sábado, 22, se pasó en otros muchos arreglos, especialmente en acrecentar el reclutamiento. Los grados, hasta ahí, los habían estado concediendo de común acuerdo el Cura, Allende y Aldama; pero al ser aclamado Hidalgo Capitán General del Ejército,

empezó a disponer por sí solo y a abrogarse el mando superior, lo que volvió a despertar los celos de sus lugartenientes.

La contestación del intendente Riaño no se hizo esperar y se recibió la mañana del domingo, 23. La trajo en forma verbal el propio don Blas Montaña. El Intendente, desentendiéndose de los justos razonamientos y de los propósitos de moderación del jefe del movimiento rebelde, le contestó en forma acre, impolítica, insultante, añadiendo a manera de reto, que hecho fuerte dentro del Castillo de Granaditas, “lo esperaba con sus chusmas.”

No se esperó más tiempo; y el mismo día, después de cargar su acrecida impedimenta, para lo que ya no se utilizaron los servicios del arriero y su recua, secuestrados a inmediaciones de San Miguel, al que sólo se le dieron veintidós pesos cuatro reales, una casaca de paño, unos calzones y un rejón para su resguardo, con lo que no estuvo conforme alegando que en el camino de Veracruz pagaba el Rey más por los fletes, se le contestó que “ya no había Rey”; terminada esa faena, se sacaron los presos españoles, a los que iban agregados uno que otro hecho en Celaya; se unieron las compañías del Regimiento Provincial que no habían podido reconcentrarse a tiempo al llamado de su coronel, y se prosiguió la marcha torciendo hacia el Occidente, cobrados nuevos ánimos por la facilidad con que se había obrado hasta entonces.

• XLVII •

El ejército insurgente en marcha - En Salamanca - La primera proclama - Arribo a Irapuato - Sojuzgamiento de Silao - Alarma y medidas de defensa en Guanajuato - Llamadas de auxilio del intendente Riaño

MARCHABA EL EJERCITO INSURGENTE en pleno Bajío; por la vasta región que viene a ser el corazón del país y su parte más poblada. Era el mes en que los maíces están ya en sazón, los frutales cargados de productos y la tierra humedecida por las frecuentes lluvias; las haciendas abundaban en ganados y en toda clase de mantenimientos.

El ejército no lo era propiamente. Mezclábanse en él los soldados realistas que habían defecionado, con mayordomos, caporales y peones de las fincas agrícolas afiliados voluntariamente. Era *chusma*, por lo heterogéneo, abigarrado y pintoresco. En ella se confundían criollos, mestizos e indios; las casacas azules de los militares; los trajes de charro, compuestos de chaqueta de cuero o algodón de seda, calzonera o chaparrera de gamuza, botas camperas, ricas espuelas, sombrero de anchas alas y copa baja, jorongo de lana o manta de terciopelo; las tilmas o los harapos de los indios, calzados de huaraches o descalzos; los fusiles, las escopetas, los viejos arcabuces, las lanzas, los machetes, los instrumentos de labranza y los garrotes de que iban armados; algunos guiones gualda y rojo, el estandarte guadalupano y la efigie de Fernando VII; por último, los grandes tambores guerreros de madera, y los relucientes metales de los sacabuches, trompetas y demás instrumentos de la música del Regimiento de la Reina. Y tras la columna, Hidalgo aún en traje semieclesiástico, aunque con calzoneras de montar, sombrero ancho, banda, sable y dos pistolas, rodeado de sus lugartenientes, de uniforme y bicornio militares.

Aquel desfile se antojaba a los peones e indios que lo formaban, un grato paseo al través de los campos reverdecidos; y los labriegos que lo veían pasar, deteníanse en sus labores, sorprendidos; acercábanse a inquirir la causa de novedad semejante, e informados de ella, de que se trataba de “echar a los gachupines” y de ser libres, abandonaban los surcos y presurosos engrosaban las filas, llevando consigo, algunos, a sus mujeres y sus hijos, sus cabalgaduras y sus útiles de labranza trocados en armas de combate. Por

donde pasaba aquella turba, los caseríos quedaban desiertos, los ranchos y las haciendas saqueados, las mieses segadas y los graneros vacíos.

Después de la salida de Celaya, la primera jornada fué a rendirse al Guaje; de allí, pasando por el Molino de Sarabia y al cabo de un recorrido de ocho leguas justas, se llegó a Salamanca. Durante el día 24 y en parte del 25, se aprehenden algunos españoles; se recogen cuarenta mil pesos del convento de Agustinos; se comisiona a Albino García y a su hermano Pedro, al padre Garcillita y a Andrés Delgado, alias El Giro, para que como jefes guerrilleros revolucionen por distintas partes; finalmente, en vista de que el Gobierno virreinal empezaba a atacar a la revolución por varios medios, para desprestigiarla, antes de hacerlo militarmente, los jefes del levantamiento lanzan su primera proclama, en parte verdadera, en parte mentirosa, como son con frecuencia esta clase de documentos, la cual se apresuran a enviar preferentemente a Guanajuato, la plaza en acecho.

Decía así:

El día 16 de septiembre de 1810, verificamos los criollos en el pueblo de Dolores y villa de San Miguel el Grande, la memorable y gloriosa acción de dar principio a nuestra santa Libertad, poniendo presos a los gachupines, quienes para mantener su dominio y que siguiéramos en la ignominiosa esclavitud que hemos sufrido por trescientos años, habían determinado entregar este Reyno Cristiano, al hereje Rey de Inglaterra, con (lo) que perdíamos nuestra Santa Fee Católica, perdíamos a nuestro legítimo Rey Don Fernando Séptimo, y que estábamos en peor y más dura esclavitud.

Por tan sagrados motivos, nos resolvimos los criollos a dar principio a nuestra sagrada redención, pero bajo los términos más humanos y equitativos, poniendo el mayor cuidado para que no se derramara una sola gota de sangre, ni que el Dios de los Exércitos fuera ofendido. Se hizo, pues, la prisión, conforme a los sentimientos de la humanidad que nos habíamos propuesto, sin embargo, de que el vulgo ciego saqueó una tienda, sin poder (se) contener este hecho tan feo y que estábamos sumamente adoloridos. Se prendieron a todos, menos a los Señores Sacerdotes Gachupines; se pusieron en una casa cómoda y decente todos los presos, y se les está atendiendo en los caminos en donde andan con nuestro Exército, con cuanto es posible, para su descanso y comodidad.

Este ha sido el suceso; y nuestros enemigos quieren pintarlo con negros colores en horror e iniquidad, con el fin de atraer a su partido a nuestros propios hermanos los criollos, con el detestable pensamiento de que nos destrullamos y matemos criollos con criollos, para que los gachupines queden señoreando nuestro Reyno, oprimiéndonos con su dominio y quitándonos nuestra substancia y libertad. Pero, ¿qué criollo por malo que sea, ha de querer exponer su vida contra sus hermanos, sin esperanza alguna más, de seguir al captiverio, quizá peor del que hasta aquí hemos tenido? Nuestra Causa es santísima, y por eso estamos todos prontos a dar nuestras vidas. ¡Viva nuestra Santa Fee Católica, Viva nuestro amado Soberano El Señor Don Fernando Séptimo, y vivan nuestros derechos, que Dios (y) la naturaleza nos han dado!

Pidamos a su Magestad Divina la victoria de nuestras armas, y cooperemos a la buena causa con nuestras personas, con nuestros arbitrios, y con nuestros influxos, para que el Dios Omnipotente sea alabado en estos Dominios, y que ¡viva la Fee Cristiana y muera el mal Gobierno!

Tras una nueva jornada de cuatro leguas, hecha la tarde del mismo día 25, y después de pasar casi a su término, por la hacienda de Temascatio, la que es saqueada, el ejército insurgente llega a Irapuato, donde lejos de oponérsele resistencia, salen a darle la bienvenida todas las personas de distinción, de uno y otro sexo, con ramos de flores, dos golpes de música, y el Ayuntamiento a caballo y bajo mazas, presidido por el alcalde Carrasco, quien al acercarse a Hidalgo le pone el bastón a los pies, le entrega las llaves de su casa y le ofrece su persona, lo que desde luego correspondió el caudillo confirmándolo en su cargo de autoridad del pueblo.

Sólo se pasa aquí esa noche, todo el día 26 y la noche siguiente, tiempo que se aprovecha principalmente en despachar agentes revolucionarios a León, Aguascalientes, Lagos, Zacatecas, Guadalajara, Bolaños y otros lugares, entre ellos a José Antonio Torres, nativo de San Pedro Piedragorda y administrador de una hacienda del rumbo, ranchero que Hidalgo se dió cuenta de lo que valía y lo mandó a insurreccionar la Nueva Galicia; en destacar una columna que va a poner asedio y a someter a Silao, situado a corta distancia fuera de la ruta que seguiría el grueso del ejército. Allí se recibe a los insurgentes con repiques; se saquean las tiendas de los españoles y se les desposee de los caudales que habían ocultado en los templos.

A todo esto, en Guanajuato se habían desarrollado y seguían desarrollándose una porción de sucesos producidos por la alarma que reinaba desde el día 16 y aun con anterioridad, como lo sabemos. Sin embargo, la noticia completa de lo ocurrido en Dolores no la tuvo el intendente don Juan Antonio de Riaño y Bárcena, sino hasta el día 18 cerca del mediodía, enviada desde San Juan de los Llanos, hacienda inmediata al pueblo de San Felipe, por su amigo don Francisco Iriarte. En la creencia de que Hidalgo marcharía sin demora sobre la capital de la provincia, tomando el camino directo de la sierra, hizo formar a los soldados del cuerpo de guardia de las Casas Reales y mandó tocar generala. Sobrecogióse de terror la ciudad, afligida de antemano por la muerte de uno de sus más benéficos vecinos, don Martín de la Riva, a quien acababa de darse sepultura; a aquella alarma, cerrándose las casas y el comercio; acudieron a la Intendencia el Batallón de Infantería Provincial, los vecinos principales, todos los comerciantes y mineros, y también mucha gente del pueblo armada de prisa como se había podido. Ignorantes de lo que en verdad pasaba, el Intendente les informó en seguida que el cura de Dolores, levantado con la gente de aquella población, marchaba sobre la ciudad, y que para defenderla era preciso que los "paisanos decentes" poseedores de armas se presentaran al cuartel del Batallón Provincial y que la "plebe" volviera a sus ocupaciones, estando, empero, todos listos para acudir cuando se volviese a tocar generala.

En la tarde de aquel día convocó a una junta en las Casas Reales a la que asistieron el Ayuntamiento, los superiores de los conventos y los vecinos principales. En ella leyó

los informes que había recibido; manifestó su certeza de ser atacado, y agregó que su cabeza rodaría dentro de pocas horas por las calles de la ciudad. El mayor Diego Berzábal y algunos ediles, le propusieron que marchase inmediatamente con el Batallón Provincial y los vecinos armados, a atacar a Hidalgo, quien tal vez no habría podido aún reunir mucha gente; pero el consejo no fué aceptado por ignorarse el número y la clase de individuos que seguían al Cura, más cuando para ello era preciso dejar con poco resguardo los caudales públicos.

Resuelto, sin embargo, el intendente Riaño, a defenderse dentro de la ciudad y a defender ésta, mandó cerrar las calles principales con parapetos de madera y fosos, en un perímetro que comprendía la plaza principal y la parte más importante de la población. Los paisanos armados, tanto españoles como americanos, unidos a la tropa, establecieron un servicio de patrullas en la ciudad y otro de destacamentos para vigilar y defender las entradas, especialmente las de los caminos de Santa Rosa y Villalpando, que por la Sierra conducen a Dolores y San Miguel, poblaciones de las cuales la primera dista sólo once leguas por aquel rumbo. Dió orden también, Riaño, de que se reconcentraran en la ciudad los escuadrones del Regimiento del Príncipe esparcidos en los pueblos inmediatos; y mandó expresos al Virrey, al Comandante de la Brigada de San Luis Potosí don Félix María Calleja del Rey, y al Mariscal de Campo don Roque Abarca, Presidente de la Audiencia de Guadalajara, dándoles a conocer su situación y pidiéndoles pronto auxilios.

Asentada la ciudad minera de Guanajuato en el fondo de un profundo y estrecho valle, la cercan por todas partes elevadas y ásperas montañas, y su topografía es tan accidentada, por sus altibajos y desniveles, que no sin razón se le ha comparado con un gran trozo de papel arrugado. El cerro de San Miguel, en cuya cumbre se forma una pequeña llanura llamada de las Carreras, porque en ella se hacían las de caballos en días de festividades populares, la cierra al Sur, y por el Norte el del Cuarto, nombrado así por haber estado exhibiéndose allí, en tiempos remotos, el cuarto o pierna de un malhechor ejecutado por la justicia. Al Oriente nace un arroyo o torrente, seco la mayor parte del año, excepto en la estación de lluvias en la cual crece considerablemente con las vertientes de los desfiladeros, al grado de que parece que en su curso tortuoso entre las casas de la población, va arrastrando a éstas en desorden; júntase al Poniente con otro arroyo que nace en los cerros donde están situadas las minas más importantes, Rayas, Mellado y la famosa Valenciana. La estrechura y escabrosidad del sitio hace que por muy pocas calles puedan transitar vehículos; la misma plaza principal, de trazo asimétrico, apenas tiene un corto espacio llano, y las demás vías urbanas se extienden en un terreno extraordinariamente quebrado, lo que hace que el vasto caseo siga sus escabrosidades, agrupándose en el centro de aquel hoyo profundo, para diseminarse luego por las laderas de las colinas. Esta configuración tan especial hace que unas calles queden a mayor

altura que otras, y que por lo común la puerta de una casa quede a la altura de la azotea de otra. Ello no obstante, la ciudad cuenta con muchos hermosos edificios, como los templos de la Compañía, la Parroquia y San Diego, y varios particulares y públicos. Entre éstos el de la Alhóndiga de Granaditas, conocido popularmente más bien con el nombre de Castillo de Granaditas, debido a sus vastas proporciones, a su aspecto de fortaleza y a que se alza a la entrada de la población sobre una loma en que termina el cerro del Cuarto y en la que existió un pequeño huerto de granados; es casi grandioso, pues comenzado a construir en 1798 y concluído en 1808, a iniciativa del propio intendente Riaño como para demostrar sus conocimientos y buen gusto en arquitectura, no obstante que se le destinaba a depósito de semillas y otros mantenimientos para la provisión de la ciudad y sus contornos, sacó un costo de más de doscientos mil pesos, tiene la forma de un vasto paralelogramo de setenta metros en su mayor longitud y de muros altísimos, ostenta combinados los órdenes toscano y dórico, tiene portada y pórtico muy bellos, vastos salones y anchuroso patio embaldosado y rodeado de amplios corredores alto y bajo, con columnatas, balaustres y escalera, todo de cantería. Continuación del valle en que se asienta Guanajuato, es la cañada de Marfil que se prolonga hasta el mineral de este nombre. La población ascendía a setenta mil habitantes, incluso los de las minas; era prácticamente la segunda ciudad del país. Disfrutaba de grande abundancia, merced a las gruesas sumas que semanariamente se derramaban sobre ella por trabajos de minería, fomentando el comercio y la agricultura en varias leguas a la redonda, negocios todos acaparados casi en su totalidad por los europeos, lo que a decir verdad no impedía que vivieran también de ellos muchas familias de criollos y que el pueblo fuera alegre, gastador y valiente.

Después de la primera alarma del día 18, sobrevino otra en la noche del día siguiente, cuando por aviso de la avanzada de Marfil se creyó que Hidalgo se acercaba. El Intendente en persona salió por ese rumbo con la tropa y el paisanaje armado, a encontrarlo. Puesto en claro, tras largas horas de vela y de angustiosa expectativa, que no había nada de cierto, sino que la alarma se debía a que el cura de Marfil había disparado dos tiros, retornó Riaño con su gente, y aquel movimiento, terminado a las dos y media de la mañana del 20, sólo le sirvió para darse cuenta de que los ánimos estaban en su contra y a favor de los sublevados, por lo que, tratando de ganarse voluntades, hizo publicar a la mañana del día 21, con gran solemnidad, un bando aboliendo el pago de tributos, gracia concedida ya por la regencia de Cádiz y no promulgada aún en Guanajuato y que Hidalgo venía concediendo, con otras exenciones, a los pueblos que sojuzgaba; pero el pueblo, como era natural, vió esta medida como una manifestación de miedo y la acogió con demostraciones de burla.

Convencido casi, el Intendente, de que el vecindario se uniría a los insurgentes, cuya aproximación era deseada, se propuso cambiar de plan, y tras meditarlo breves días,

resolvió encerrarse en un punto fuerte y estrechar el perímetro de sus fortificaciones, para poder sostenerse, mientras era auxiliado por el Virrey o por fuerzas de San Luis Potosí, reunidas por Calleja. Al efecto, la noche del 24 hizo que se trasladasen con el mayor sigilo a la Alhóndiga de Granaditas, su fuerza y demás gente armada, los caudales reales y municipales que ascendían en total a seiscientos veinte mil pesos, gran cantidad de municiones de guerra y provisiones de boca, así como los archivos de la Intendencia y del Ayuntamiento, cuidando de que esa misma noche quedaran derribados los parapetos poco antes construídos. Amaneció el día 25, y la consternación de los españoles y los criollos acomodados no tuvo límites; tanto que empezaron a reunir sus caudales y efectos, y con ellos se recogieron en la Alhóndiga, sumando entonces estos bienes, unidos a los fondos públicos allí trasladados, no menos de tres millones de pesos, en dinero, barras de plata, azogue y objetos valiosos. El pueblo, al darse cuenta de esto, comenzó a decir que se desconfiaba de él; que los europeos y señores querían defenderse solos, dejando abandonado el resto de la población a los asaltantes. El mayor Berzábal, hombre de conocimientos y práctica militar, desaprobó la resolución; así se lo dijo a su mujer en una carta, haciéndole los peores augurios y considerándose destinado a morir, irremisiblemente, en aras de la disciplina y la subordinación. Muchos de los que no podían trasladarse a Granaditas, temerosos de las consecuencias del desamparo en que la ciudad quedaba, exigieron del Intendente que volviese a ocupar con sus tropas el primitivo perímetro fortificado; pero él contestó que por ningún motivo abandonaría el edificio, donde consideraba seguros los caudales reales; que los soldados habían de permanecer en aquel lugar, debiendo recogerse los que patrullaban la ciudad, en el momento del peligro, y que el vecindario se defendiese como pudiera.

A una nueva exhortación de Riaño a Calleja para que lo auxiliase prontamente, éste le contestó recomendándole se sostuviera a todo trance, por toda una semana, en tanto llegaba él con sus tropas al frente de Guanajuato. Esta comunicación alentó al Intendente y lo hizo adoptar mayores medidas de defensa. Mandó construir bajo la dirección de su hijo Gilberto, joven militar, tres trincheras para cortar la comunicación por las tres vías públicas principales que conducían a la Alhóndiga: una en la cuesta de Mendizábal, otra en la calle de los Pocitos, cerrando la cuesta de los Mandamientos, y la otra cortaba la cuesta del río de la Cata; se tapiaron con adobe y se minaron algunas otras bocacalles, así como la puerta lateral del edificio situada al Oriente, dejándose practicable la principal situada al Norte; los defensores adentro alojados, se hicieron ascender a unos seiscientos hombres, todos provistos de armas, de los cuales doscientos eran paisanos y los demás, soldados; el Batallón Provincial, al mando del mayor Diego Berzábal, y los pocos dragones del Regimiento del Príncipe, a las órdenes del capitán José Castilla, pues los jefes de estos cuerpos, el coronel conde de Pérez Gálvez y el teniente coronel Manuel García de Quintana, respectivamente, estaban ausentes.

Día por día había estado el Intendente dirigiéndose al Virrey, dándole cuenta de la situación, de las medidas que tomaba y pidiéndole auxilio. “El cura de la Congregación de Dolores, de esta Provincia—le dice con fecha 17—, es hombre de cabeza, y es amigo suyo el Subdelegado y el Pueblo que es numeroso. Urge, pues, el que V.E. cambie a otras Provincias distantes las Milicias de ésta, y que llegue a marchas forzadas caballería suficiente a ocupar simultáneamente la Ciudad de Querétaro, Villa de San Miguel el Grande y Congregación de Dolores, jurisdicciones todas inmediatas. No es prudencia fiarse ya aquí de las tropas del País, que pueden estar seducidas más o menos por sus conocidos y allegados, y errarse el primer golpe, cuya casualidad traería quizás los mayores males, extendiendo la sedición . . . Hállome—escribe el día 18—, en un embarazo de mucha atención, que es la falta de pólvora para el laborío de las minas; y si no llega, estoy expuesto a que los mineros se alboroten, y entonces crecen mis apuros. He escrito —comunica con fecha 21— a las Provincias de San Luis Potosí y Valladolid y Presidente de Guadalajara las ocurrencias; al resto de mi Provincia la oportuno (*sic*) para la seguridad de los caudales de Real Hacienda y persona de los europeos . . . Ya hoy han aparecido pasquines contra mí y los europeos, pidiendo nuestras vidas; y si llega a haber aquí conmoción general contra nosotros, seremos víctimas precisamente por nuestro cortísimo número . . . Mañana publico Bando exonerando del Tributo a este Pueblo—participa el 22—, y aumentaré el pre de los soldados, por ver si puedo mantener, como hasta el día, su tranquilidad y adhesión.” El 23 insiste en que se le auxilie inmediatamente porque teme se subleve el pueblo. “Fáltame la pólvora; necesito la conducta de platas expedita . . . fáltanme los correos —avisa el 24 y agrega—: Aquí estoy alerta en horas de descanso. Espero principalmente en la velocidad de los movimientos del señor Abarca; nada del Señor Calleja . . . Si no me faltan los víveres y llega la pólvora y el conductor, confío conservar esta plebe en quietud . . . Los pueblos se entregan voluntariamente a los insurgentes—escribe el 26—; hicieronlo ya en Dolores, San Miguel, Celaya, Salamanca, Irapuato; Silao está a punto de verificarlo. Aquí cunde la seducción, falta la seguridad, falta la confianza. Yo me he fortificado en el paraje de la ciudad más idóneo, y pelearé hasta morir si me dejan con los 500 hombres que tengo a mi lado. Tengo poca pólvora . . . y la caballería mal montada y armada sin otra cosa que espadas de vidrio, y la infantería con fusiles remendados, no siendo imposible el que estas tropas sean seducidas. Tengo a los insurgentes sobre mi cabeza, los víveres están impedidos; los correos interceptados. El señor Abarca trabaja con toda actividad y V. S. y él de acuerdo; vuelen a mi socorro porque temo ser atacado de un instante a otro. No soy más largo porque desde el 17 no descanso ni me desnudo, y hace tres días que no duermo una hora seguida.”

De todas estas comunicaciones, que los insurgentes procuraban interceptar sin lograrlo siempre, fueron contestadas y atendidas por el Virrey las más importantes,

aunque sin resultados prácticos para el angustiado Intendente. La pólvora pedida salió de México a dobles jornadas, en cantidad de doscientas cajas; mas dadas órdenes luego a las autoridades de San Juan del Río y de Querétaro, para que la detuvieran o la hicieran seguir “con las seguridades que exigían las circunstancias,” no llegó oportunamente a su destino. Se dispuso la salida de un escuadrón del Regimiento de Dragones Provinciales de Pátzcuaro para que fuera a reforzar la guarnición de Guanajuato, en tanto llegaban por la vía de Querétaro, dos escuadrones más, de la Brigada de San Luis Potosí, pero tampoco pudieron hacer a tiempo su avance. “Es positivo—contestaba el Virrey en su última nota dirigida a Riaño— que el señor Comandante de la Nueva Galicia, D. Roque Abarca, está armando y preparando las tropas de su Brigada; pero aunque por las atenciones precisas de aquella provincia, y principalmente por la larga distancia, no podrá contarse con su socorro en esa Ciudad, no por eso debe desconfiar de que le falten los necesarios. . .” Y adelante agregaba: “Lo que V. S. pensaba publicar sobre relevo de tributo, puede tal vez producir efectos contrarios, atribuyéndolo malignamente los insurgentes a debilidad y temor; pero si está ya promulgado, no resta otra cosa sino que V. S. esté en observación de la sensación y movimientos que hubiere causado en ese vecindario, para adoptar las disposiciones oportunas.”

El día 26 salieron fugitivos varios españoles que en un principio se habían mostrado más valerosos, infundiendo su decisión bastante desaliento entre los que quedaban dentro de Granaditas y sobre todo entre el vecindario, que no quiso ya sostener las avanzadas de Santa Rosa y Villalpando y las mermó de ochenta personas de que se componía cada una, a sólo unas seis u ocho.

En vista de que la situación iba empeorando, el día 27 se abrieron las puertas del Castillo y repentinamente salió Riaño con toda su gente, marchando hasta la plaza mayor, donde la mandó formar en orden de batalla. Esto, que él creyó sería un alarde de fuerza y levantaría los ánimos, sirvió para lo contrario, pues no fué sino una demostración de su debilidad y escasez de elementos, y al tornar a su fortaleza, el pueblo se quedó llenando calles y plazas, sentados los hombres en las aceras o formando grupos, y en disposición de esperar la entrada de los insurgentes.

Riaño, entonces, tomó sus últimas disposiciones personales. Hizo salir de la Alhóndiga a su familia, que con todo y muebles se encontraba allí también refugiada, y la envió a casa de la familia Septián, por haberse enfermado su nieto, primogénito de su hija Rosa, recién nacido; dirigió al Virrey una postrera comunicación exponiéndole su falta de recursos; la desmoralización reinante y su decisión de pelear hasta morir; se confesó y comulgó, e hizo saber a sus íntimos que, habiéndose dispuesto con Dios, sólo le faltaba cumplir con el Rey, seguro de morir en aras de su fidelidad.

• XLVIII •

Salte Hidalgo de Irapuato - En la hacienda de Burras - Intimación al intendente Riaño - Avance sobre Guanajuato - Primer contacto con el enemigo - Tomando posiciones - Se adelanta el ataque - En pleno asalto - Tardía intervención de Hidalgo - Consírmase la acción - Saqueo general - Noche de terror - Granaditas y la Bastilla

EN TAN AFLICTIVAS CIRCUNSTANCIAS Guanajuato y sus moradores, Hidalgo emprendió el avance sobre él, saliendo de Irapuato la madrugada del día 27. Cruza por los pequeños poblados de Calera y Jaripitio, que se despueblan a su paso, para seguirlo, y llega a la hora de comer, a la hacienda de Burras, situada exactamente a la mitad del camino entre Irapuato y Guanajuato, de una extensión no mayor de diez leguas.

En esta propiedad rústica del marqués de Rayas, se le recibe y atiende con todo comedimento, señalándosele una buena habitación donde ha de pernoctar. Acampada la tropa, y después de haber comido, el flamante Capitán General y los principales jefes se dirigen a un enorme capulín, bajo cuyo ramaje se ponen a conferenciar, alejados del resto de la gente. Se acuerdan los términos de la nota de intimación que ha de enviarse al intendente Riaño, el plan de ataque a la capital de la Provincia, y la rápida construcción de un altar al aire libre para celebrar una misa que oirá el ejército en impetración de la victoria. Se envía inmediatamente una avanzada hasta un punto llamado Puenteceillas.

Hasta ahí no había habido derramamiento de sangre, sino sólo ocupación fácil de poblaciones, prisión de europeos y decomiso de sus bienes. Ahora estaban los insurgentes en vísperas de librar la primera batalla y posiblemente de gran importancia. De catorce a quince mil sumaban ya a aquellas horas, entre los de infantería y caballería provistos de armas de fuego, lanzas o espadas, y los indios de flecha, honda o garrote; tal era la cantidad de gente atraída, incluso los presos libertados de las cárceles, práctica seguida en cada punto y que se tenía el propósito de seguirla sin excepción en todas partes. El estandarte guadalupano tomado en Atotonilco venía ostentando estas inscripciones: “Viva la Religión,” “Viva Fernando VII,” “Viva la América”; a él se habían agregado dos más; los tres, escoltados por seis sacerdotes capellanes, que por donde pasaban iban preguntando a las multitudes, en forma casi plebiscitaria, a quién querían seguir: “¿al Rey Fernando Séptimo, o a María Santísima de Guadalupe?” y respondían de preferencia, como era natural, que a la Patrona de los Mexicanos.

Amaneció el día 28, y el primer acto de Hidalgo fué mandar a los jefes Mariano de Abasolo e Ignacio Camargo, ascendido el primero a coronel y a teniente coronel, el segundo, con la intimación dirigida al intendente Riaño, para que la entregaran personalmente. El documento estaba redactado en estos términos: “El numeroso ejército que comando, me eligió por Capitán General y Protector de la Nación en los campos de Celaya. La misma ciudad a presencia de cincuenta mil hombres ratificó esta elección que han hecho todos los lugares por donde he pasado; lo que dará a conocer a V. S. que estoy legítimamente autorizado por mi Nación para los proyectos benéficos que me han parecido necesarios a su favor. Estos son igualmente útiles y favorables a los Americanos y a los Europeos que se han hecho ánimo de residir en este Reino, y se reducen a proclamar la independencia y libertad de la Nación; de consiguiente yo no veo a los europeos como enemigos, sino solamente como a un obstáculo que embaraza el buen éxito de nuestra empresa. V. S. se servirá manifestar estas ideas a los europeos que se han reunido en esa Alhóndiga, para que resuelvan si se declaran por enemigos o convienen en quedar en calidad de prisioneros recibiendo un trato humano y benigno, como lo están experimentando los que traemos en nuestra compañía, hasta que se consiga la insinuada libertad e independencia, en cuyo caso entrarán en la clase de ciudadanos, quedando con derecho a que se les restituyan los bienes de que por ahora, para las exigencias de la Nación, nos serviremos. Si, por el contrario, no accedieren a esta solicitud, prudente, (*sic*) sin que esto acarree perjuicio a su familia. Nos batiremos como enemigos si así se determinase; pero desde luego ofrezco a la Señora Intendenta un asilo y protección decidida en cualquiera lugar que elija para su residencia, en atención a las enfermedades que padece. Esta oferta no nace de temor, sino de una sensibilidad de que no puedo desprenderme. Dios guarde a V. S. muchos años, como desea su atento servidor Q.S.M.B.—MIGUEL HIDALGO Y COSTILLA.—Cuartel general en la Hacienda de Burras, 28 de septiembre de 1810.”

Mientras Abasolo y Camargo iban al desempeño de su comisión, el ejército se preparó para el avance, y reunido frente a la casa, uno de los sacerdotes que fungían de capellanes empezó a decir la misa de campaña en el altar construído ex profeso contra un costado de la capilla de la hacienda.

Antes de las nueve de la mañana, Abasolo y Camargo, acompañados de dos dragones y dos lanceros, llegaban por la calle de Belén a una de las trincheras que resguardaban el Castillo de Granaditas. Enviada la comunicación a Riaño, éste hizo contestar a los comisionados, que necesitaba consultar para resolver, y que entretanto, uno de ellos podía llevar tal aviso y el otro pasar a la Alhóndiga con una venda en los ojos, según la regla de estos casos. Abasolo se volvió a llevar el aviso a Hidalgo, y Camargo fué conducido vendado y con toda clase de precauciones al interior de Granaditas. Mandó el Intendente formar sobre la azotea del edificio, separadamente, a los europeos armados y al Batallón de Infantería Provincial, mandado por el capitán de la primera compañía

Manuel de la Escalera, porque su comandante el teniente coronel Quintana estaba enfermo en León. Leyó Camargo a todos la intimación y Riaño les dijo: “Ya ustedes han oído lo que dice el Cura Hidalgo. Este señor trae mucha gente, cuyo número ignoramos, como también si trae artillería, en cuyo caso es imposible defendernos. Yo no tengo temor, pues estoy pronto a perder la vida en compañía de ustedes; pero no quiero que crean que intento sacrificarlos a mis particulares ideas. Ustedes me dirán las suyas, que estoy pronto a seguir las.” Reinó un largo silencio, sin que nadie se atreviese a contestar a una interrogación que envolvía su libertad, sus intereses, su vida, hasta que don Bernardo del Castillo, quien había sido designado capitán de la compañía formada con los españoles, respondió lleno de indignación, que no habiendo cometido crimen alguno, no podían someterse a perder su libertad y sus bienes, y que para defender una y otros, debían resolverse a pelear hasta morir o vencer. Todos aplaudieron y repitieron: “¡Morir o vencer! . . . Y mis hijos del batallón—dijo entonces el Intendente dirigiéndose a la tropa—¿podré dudar si están resueltos a cumplir con su deber?” El mayor Berzábal, gritó: “¡Viva el Rey!”, y los soldados contestaron en aclamación unánime, “¡Viva el Rey!”

Contando ya con la resolución de los militares y los paisanos armados, Riaño, con toda serenidad, puso la siguiente contestación: “El Intendente de Guanajuato y su gente, no reconocen otro capitán general que al Virrey de Nueva España, ni más modificaciones en el gobierno, que las que acordaren las Cortes reunidas en la Península.” Al ofrecimiento amistoso que Hidalgo le hacía de asilo para su familia, le contestó que se lo agradecía y que no obstante sus opuestas opiniones lo admitiría si fuese necesario. Dirigió en seguida una última comunicación a Calleja, el Comandante de San Luis Potosí, diciéndole: “Voy a pelear porque voy a ser atacado en este instante. Resistiré cuanto pueda porque soy honrado. Vuele V. S. a mi socorro. . . a mi socorro.—Guanajuato, 28 de septiembre, a las once de la mañana.”

Después de tratar al emisario Camargo con toda clase de consideraciones y de ofrecerle un refrigerio sentándolo a una mesa en compañía de varias personas, se le despidió y se le condujo, como había entrado, a la trinchera por donde llegara momentos antes. Vuelto por el mismo camino, se encontró con las fuerzas insurgentes, a las que también Abasolo había ya encontrado en marcha sobre Guanajuato, e hizo entrega a Hidalgo de la contestación de Riaño.

Desde su salida de la hacienda de Burras, el Cura y sus huestes pasaron sucesivamente por la venta de la Purísima, Santiaguillo, Puenteillas, Estanco del Pulque, Retiro y Marfil, siguiendo toda la cañada de este nombre, y poco antes de la una de la tarde, la avanzada compuesta por indios provistos de lanzas, hondas, flechas y garrotes, comenzó a entrar en la ciudad por la calzada de Nuestra Señora de Guanajuato. Esta porción del ejército pasó el puente que remata la calzada y llegó hasta la trinchera próxima. El Intendente tenía parte del batallón y de los paisanos armados, en la azotea de la Alhóndiga,

con bandera de guerra enarbolada; abajo, en la puerta, una fuerte guardia y reservas en el interior del edificio; la caballería del Regimiento del Príncipe, dentro de las trincheras Se había distribuído municiones y un corto refresco entre la tropa. Ver aparecer el primer grupo de insurgentes y darles el grito de alto en nombre del Rey, fué todo uno; mas como siguieran avanzando, se dió orden de fuego y habiendo caído muertos unos indios, retrocedieron los demás precipitadamente. Un vecino les dijo que no debían seguir adelante porque estaba minada la primera calle, sino dirigirse dando un rodeo, al cerro del Cuarto, a donde él mismo iba a conducirlos. Entonces la mayor parte del ejército, aumentado algo más todavía, se dividió en dos grandes trozos, uno que tomó por detrás de la hacienda de beneficio de metales, llamada de Flores, para subir al cerro del Cuarto, y otro, rodeando la hacienda de Pardo, subió al cerro de San Miguel, mientras Hidalgo, con un cuerpo formado con la gente mejor armada y el Regimiento de la Reina (alrededor de dos mil), trepó por el camino que nombran de la Yerbabuena, rematado en la garita del Hormiguero, para llegar a la calzada "de las carreras" y por allí bajar a la ciudad. Los cerros y los edificios cercanos al Castillo se vieron pronto coronados por los que entraron primero, quienes empezaron a desplegar una porción de pañuelos de colores puestos en palos a manera de banderolas, con estampas de la Virgen de Guadalupe prendidas en el centro, multiplicando en esta forma el estandarte guerrero, en tanto el pueblo, que es gran cantidad se les había unido, se colocaba sentado como en espera de un espectáculo. Fué Hidalgo bajando, a tiempo que en la ciudad resonaban aclamaciones y repiques de campanas; al llegar al Cuartel del Príncipe echó pie a tierra seguido de su plana mayor, y entró en él dispuesto a diferir la acción para la tarde, no obstante lo cual la columna siguió a través de la población, dando libres, a su paso, a los presos de la cárcel de hombres y de la de mujeres, que en número de trescientos a cuatrocientos incorporó a sus filas, y dejando al pueblo saquear en la plazuela de la Compañía una tienda de dulce. de don Diego Centeno, teniente coronel del Regimiento del Príncipe, para ir a situarse, al fin, en la calle de Belén, cerca de la Alhóndiga.

En esas posiciones los sitiadores, sólo esperaban, para emprender el asalto, las órdenes de sus jefes. Mas el primer ataque acabado de sufrir a su entrada los había enardecido y los tenía llenos de inquietud, ansiosos de entrar en combate; esto les hizo empezar a tirar desde el cerro del Cuarto, distante de la Alhóndiga el ancho de una calle, algunas piedras que no tardaron en ser contestadas por tiros de fusil, y en breve fué aumentando el tiroteo, de ambos lados, hasta convertirse en batalla formal. La muchedumbre situada en el cerro de San Miguel secundó a la del Cuarto, y entonces era ya una lluvia cerrada de los improvisados proyectiles, tirados a mano y con honda, llegando a ser tan intensa como la más fuerte granizada, y para mantenerla, enjambres de indios y de la gente de la ciudad unida a ellos, bajaban y subían acarreado piedras del río de Cata, abundoso en ellas. De Granaditas se les contestaba con descargas de fusilería,

primero de la azotea, que fué prontamente abandonada, para quedar un palmo más alta con la pedriza, y después, de las ventanas y troneras. El silbido de las balas se percibía por todas partes, confundiéndose con los silbidos y la gritería de los asaltantes y sus aliados. En menos de una hora, empezaron a no poder sostenerse las trincheras, donde ya habían perecido algunos defensores; observado esto por el Intendente, y que gran número de los asaltantes se agolpaba por el lado de la cercana a la calle de los Pocitos, tomó veinte paisanos armados, y con más arrojo que prudencia fué él mismo, acompañado de su ayudante, a colocarlos en aquel puesto; mas al volver, pisando ya los escalones de la puerta de la Alhóndiga, cayó muerto de un tiro recibido sobre el ojo izquierdo y disparado desde una casa de enfrente por un cabo del Regimiento de Celaya, sabedor de a quién tiraba. Recogido violentamente el cadáver y llevado a la troje 21, donde su hijo Gilberto en un raptó de desesperación trató de quitarse la vida, sobrevino en seguida la confusión y la discordia entre los sitiados, en momentos en que más necesitaban obrar unidos y resueltos, pues sus jefes se pusieron a discutir quien debería asumir el mando, si el asesor de la Intendencia, licenciado don Manuel Pérez Valdés, o el mayor Berzábal, que se lo disputaban; y no llegando a ningún acuerdo, todos empezaron a mandar, para obtener por resultado que a poco ninguno quisiera obedecer.

Tocóse, sin embargo, a retirada, y los defensores que permanecían fuera se replegaron al interior del edificio, excepto los montados, que no pudieron hacerlo. Abandonadas las trincheras, los sitiadores colocados en los cerros emprendieron el descenso, y reforzados por las caballerías insurgentes de dragones y rancheros, que habían permanecido abajo contestando el fuego, se precipitaron como una marejada por todas las vías afluentes al edificio, hasta el pie de él, arrollando a la caballería defensora, que sin poder hacer uso de sus armas y sus caballos, sucumbió en buena parte, y en su mayor número no tuvo más que tomar el partido de los asaltantes. Bien cerrada la Alhóndiga, el fuego siguió con más fuerza por troneras y ventanas, secundado con igual intensidad por gran número de europeos que se habían refugiado en la hacienda de beneficio de Dolores, pegada al fuerte, y que viéndose aislados se dispusieron a vender caras sus vidas. El enemigo trató entonces de poner en práctica la manera de forzar la entrada al edificio. Rompiendo las puertas de una tienda llamada *La Galarza*, situada en la esquina de la calle de los Pocitos y la cuesta de los Mandamientos, en la cual se vendían rajas de madera de ocote de que se proveían para alumbrarse los que subían de noche a las minas, se extrajo todo aquel combustible, y un hombre joven y fuerte, llamado Juan José María Martínez, conocido entre los mineros con el apodo de *El Pípila*, cubriéndose con una losa arrancada de la acera y portando una raja encendida, en la mano que libre le quedaba, bajo una lluvia de balas caída de lo alto, recorrió el espacio de cincuenta o sesenta varas mediante entre la tienda y la puerta principal de Granaditas, y prendió fuego a ésta. Visto tal acto de arrojo, lo secundaron otros inmediatamente, acumulando más combustible; al mismo

tiempo unos hombres resguardados en la misma forma que éstos, empezaron a practicar barrenos en la base de los muros con objeto de dinamitarlos, y otros trataban de minar asimismo el caño de desagüe para introducirse por él. Los de dentro arrojaban por las ventanas frascos de azogue convertidos en granadas, previamente vaciados del líquido metal y rellenos de pólvora, los que al hacer explosión entre la multitud causaban grandes estragos, no obstante lo cual los pelotones diezmados eran repuestos inmediatamente. El hijo del Intendente, Gilberto Riaño, casual inventor de ellas, sediento de venganza por la muerte de su padre, las tiraba personalmente. Y mientras esto sucedía, la confusión iba en aumento en el interior, tanto que el asesor, mandando enarbolar un pañuelo blanco en señal de paz, no hizo sino aumentar la furia de los asaltantes, que atribuyeron a perfidia tal acto; aún hizo descolgar de una ventana a un soldado para que fuese a parlamentar, pero el infeliz llegó hecho pedazos al suelo. Apareció entonces un sacerdote salido quién sabe por dónde, con un crucifijo en las manos, tratando de calmar a la muchedumbre, mas la imagen voló en fragmentos a pedradas, y él pudo escapar, aunque herido, usando de la sola cruz como arma ofensiva.

En este punto las cosas, se mandó avisar a Hidalgo que la acción iba ya avanzada. Rápido salió el Cura del Cuartel del Príncipe, seguido de su comitiva de jefes, excepto de Abasolo que tranquilamente se había ido a tomar el chocolate a casa de su amigo don Pedro Otero, donde permaneció toda la tarde, y jinete el Cura en brioso corcel entró por la calle de los Pocitos, deteniéndose en su desembocadura, desde donde pudo abarcar el cuadro y empezar a dictar activas órdenes. Eran a la sazón las tres y media de la tarde.

Poco tuvo el Cura que hacer. En esos momentos la puerta de la Alhóndiga se desplomaba consumida por el fuego. El mayor Berzábal reconcentró a la entrada los soldados que pudo, y ordenándoles que hicieran fuego, sólo hicieron una descarga, sin volver a obedecer más, por el contrario, tomaron con el grueso del batallón la actitud de ponerse de parte de los insurgentes. Visto esto por los europeos, se consideraron vendidos, y su primer impulso fué atacar al cuerpo que creyeran su defensor; pero como se sintieron dominados por el terror, unos pedían a gritos que se capitulara; otros tiraban las armas; otros arrojaban dinero por las ventanas, con objeto de que la codicia por recogerlo aplacara a la multitud, y no pocos se echaban a los pies de los eclesiásticos que allí había, pidiéndoles la absolución, seguros de que había llegado su última hora. Y no era para menos. Después de la descarga, impulsados los asaltantes más cercanos por el empuje de los de atrás, hicieron irrupción en el interior del edificio, arrollándolo todo con ímpetu irresistible, y muy pronto se vieron invadidos el gran patio, las escaleras y los corredores altos y bajos. Habíase retirado Berzábal con un puñado de hombres, hasta el fondo, y en un ángulo del patio defendía las banderas de los cuerpos Provincial y del Príncipe; mas habiendo caído muertos los abanderados Marmolejo y González, las recogió y teniéndolas abrazadas con el brazo izquierdo, se sostuvo con la espada; rota

ésta, siguió combatiendo con la pistola, hasta que atravesado por varias lanzas y rematado de un tiro disparado por uno de sus mismos soldados, se desplomó muerto sin haber soltado las banderas. Dejóse con esto de oponerse toda resistencia, la que se había mantenido durante cuatro horas, y no se oyeron ya más que algunos tiros aisladamente.

Dueños de la Alhóndiga los insurgentes, dieron rienda suelta a su sed de venganza. Los rendidos imploraban en vano piedad a los vencedores, rogándoles de rodillas, se les perdonara la vida. Todo en vano. No se perdonó ni a europeos ni a criollos. Gran parte de los soldados fueron muertos, salvándose sólo algunos que se quitaron el uniforme, y se mezclaron entre la turba; entre los oficiales murieron bastantes jóvenes pertenecientes a las buenas familias de la ciudad, quedando otros heridos como Gilberto Riaño que murió días después; de los españoles perecieron muchos de los más ricos y principales, y varios refugiados en la troje 21 donde estaba el cadáver del Intendente, fueron descubiertos y sacrificados sin misericordia. Los que permanecían en la hacienda de Dolores, intentaron ponerse a salvo por la puerta falsa que daba a un puente construído sobre el río Cata; pero encontrándola tomada por los asaltantes, se retiraron a la noria como el lugar más seguro por su altura y solidez, y allí se defendieron hasta agotar sus municiones y morir la mayor parte ahogados en la misma noria.

El tiroteo, la humareda del incendio, los gritos de la multitud, se habían estado percibiendo en toda la ciudad. El combate, sumamente encarnizado tanto de parte de los asaltantes como de los defensores, inclinó el triunfo desde un principio a favor de las masas populares, que pelearon con un valor extraordinario sin arredrarles los claros causados en sus filas, los cuales eran cubiertos inmediatamente, y en vez de retroceder, avanzaban siempre con ímpetu irresistible. La matanza final, así como el saqueo que sobrevino una vez consumada la toma de Granaditas a eso de las cinco de la tarde, fueron obra principalmente del bajo pueblo de Guanajuato. Los saqueadores combatían de nuevo por el botín y hasta se daban muerte unos a otros. Apenas empezaban, cuando corrió la voz de que ardían unas trojes y de que el fuego iba a comunicarse a unas cajas de pólvora, con lo que volaría el castillo. Las huestes indígenas y la gente de caballería de Hidalgo, pusiéronse en fuga echando a correr a todo escape por las calles, por lo que los guanajuatenses, que acaso fueron los que esparcieron la especie, quedaron de pronto dueños de la presa; mas disipado el temor de los fugitivos, no tardaron en volver a tomar parte en aquel acto de violencia.

Puestos a salvo de antemano los vencidos que sobrevivieron, habían sido conducidos a la cárcel pública, poco antes vacía, desnudos, llenos de heridas y amarrados unos con otros, en medio de una multitud desenfrenada que los cubría de improperios y los amenazaba de muerte; salvados asimismo el dinero y las barras de plata para aumentar los fondos del ejército insurgente, los saqueadores entregáronse de lleno a su tarea, no dejando en breve tiempo nada de cuanto encontraron. No se escaparon ni los archivos;

el maíz, el trigo, la sal, la manteca y demás comestibles, se sacaban en los sombreros, pisando sobre los cadáveres despojados de sus ropas, y las semillas y víveres derramados se mezclaban con la sangre regada en los pisos y las escaleras, y aún estampada en las paredes. Hasta las ocho de la noche se oyeron rumores de gente que registraba las bodegas tratando de ver qué quedaba en ellas, sin hacer caso de los muertos y de algunos heridos que aún sobrevivían, esperando ser rematados, lo que no se hizo porque algunos indios lanceros a quienes se instó a ello, manifestaron tener orden de ya no matar a nadie.

Al consumarse el triunfo, el Ayuntamiento había salido bajo mazas a cumplimentar a Hidalgo y sus segundos, y todos vinieron del Cuartel del Príncipe a la Parroquia, donde se cantó un solemne tedéum. En tanto, el saqueo empezaba a extenderse a la ciudad. Toda la noche no se oyó por calles y plazas más que ruidos de hachazos derribando puertas, de barriles que rodaban, de objetos que se rompían; gritos de "quien vive," risotadas, blasfemias, feroces alaridos, correr de mujeres que huían despavoridas, todo a la luz siniestra de teas de ocote encendido. El terror dominaba la ciudad, y vino a aumentarlo el toque de fuego, dado en la iglesia de Belem. Corrían entonces las gentes diciendo que se abrazaba el poblado entero; mas luego se aclaró que era una casa la que ardía entre la Alhóndiga y el convento betlemita, la cual pudo ser apagada en un instante. En cambio, el cuadro de horror volvió a acentuarse con la fúnebre tarea de enterrar los cadáveres regados dentro y fuera del castillo; los de los insurgentes en zanjones abiertos en el río de Cata, y los de los españoles en el cementerio de Belem, obra cuya terminación sorprendieron las primeras luces del alba.

Las pérdidas de vidas, por una y otra parte, fueron, como de doscientos soldados y ciento cinco españoles, del bando realista, y de doscientos cuarenta y seis individuos, entre militares y paisanos, del bando insurgente, sin contar los heridos y los prisioneros, a los que se agregaron muchos más europeos mandados aprehender terminada la acción.

Era, en verdad, la toma de la Alhóndiga, un combate medieval incrustado en el siglo XIX, igual a los que daban los campesinos franceses de la *Jacquerie* o los *outlaws* ingleses, cuando asaltaban los castillos feudales; recordaba las escenas magistralmente descritas por el novelista Walter Scott, ya entonces en boga. A Hidalgo, bien empapado en los detalles de la Revolución francesa, le ha de haber parecido idéntico a la toma de la Bastilla, sin faltar el carbonero incendiario encarnado en la persona de *El Pípila*, y el granero guanajuatense (más que esto, verdadera fortaleza) se le ha de haber antojado símbolo del absolutismo y la tiranía, como la odiosa prisión parisiense recién derrumbada por el pueblo, que sólo se guía por instintos y sentimientos.

• XLIX •

Desolación, ruina y desorden - El cadáver del Intendente - Represión del saqueo - Hidalgo en el Ayuntamiento - Estado de los prisioneros - Falsa alarma - Noticias de Dolores y San Miguel - Vuelta de Hidalgo a Dolores - Invitaciones al marqués del Jaral y al coronel De la Canal - Avance a la hacienda de la Quemada - Vuelta a Guanajuato - Designación de autoridades y otros nombramientos - Nuevas provisiones - Establecimiento de una fábrica de cañones y de una casa de moneda - Requisición - Postreras disposiciones - Salida de Guanajuato

AMANECIO EL DÍA 29, que por coincidencia era fecha en que Hidalgo celebraba su onomástico, y la ciudad ofrecía el más terrible aspecto de desolación, ruina y desorden. Las casas y tiendas de los españoles carecían de chapas, de vidrieras y hasta de puertas, pues algunas habían sido destrozadas. La plaza principal y las calles se veían llenas de restos de los efectos sacados de las tiendas, de fragmentos de muebles, de botellas y barriles vacíos. El pueblo después de haber bebido hasta la saciedad, había derramado los licores, que empapaban los suelos, y dando gritos de “mueran los gachupines,” se entregaba a toda clase de excesos. A pretexto de buscar a los españoles ocultos, se metían aún a muchas casas y las registraban, extendiendo esta maniobra y el saqueo a las minas cercanas, y en cuadrillas conducían a nuevos prisioneros a la cárcel, pero ya sin desnudarlos ni maltratarlos; se vendían las más preciadas mercancías a vil precio, valiosas alhajas como baratijas, onzas de oro a cambio de unos cuantos reales; algunos indios andaban vestidos con trajes de corte, y los casacones de terciopelo y chorreras de encaje, llevados con los pies desnudos, les daban la más grotesca traza.

Todavía se hicieron entierros de cadáveres. Como aparecieran cincuenta y tres muertos más, de realistas, se les sepultó parte en la parroquia y parte en San Sebastián. El cadáver del intendente Riaño, que había sido desnudado como los demás, se condujo al convento de Belem, donde una vez amortajado y bajo la atención del padre capellán, se le dejó expuesto hasta el otro día, como trofeo de guerra. Hombre íntegro, laborioso, amante de las letras y las artes; militar pundonoroso y valiente, su muerte fué sentida por vencedores y vencidos. Nacido en Liérganes, de las montañas de Santander, España, en 1757, hizo su carrera en la Marina, hallándose en las principales acciones navales de su tiempo, en la expedición del conde de O'Relly contra Argel y en la del conde de Gálvez en Florida, obteniendo después, como capitán de fragata retirado, distinguidos empleos en el ramo administrativo. Venido a Nueva España, había sido Intendente, primero en Valladolid y después en Guanajuato donde encontrara su fin.

Al día siguiente, domingo 30, en que la proclamación de la independencia contaba apenas justos quince días, Hidalgo mandó publicar muy temprano, un bando, para hacer cesar el desorden, que no era obra de sus tropas sino de la plebe de Guanajuato, pero no sólo no fué obedecido, sino que no quedando ya nada en las casas y tiendas acabadas de saquear, las turbas comenzaban a desprender los enrejados de hierro de los balcones, y ahora querían entrar a algunas casas de criollos en las que, según se les había dicho, se ocultaban efectos pertenecientes a los europeos. Recibió quejas el Cura de que no se le obedecía, entre ellas la de la señora doña María Ignacia Escalada viuda de Alamán, quien acompañada de su hijo de dieciocho años, Lucas, que más tarde sería uno de los principales historiadores del movimiento libertador que empezaba a desarrollarse, atravesó la ciudad hasta el Cuartel del Príncipe, para ir con el Caudillo. Encontrábase éste en una pieza llena de gente, sentado en un catre de campaña, con una mesa por delante; en un rincón se amontonaba gran número de barras de plata, en otro buena cantidad de lanzas, y apoyado contra una de las paredes, el estandarte con la imagen de Guadalupe: Expuso la señora Alamán que en los bajos de su casa estaba la tienda del español José Posadas, muerto en la noria de Dolores, la cual ya había sido saqueada, pero que en el fondo del patio se encontraba una bodega con efectos y dinero del mismo comerciante, la que asimismo se trataba de saquear, habiendo acabado de sufrir el primer ataque, por lo que venía a pedir garantías. Acogióla el Cura amablemente, asegurándole su antigua amistad, e impuesto de sus temores, dispuso que una escolta al mando de un arriero recién hecho capitán, y bien conocido en Guanajuato, fuera a resguardar la casa y los efectos de Posadas, pero con instrucciones de que en cuanto se pudiese trasladara éstos allí al cuartel, para consumo del ejército. No pudiendo, empero, aquellos hombres, contener poco después el tumulto, que lejos de calmarse, fué en aumento, mandó su jefe un aviso a Hidalgo, con uno de ellos, y entonces el Cura, creyendo necesaria su presencia para calmar el desorden que no lograra refrenar el bando publicado, se dirigió a caballo a la plaza principal, donde estaba la casa de la familia Alamán, acompañado de los demás jefes, llevando al frente el estandarte guadalupano, con un indio a pie que tocaba un tambor, y seguido de una porción de hombres de campo y dragones del Regimiento de la Reina, todos montados, portando la estampa de la Virgen de Guadalupe en los sombreros y marchando de dos en fondo. Llegada la fuerza al sitio en donde mayor número se agolpaban los saqueadores y que era precisamente delante de la tienda de Posadas, se dió orden imperiosa a la turba, de que se retirara, y como no obedeciera, Allende trató de apartarla metiéndose entre ella; el pronunciado declive de la acera hizo que el caballo resbalase y cayera, mas levantado a rienda y espuela por el jinete, éste lleno de ira, se dió a repartir cintarazos, hasta que la gente huyó despavorida, dejando un hombre gravemente herido. Siguió Hidalgo recorriendo la plaza y la cuesta del Marqués, donde aquélla se encuentra, y mandó hacer fuego sobre los que estaban arrancando los balcones

de las casas, con lo que la multitud se fué dispersando, hasta no quedar sino algunos grupos dedicados sólo a vender, a vil precio, los frutos del botín. Sosegada la ciudad, se hizo alojar a la gente de a caballo en las haciendas de beneficio de metales, y a la de a pie en las calles; mucha de ésta empezó a retirarse a sus pueblos y rancherías, contenta de cargar con el producto del saqueo, y a tal deserción no se le dió mucha importancia, por la seguridad de volver a hacer fácilmente nuevo y copioso reclutamiento.

Conforme a la práctica seguida en las poblaciones anteriores, quiso Hidalgo que su autoridad fuese reconocida por los de Guanajuato, y el lunes 1º de octubre, por la mañana, mandó se le presentaran el Ayuntamiento, los curas y los preladados de las comunidades, y todos juntos (él a caballo y escoltado), se dirigieron a la parroquia donde se le recibió ceremoniosamente y se cantó en su honor el tedéum. Terminado el acto religioso, fueron a las Casas Reales; reunidos en la Sala Capitular, sentóse el jefe de la rebelión bajo el dosel y expuso los motivos que lo habían obligado a tomar las armas, añadiendo que, proclamado en Celaya "ante más de cincuenta mil hombres," Capitán General del Ejército Insurgente, debía la corporación edilicia reconocerlo con aquel carácter, y sin dar tiempo a discusión o contestación alguna, se retiró inmediatamente.

En pésimas condiciones, faltos de alimentos, sin curarse las heridas y aún carentes de agua con qué apagar su sed, los prisioneros hechos en la Alhóndiga se vieron auxiliados desde el día siguiente del asalto por muchos vecinos que fueron a visitarlos y a interceder en su favor cerca de Hidalgo. Este mandó poner en libertad, desde luego, a los americanos que se hallaban entre ellos, a excepción del tambor mayor Garrido a quien quiso guardar, amenazándolo con un severo castigo, que no llegó a aplicarle. Ahora se empezaba a permitir volver a sus casas, a varios de los principales europeos detenidos, y a distribuir a los demás entre el cuartel del Batallón Provincial y el castillo de Granaditas, enviando al primero los sanos y los ligeramente heridos, y al segundo los heridos de gravedad. Recibían alimentos y otras ayudas de algunos hogares, y se les asistió en general, mejor, de orden del propio caudillo, con todo lo que necesitaban.

En la noche del martes 2, volvió a alborotarse la ciudad. Se dió de pronto un toque de alarma, porque corrió la noticia de que por Valenciana venía Calleja con su ejército y de que en este mineral se pasaba a cuchillo a la gente, sin perdonar ni aun a las mujeres y los niños. Fué tal la consternación, que muchos de los insurgentes, lejos de tomar las armas trataron de esconderse en las casas, de donde eran echados a la fuerza por los moradores de ellas. Con los que pudo juntar, y sus oficiales, salió Hidalgo para Valenciana, volviendo luego por haber resultado falsa la noticia, lo que hizo que ya a las diez y media de la noche se encontrara la ciudad en la más completa calma.

A raíz de la toma de Granaditas había llegado de San Miguel el Grande y de Dolores, buen refuerzo de gente de a pie y de a caballo, reclutada en las haciendas de aquellos rumbos. Envió la de San Miguel, la Junta de Gobierno, que seguía funcionando con

mayor actividad, y la de Dolores, en número de doscientos hombres, el subdelegado insurgente don Mariano Montes. Entre esta última llegaron los operarios Pedro José Sotelo, Manuel Morales y Francisco Barreto, a quienes Hidalgo había dejado encargados del arreglo de los obradores y de algunos asuntos domésticos, y por ello y por otros conocidos supo de los acontecimientos posteriores a su salida. Dolores se encontraba tranquilo; pero San Miguel guardaba actitud de defensa, resguardado por zanjones llenos de agua, las azoteas con gran acopio de piedras y las tropas sobre las armas. El licenciado don Ignacio Aldama, como presidente de la Junta de Gobierno había convocado el 24 de septiembre a una reunión de vecinos principales, y en ella, tras de hacer memoria de la participación recibida días antes, de la solemne aclamación hecha en Celaya a favor de Hidalgo como general en jefe del movimiento, y de Allende como teniente general, propuso la formación, dentro de la junta en funciones, de otras dos juntas: una de policía, que presidiría él mismo, y otra de guerra para cuya presidencia proponía al coronel De la Canal, allí presente. Se negó a aceptar este jefe tal cargo, poniendo en señal de ello su bastón sobre la mesa; pero los concurrentes dijeron a una voz que no admitían su renuncia, ni la entrega del bastón que "era insignia concedida por el Rey," y no tuvo más sino acceder, mal de su agrado, a lo que se le pedía. Se convino luego en tomar algunas providencias a favor de la causa, de preferencia, la de reclutar gente, y se acordó no dar paso sin comunicarlo al jefe principal del movimiento y pedirle su aprobación.

Enterado Hidalgo de todo esto, el siguiente día al de la alarma determinó salir otra vez por la noche rumbo a Valenciana y Mellado, so pretexto de hacer una nueva exploración; mandó iluminar la ciudad para evitar desórdenes y hacer mejor el movimiento de las tropas; mas ya sobre la marcha, siguió de largo hasta Dolores, por el camino de la sierra, caminando toda la noche, y llegó allá por la mañana del día 4. Su intención, en realidad, era ir al encuentro de Calleja y atacarlo.

Su llegada, por lo inesperada, produjo sorpresa, a la vez que júbilo, entre los vecinos, al ver de nuevo a su querido pastor. Se alojó por de contado, en su casa, donde sus hermanas lo recibieron aún con mayores muestras de alegría.

Sin reponerse Hidalgo de la fatiga del camino, su primer acto fué enviar un correo con un pliego dirigido a su amigo don Juan de Moncada, marqués del Jaral del Berrio y conde de San Mateo de Valparaíso, a su hacienda del Jaral, pidiéndole su adhesión y su ayuda y comunicándole su intención de atacar a Calleja. En seguida se puso a escribir al coronel De la Canal invitándolo a tomar parte en la revolución. La nota decía así:

Quartel general del Ejército Americano en Dolores, Octubre 4 de 1810.

La misma atención que he tenido hacia V. S. me hizo abstener en los principios de esta revolución; o verdaderamente al tiempo de echar los fundamentos de nuestra libertad e independencia, puse particular cuidado en no mezclar ni que se nombrara a V. S. en nuestros movimientos,

temeroso de que si el éxito no correspondía a los Santos deseos de que estamos animados, quedase V. S. envuelto en nuestras mismas desgracias. Ahora que las cosas han tomado un aspecto demasiado favorable, no temo convidar a V. S. a que uniendo sus poderosos influxos, participe de las glorias del libertador de nuestra Patria.

Solamente la noticia que tenga el Pueblo de que V. S. sea de nuestro mismo modo de pensar, bastará para llenarlo de entusiasmo y que deponiendo algunos temores de que algunas veces se ve sobrecogido, se revista del espíritu de energía que en las actuales circunstancias debe ocupar a todo americano.

Dios guarde la Vida de V. S. ms. as. como desea su afmo. Seror. Q.S.M.B.

MIGUEL HIDALGO
Capitán General de América

Sr. Coronel Dn. Narciso de la Canal.

Mandó otro correo a San Miguel, con la misiva, pero aquél volvió antes de que terminara el día, con una contestación evasiva del coronel y con noticias de los últimos acontecimientos registrados en la cercana villa.

Al día siguiente dispuso Hidalgo muy temprano la salida del grueso de sus fuerzas hacia el Norte, sobre San Felipe, en busca de Calleja. A más de la mitad del camino que separa las dos poblaciones, la expedición se detuvo en la hacienda de La Quemada, propiedad de la familia Lanzagorta, de San Miguel, de quien era apoderado el licenciado Aldama (hermano de don Juan), y acampó para pernoctar, dispuesta a reanudar la marcha al día siguiente; mas a eso de la media noche llegó de vuelta del Jaral el correo enviado por Hidalgo, trayendo la noticia de que el Marqués se manifestaba dispuesto a unirse al jefe de la rebelión, y no sólo eso, sino que iba a persuadir a Calleja, que aún no se movía de San Luis Potosí, de que no debía interrumpir la trascendental empresa. Convencido de esto o no, el Cura ordenó al amanecer la contramarcha a Guanajuato, fraccionando el ejército en dos partes, una de las cuales marcharía por el camino directo de la cuesta de Calvillo, al mando de jefes secundarios, y la otra por Dolores, a las órdenes de él y de Aldama. Como acompañaban a Hidalgo algunos particulares de Guanajuato, al pasar por el Puerto del Gallinero, cercano a Dolores, le sugirieron mandar abrir unos barrenos en las peñas y cargarlos de pólvora para hacerlos estallar al paso de Calleja, si acaso no condescendiera con el Marqués y avanzara hacia el Sur por aquel lugar. Acto seguido, nombró una comisión de soldados mineros encargada de practicar los barrenos y hacerlos disparar si el caso se presentaba.

Los dos días de permanencia del Caudillo por aquellos rumbos, le sirvieron para atraerse otros amigos de antemano comprometidos a secundarlo, así como para hacer cesión de sus bienes a favor de sus hijas y dar algunas instrucciones a sus hermanas.

Antes de abandonar Dolores de nuevo, comisiona a Aldama para que pase a San Miguel a recoger los contingentes de hombres y pertrechos reunidos por la Junta de

guerra en funciones, con los que debería seguir por Chamacuero hasta Celaya, procurando acopiar más gente en su recorrido, y allí esperar las fuerzas que poco después saldrían de Guanajuato.

La mañana del 6 de octubre se despide, quizá para siempre, de su familia y del pueblo, y al atardecer del propio día hace otra vez su entrada en Guanajuato.

Dispuesto a abreviar su permanencia en esta ciudad, quiso ocuparse sin tardanza, de nombrar autoridades, hacer aprestos de guerra y dictar varias disposiciones que aseguraran los éxitos futuros. Alojado entonces en la casa del distinguido vecino don Bernardo Chico, persona de su amistad y único español que se declaró por la revolución, hizo concurrir a ella al Ayuntamiento, con los curas y algunos vecinos principales, comenzando por proponer al regidor, alférez real y licenciado don Fernando Pérez Marañón, aceptase el cargo de intendente y comandante general de la provincia, junto con el grado de teniente general; mas como éste se rehusase a aceptar el ofrecimiento, no obstante las instancias del Caudillo, lo hizo a otros capitulares, quienes igualmente rehusaron. Irritado ante las negativas, dijo que no podía atribuir las sino a su vano temor de que su empresa fracasara, o a una neutralidad que se proponía castigar como parcialidad efectiva. El cura Labarrieta y los regidores que habían manifestado esta renuencia, expusieron que ella se fundaba en la dificultad de conciliar las ideas de independencia con el juramento de fidelidad prestado por todos al Rey, y aun con la inscripción puesta a la imagen de Guadalupe que servía de estandarte al ejército insurgente. Hidalgo, lleno de indignación por estas observaciones, prorrumpió diciendo que Fernando VII era un ente que no existía; que el juramento no obligaba, y que no se volviesen a exponer semejantes ideas, capaces de persuadir a sus gentes, porque tendrían mucho que sufrir los que tal hiciesen, y se levantó en seguida la asamblea, dándola por terminada.

Sin contar ya con el Ayuntamiento, procedió a nombrar intendente, cuya elección recayó en don José Francisco Gómez, ex ayudante mayor del Regimiento de Infantería Provincial de Valladolid y entonces administrador de tabacos en Guanajuato, dándole asimismo el grado de brigadier, y nombró asesor al licenciado don Carlos Montesdeoca, y promotor fiscal a don Francisco Robledo, ordenando a los tres que admitiesen estos empleos sin excusa ni pretexto alguno. Previno al Ayuntamiento a que, de acuerdo con sus facultades, nombrase alcaldes, y la elección recayó en don José Miguel de Rivera Llorente y don José María Hernández Chico. Por último, eligió y nombró su secretario a José María Chico, hijo de su amigo don Bernardo, que acababa de recibirse de abogado.

Constituído el gobierno, se ocupó Hidalgo en atender otras provisiones para la continuación de la guerra y para dejar asegurada la ciudad y la provincia declaradas a su favor. Organizó dos cuerpos de infantería, uno en Valenciana, cuyo mando dió, con el grado de coronel, al administrador de aquella mina, don Casimiro Chowell; el otro en la ciudad, encomendando su jefatura a don Bernardo Chico, hijo, estudiante del Colegio

de Minería de México, que a la sazón hacía su práctica en Guanajuato, y como él, se unieron también al Cura los alumnos practicantes, del mismo plantel, José Mariano Jiménez, Rafael Dávalos y otros, llenos de juvenil entusiasmo.

Desde antes de su escapada para Dolores, procuró Hidalgo el establecimiento de una fundición de cañones y de una casa de moneda. De lo primero encargó a Rafael Dávalos, quien además de estar haciendo su práctica de minería en Valenciana, daba el curso de matemáticas en el colegio de Guanajuato. Nombrósele capitán de artillería con el grado de coronel, y aprovechó desde luego como material para la fabricación de los cañones, las capellinas utilizadas en las haciendas de beneficio para la evaporación del mercurio, especie de cilindros de cobre, con los que se empezaron a fundir algunas piezas de artillería bastante imperfectas, por lo que hubo de recurrirse también a la construcción de otras de madera reforzadas con aros de fierro. Al cañón más grande se le bautizó con el nombre de *Defensor de América*. Allí mismo se fabricaron unas armas con las que se pretendía substituir la falta de fusiles, aprovechando los frascos de hierro del azogue fijados en el extremo de un palo con el tornillo que les servía de cerradura, y por un oído abierto por un lado se les daba fuego, aunque con malos resultados. A fin de destinarlos al manejo de la artillería, se reunió con mucho empeño a los soldados del Batallón Provincial que habían quedado, por haberse ejercitado en ello en el acantonamiento de Jalapa, y se hizo aumentar el ejército con los tres escuadrones del Regimiento del Príncipe, distribuidos en la provincia, y que no llegaron a tiempo para la defensa de Granaditas, sino después. La casa de moneda, destinada a poner en circulación la plata en pasta, recogida, y la que las minas continuarían produciendo, a efecto de subvenir a los gastos de la revolución, se procedió a organizarla en la hacienda de San Pedro, contigua al Cuartel del Príncipe, empezando por la construcción de las máquinas y los troqueles, a cargo de artesanos guanajuatenses, y se confió la dirección al experto don Francisco Robles; los troqueles los hizo un joven herrero y como operarios puso unos presos que lo estaban por monederos falsos y se les dió libertad, mas la fábrica no llegó a acuñar moneda debido a que no pudo concluirse.

Se practicó una minuciosa requisición en la ciudad, en busca de todo lo ocultado por el enemigo y que pudiera sumar elementos a la empresa o beneficiar a sus servidores. De esta suerte, se extrajo de muchas casas toda clase de valores y comestibles, como de la casa de la viuda de Alamán, de antemano asegurada, donde se vació la bodega que guardaba efectos y dinero del español Posadas, por valor de cuarenta mil pesos, los cuales fueron llevados al Cuartel del Príncipe y repartidos a continuación entre la tropa, y la casa de don Bernabé Bustamante, de donde se extrajeron otros cuarenta mil pesos en dinero, treinta y tantas barras de plata y un barretón de oro de sesenta marcos, ocultos en el fondo de un aljibe, para lo cual hubo de ser vaciada el agua. A los que pedían la devolución de lo requisado, se les devolvía en algunos casos los objetos de poco valor,

pero en cuanto al dinero y las barras, Hidalgo argüía que los necesitaba para gastos de la revolución y se pagarían al triunfo de ella.

Estuvo recibiendo el Cura a los españoles que se le presentaban, de los que unos mandaba arrestar y a otros dejaba libres, dándoles papeles de resguardo para que nadie los molestase; lo mismo hizo con algunos de los que estaban presos, indultándolos, ya por viejos o enfermos, o por tener familia, o bien debido a influencias de los criollos de viso, que hasta se constituían en sus fiadores. Quedaron exceptuados los eclesiásticos europeos, a quienes desde un principio ordenó que no se les molestase para nada. Y no sólo esto, sino que las iglesias eran respetadas y el ejército insurgente oía misa todos los días, la cual la decían sus capellanes en un altar portátil. A la viuda del intendente Riaño, que había perdido toda su ropa y sus muebles en la Alhóndiga, le mandó dar una barra de plata y aun ofreció a su hijo Gilberto, que se creyó que podría restablecerse de sus heridas (murió poco después), una alta graduación si se adhería a su partido, la cual, naturalmente, no quiso aceptar.

El lunes 8 recibe Hidalgo un emisario de la acaudalada señora doña María Catalina Gómez de Larrondo, participándole por escrito haber aprehendido al Intendente de Michoacán don Manuel Merino, al comandante de las armas coronel Diego García Conde, al coronel conde de Casa Rul, su acompañante, y al resto de su comitiva, a su paso por Acámbaro, procedentes de México de donde venían en tres coches. La aprehensión la había hecho el cajero de doña María Catalina, con el que mandaba el oficio, ayudado por el torero Luna y otros sujetos y sin derramamiento de sangre por parte de los aprehensores; pero en cambio los europeos habían resultado todos gravemente heridos.

Ya estaba el Cura en los últimos preparativos de su salida sobre Querétaro; después de su intento de atacar a Calleja, trató de ir al ataque de Flon; mas en vista del aviso recibido, dispuso que sin pérdida de tiempo saliera el mismo día una avanzada de tres mil hombres, al mando del coronel José Mariano Jiménez, hacia aquel rumbo, ya que el acto de la señora Larrondo le abría las puertas de la provincia de Michoacán.

Se apresuró a ejecutar las postreras disposiciones para el mejor aseguramiento de la plaza y provincia conquistadas; a continuación mandó reunir en la Alhóndiga a los europeos aprehendidos desde el principio de la revolución, inclusive los últimos traídos de poblaciones cercanas, todos los cuales ascendían a doscientos cuarenta y siete; segregó de ellos treinta y ocho para llevárselos, y dejó allí encarcelados a la mayor parte, con instrucciones de que no se les hiciese mal alguno. Dos días después de la salida de la avanzada, abandonó Hidalgo a Guanajuato con el grueso de sus fuerzas; los fondos recogidos en la requisita y en todas las oficinas reales, iban escoltados por un pelotón y al cuidado directo de su hermano Mariano y de sus ex operarios Pedro José Sotelo, Manuel Morales y Francisco Barreto, a quienes dió esa comisión y la de cuidar los equipajes; los prisioneros españoles marchaban en el centro de la columna, y la cerraban el Caudillo, con Allende, Abasolo y los demás jefes.

• L •

Acontecimientos en México - El nuevo Virrey - Providencias de las autoridades coloniales - Concentración de fuerzas realistas en Querétaro - Aprestos militares en San Luis y Guadaluajara - Medidas de orden político - La Iglesia en acción - Divergencia de opiniones - Corporaciones e instituciones en contra de la revolución - Protestas de fidelidad - Los bandos contendientes

A PUNTO DE CUMPLIR UN MES el levantamiento y mientras Hidalgo desarrollara todas aquellas actividades, del 16 de septiembre a la fecha, otros acontecimientos habían venido desarrollándose en México y en distintos lugares del país.

El nuevo virrey don Francisco Javier Venegas, desembarcado el 25 de agosto en Veracruz, en su lento recorrido de aquel puerto a la Capital, en Perote tuvo los primeros informes de los rumores que corrían respecto a la sublevación que estaba a punto de estallar; en Puebla trató de política con el obispo Campillo y con el intendente de la provincia don Manuel de Flon; llegó a la Villa de Guadalupe el día 13 de septiembre, recibiendo de la Audiencia el mando supremo el mismo día, y al siguiente, 14, en vísperas de la proclamación de la independencia, había hecho su entrada en México con la solemnidad hasta entonces usada. En este día se celebró la exaltación de la Cruz, y en el *Diario de México* se apostrofaba a esta simbólica enseña, diciendo: "Te pedimos por la felicidad del Exmo. Señor Don Francisco Javier Venegas, que hoy se encarga del mando de estos dominios, haz que los caracteres que en nuestra historia distinguan su gobierno, sean . . . la Paz. . . la tranquilidad pública y el entusiasmo por su rey, su patria y su religión. . ." apóstrofe que resultaba irónico, si no es que sarcástico.

Apenas instalado en el palacio virreinal, convocó para una junta que debería efectuarse el día 18 en el salón principal, la cual se reunió con numerosa asistencia y en forma ceremoniosa. A los lados del Virrey se sentaron los ex virreyes don Pedro Garibay y el arzobispo Lizana, así como don José de Bustamante, acabado de nombrar Capitán General de Guatemala; llenaban el salón los oidores de la Audiencia, los títulos de Castilla, las dignidades eclesiásticas y los prelados de las órdenes religiosas, los diputados a Cortes que se hallaban en la Capital, los militares de alta graduación, los jefes de oficina y varios propietarios y comerciantes, concurso que oyó con profunda atención la lectura de una serie de documentos ordenada por el señor Venegas. En primer lugar una proclama

dirigida por la Regencia a los americanos dándoles cuenta de los últimos hechos de armas registrados en la Península y pidiendo los auxilios necesarios para continuar la guerra; en seguida un proyecto de los fiscales para coleccionar un donativo, por clases y profesiones, el cual fué aprobado inmediatamente, subscribiéndose desde luego el Arzobispo con treinta mil pesos, el arcediano Beristáin con una sortija que llevaba en uno de sus dedos, valuada en mil doscientos pesos, y otros con sumas importantes, aunque inferiores a los dos primeros donativos; por último, dióse cuenta de las gracias y mercedes que la Regencia concedía a diversas personas por los donativos, préstamos y otros servicios hechos “por la justa causa de la patria, del rey y de la religión,” según decía la nota.

Premiábase, en efecto, con títulos de Castilla, con cruces de la orden de Carlos III y con otros honores, grados y distinciones, a casi todos los principales autores de la deposición de Iturrigaray lo que unido a las nuevas demandas de auxilios pecuniarios, irritó en lo más vivo a los americanos. Era, en realidad, poco cuerdo por parte de la Regencia renovar con estas demostraciones los odios y los rencores de los partidos. El de los americanos sintió como ofensa colectiva la que hizo a algunos de sus prohombres, excluyéndoles de aquella lluvia de mercedes, y estimó también como vejamen el premio otorgado a los más exaltados del bando contrario. El alcalde de corte, Villaurrutia, no estuvo comprendido entre los agraciados, pues por el contrario se le nombró oidor de la Audiencia de Sevilla, lo que se consideró como un destierro disimulado; Yermo, por motivos de interés particular, no admitió el título de Castilla que se le concedía, y si no por iguales motivos, tampoco quiso aceptarlo don José Mariano Fagoaga; el regente Catani, en vez de premio recibió su jubilación, ocupando su alto puesto don Guillermo de Aguirre, su antiguo émulo y competidor.

Bajo malos auspicios inauguraba Venegas su administración. Entre varios pasquines que en los primeros días se fijaron en las puertas de palacio, decía uno:

Tu cara no es de excelencia
ni tu traje de Virrey;
Dios ponga tiento en tus manos,
no destruyas nuestra ley.

Al que mandó fijar en el mismo sitio la siguiente contestación:

*Mi cara no es de excelencia
Ni mi traje de Virrey;
Pero represento al Rey
Y obtengo su real potencia.
Esta sencilla advertencia
Os hago por lo que importe;*

La ley ha de ser mi norte
Que dirija mis acciones.
¡Cuidado con las traiciones
Que se han hecho en esta corte!

No dictaba aún ninguna disposición de gobierno, cuando recibió el aviso del descubrimiento de la conspiración de Querétaro y de las aprehensiones consiguientes comunicado por el alcalde Ochoa, no produciéndole ninguna alarma porque creyó que con el descubrimiento y las medidas tomadas, las cosas no pasarían de ahí y el mal quedaría remediado. Pero uno tras otro, y sin darle tregua ni reposo, le fueron llegando avisos de la proclamación de la independencia en Dolores, de la entrada de los sublevados a San Miguel el Grande, de su avance aparente sobre Querétaro y de su marcha hacia Guanajuato, así como del gran número de gente que seguía al cura Hidalgo.

La situación de Venegas, durante aquellos días de continuas y siniestras noticias, no podía ser más difícil. Recién llegado a la Colonia, no conociendo el país ni a las gentes, y desconfiado del ejército, porque militares habían figurado en la conspiración de Valladolid y militares figuraban ahora al lado del caudillo de Dolores, tenía, sin embargo, que hacer frente a la tremenda tempestad que se desencadenaba. La dispersión del acantonamiento militar formado por Iturrigaray, dejó a Venegas sin un cuerpo de ejército que poder movilizar prontamente y según las ocasiones lo demandasen. Había de recurrir, pues, preferentemente, a las tropas esparcidas en las provincias, exponiéndolas a ser fácilmente seducidas, como ya había sucedido con las de Dolores, San Miguel y otros lugares. No vaciló sino el tiempo estrictamente indispensable para medir el peligro, y con la energía propia de su carácter dictó luego sus primeras disposiciones, no obstante que el oidor don Guillermo de Aguirre y Viana le había dicho que la gente del país era “una canalla tan ruin y baladí” que bastaría sonarle un pergamino con un palo, como a los borricos, para espantarlos y que huyesen despavoridos.

Consideró necesario ante todo hacer oír su voz en el ámbito del Reino, a fin de atraer a la concordia y a la obediencia a sus habitantes, y después de mandar publicar por bando, el 22 de septiembre, la proclama de la Regencia, el proyecto de los fiscales para colectar el donativo de guerra y el pormenor de las gracias y mercedes concedidas, al día siguiente hizo publicar una proclama de él en la que empezaba por manifestar que sentiría que sus primeras providencias fueran para castigar a los autores del movimiento de insurrección; lamentaba en seguida la rivalidad, la división y el espíritu de partido que advertía entre sus gobernados, así como la pugna entre europeos y americanos, tan peligrosos para llegar a ser “presa segura del tirano.” “¿Por qué no nos amamos como hermanos? —decía—, ¿por qué no reunimos nuestros esfuerzos, nuestras intenciones y nuestros deseos para destruir al enemigo de nuestra independencia—se refería al invasor

de España—y establecer en lo interior la base de nuestra felicidad? . . . Ya tenéis a la vista en algunas partes de este reino un principio de los males de que intento libertaros. Algunos hombres deslumbrados con falsas ideas, apoyadas en nuestra división y rivalidad procuran alterar el orden público y sumergirnos en los espantosos males revolucionarios.” El arzobispo Lizana, secundando esta proclama de Venegas, expidió a su vez, al otro día, una exhortación a los que ayudaban a Hidalgo, para que volvieran a sus hogares, dirigiéndola no sólo a los fieles de su diócesis, sino a los de todas las demás.

Dispuso Venegas en seguida la concentración de una fuerza competente en Querétaro, como lugar estratégico, ya que era la llave del Bajío y punto de contacto con el Norte, y tres días después hizo salir para aquella importante ciudad al Regimiento de Infantería de la Corona, compuesto de dos batallones, y además cuatro piezas de artillería. Dió el mando de esta brigada al coronel don Manuel de Flon conde de la Cadena, que lo había acompañado de Puebla a México; como segundo iba el coronel Nicolás Iberri, jefe del propio regimiento, y mandando la artillería, el teniente coronel Ramón Díaz de Ortega. Flon era español de honrosos antecedentes como militar y magistrado, aunque poco querido por su aspecto sañudo y su carácter en extremo severo; Iberri era criollo. Posteriormente, a los pocos días, púsose en marcha la columna de granaderos compuesta de dos batallones de a siete compañías cada uno, al mando del coronel José María Jalón, venido de España con el Virrey, y a continuación salieron los regimientos de Dragones de México y Provincial de Puebla. Para reemplazar estos cuerpos, que constituían toda la guarnición de la Capital, fueron llamados los regimientos provinciales de infantería de Puebla y de las Tres Villas (Orizaba, Córdoba y Veracruz), pasando a Orizaba el de Tlaxcala; mas no bastando, en opinión de Venegas, estas fuerzas para asegurar México, se hizo venir la marinería de la fragata *Atocha* en que el mismo Virrey había llegado, con la que se formaron dos batallones que quedaron al mando de su propio jefe el capitán de navío Rosendo Porlier, gente esta última que por su mal aspecto, su rudeza y su lenguaje obsceno, causó la peor impresión y resultó la menos apropiada en momentos en que se trataba de conciliar los ánimos entre criollos y españoles. Al mismo tiempo que se reunían estos contingentes en Querétaro y en México, se ponían sobre las armas sendas brigadas en San Luis Potosí y Guadalajara, la primera al mando de don Félix María Calleja y la segunda al de don Roque Abarca. Dispuso asimismo Venegas, que don Manuel Merino, intendente de Michoacán, a la sazón en la ciudad, y el coronel don Diego García Conde, nombrado comandante de las armas de aquella provincia, marcharan violentamente a sus destinos, acompañados del coronel conde de Casa Rul, que debería ponerse al frente de su regimiento provincial de infantería, lo cual efectuaron, pero con tan mala suerte, que fueron aprehendidos en Acámbaro.

Dictadas y cumplidas todas estas disposiciones, el Virrey convocó a una junta del consulado y de varios funcionarios, para que a la manera de como se había hecho en

Cádiz, se formasen cuerpos de vecinos que pudiesen servir a sus expensas y aun costear su uniforme, a cuyo efecto se mandó que todos los españoles europeos o americanos, de más de dieciséis años de edad y con tales condiciones, se presentasen desde luego, y así pudieron formarse tres batallones de infantería de quinientas plazas cada uno, un escuadrón de caballería y una compañía de artillería, con la denominación “patriotas distinguidos de Fernando VII,” cuyos jefes y oficiales se eligieron entre las personas más distinguidas, declarándose su coronel el mismo Venegas.

En seguida se tomaron algunas medidas de orden político, unas para asegurar la fidelidad del pueblo y otras represivas. Se hizo que los diputados electos para las cortes, que en su mayoría excepto uno, habían resultado criollos y casi todos abogados y eclesiásticos (clases donde se encontraban los elementos intelectuales de la Colonia) se dirigiesen a sus comitentes exhortándolos a permanecer tranquilos y a esperar de la sabiduría del congreso de que iban a ser miembros, el remedio de todos los males; sólo que la tal exhortación resultó una especie de sermón contra la soberbia, origen de todos los males, apoyado en textos de San Pablo, y al final les hacían un llamamiento a la concordia y sumisión a las autoridades. Se mandó publicar el decreto de la Regencia de 26 de mayo de aquel año, que declaraba libres de tributos a los indios y que hasta entonces se había dejado sin efecto, y se hizo extensivo a todas las castas, para que “en las presentes circunstancias—decía el bando de 5 de octubre—mantengan la fidelidad y justa adhesión a la sagrada causa de la patria y concurran a reprimir y sofocar la sublevación que han excitado en San Miguel el Grande y algunos otros pueblos, ciertas personas mal intencionadas, enemigas del orden y sosiego público, de quienes hay vehementes sospechas y muy fundados antecedentes de que sean instrumentos de Buonaparte (*sic*) y de sus emisarios.” Por otra parte, en bando de 25 de septiembre se ordenó que por mano del verdugo se quemase públicamente una proclama de José Bonaparte dirigida a los habitantes de América y fechada en Madrid el 22 de marzo; iguales prevenciones habían dictado anteriormente, con el mismo motivo, el arzobispo- virrey Lizana, en 25 de abril, y la Real Audiencia Gobernadora en 16 de junio. Dos días después, el 27 de septiembre, por medio de otro bando se había ofrecido un premio de diez mil pesos a los que entregasen vivos o dieran muerte a los tres principales jefes de la insurrección, Hidalgo, Allende y Aldama, concediendo además todas las gracias y consideraciones debidas, a los que por tal hecho serían tenidos como restauradores del orden público, y prometiendo el indulto e iguales recompensas a los que habiendo seguido el partido de la revolución entregasen a los tres caudillos, con lo que el Gobierno virreinal erigía el asesinato en providencia represiva y proclamaba que la traición y la delación, ejercidas contra los rebeldes, eran actos meritorios, sin considerar que desde aquel momento legitimaban, también, las represalias sangrientas de sus enemigos. Tentado por este ofrecimiento, un estudiante de medicina llamado José María Moctezuma Mendoza,

se apresuró a dirigirse al Virrey pidiéndole recursos para ir a perseguir a los jefes insurgentes comprometiéndose a matarlos o dejarlos dementes por medio de una preparación suya. La ciudad de México, en cambio, por conducto de su Síndico ofrecía nada menos que doce millones de pesos para liberar a Fernando VII de las garras de Napoleón, diciendo que “las riquezas de ambas Américas deben servir de peana y de pequeño homenaje de nuestra compasión y respeto a las virtudes de nuestro rey calumniado, oprimido, degradado, etc.”

La Iglesia, por su parte, empezó a emplear con el mayor empeño sus armas, para reprimir la rebelión. El obispo electo de Michoacán, don Manuel Abad Queipo, amigo íntimo de Hidalgo y como él procesado por la Inquisición, no obstante que en sus escritos y representaciones había previsto y reconocido las causas que determinarían el movimiento revolucionario, fué el primero en publicar, en 24 de septiembre, un edicto en el que, calificando al cura de Dolores y sus compañeros, de perturbadores de la paz pública, seductores del pueblo, sacrílegos y perjuros, declaró que habían incurrido en la excomunión mayor del canon; prohibió, bajo esta misma pena, que se les ayudase en cualquier forma, y exhortaba a cuantos los seguían (lanzándoles igual amenaza) a que los abandonasen y se restituyesen a sus hogares dentro del tercer día de haber tenido noticia del edicto. Con otro de 30 de septiembre y otro de 8 de octubre confirmó y amplió lo prevenido en el primero, y además hizo hincapié, tratando de desacreditarlo, en el ofrecimiento de Hidalgo a los indios de restituirles la tierra de que eran dueños “y señores” y de la cual los habían despojado los españoles por conquista. Pero mediando la circunstancia de proceder estas declaraciones de un obispo solamente electo, aún no consagrado, y cuyo nombramiento se debía a la Regencia, que era dudoso ejerciese legítimamente el patronato de las iglesias de las colonias de América, concedido sólo a los reyes de España, se suscitaron dudas sobre la validez de la excomunión, y el Arzobispo de México, en edicto de 11 de octubre, declaró que estaban hechas por superior legítimo, con entero arreglo a derecho y que los fieles estaban obligados en conciencia, pena de pecado mortal y de quedar excomulgados, a la observancia de lo que el Obispo de Michoacán mandaba en su edicto, haciéndolo Lizana extensivo al territorio de su jurisdicción. Por su parte el Obispo de Puebla don Manuel Ignacio del Campillo, en una pastoral de 30 de septiembre adulando al Virrey, aseguraba “la pronta dispersión de aquella gavilla tumultuaria que siguiendo los detestables principios de los franceses, ha profanado las Iglesias, ha manchado sus manos en sangre de los inocentes. . .” El Virrey había hecho anticipadamente una recomendación por escrito al padre guardián de San Fernando y a todos los prelados de su orden, para que “exhortando a todos sus súbditos,” procuraran, “ya en los púlpitos como en el confesionario y aun en las conversaciones de sociedad, inspirar a todos los habitantes de este Reino el amor recíproco y la justa adhesión a la sagrada causa de la patria. . .” y respondieron a ella no sólo los fernandinos, sino la Congregación de

Eclesiásticos de San Pedro; los frailes del Colegio Apostólico de Pachuca, prometiendo enviar religiosos de su comunidad a persuadir a los pueblos de que no debían abrazar la causa de la independencia, y el cura de la cercana villa de San Angel, ofreciendo sus servicios y sus bienes en defensa de la causa real.

El tribunal de la Inquisición, tan temido, había reanudado en 28 de septiembre la causa que tenía abierta a Hidalgo, nada más que dándole ahora un carácter esencialmente político, para lo que insertó en sus autos un párrafo de la *Gaceta* de tal fecha, en que se le llamaba impío que iba “sembrando por todas partes el horror, la desolación, los robos, y sobre todo, lo más sensible, la irreligión, atreviéndose este reo a inspirar las impías máximas de que no había Infierno, Purgatorio ni Gloria, para que cada uno siga sus pasiones. . .”; en 9 de octubre mandó sacar de ella extractos de dichos y hechos para pedir parecer sobre ellos a los calificadores fray Domingo Barrera, provincial de Santo Domingo, y fray Luis Carrasco, quienes al día siguiente presentaron su parecer diciendo que por todo lo expresado en el dicho extracto y siendo el reo “sectario de la libertad francesa,” lo calificaban “de hombre libertino, sedicioso, cismático, de hereje formal, judaizante, luterano, calvinista, y muy sospechoso de ateísta y materialista”; por auto del día 11 le lanzó un edicto informado con los cargos más terribles, estrechándolo a comparecer ante el tribunal (a donde no se le había citado durante diez años que tenía abierto el proceso) en el término de treinta días, y de ahí en adelante se siguió actuando, dispuestos a oír a cuantos quisieran declarar en su contra. Por supuesto que lo hecho por la Inquisición en contra de Hidalgo, no tenía validez alguna desde a fines de 1808, porque ya había sido suprimida y todos sus actos eran nulos, así como fuera de las responsabilidades de la Iglesia; el tribunal español era *privilegio* concedido por Roma a los reyes de España, y José Bonaparte, declarado y recomendado como Rey por Fernando VII, publicó oficialmente e hizo efectivo el decreto de supresión del Santo Oficio, dado por su hermano el emperador Napoleón en Chamartín de la Rosa el 4 de diciembre de aquel año, y aprobado tácitamente por el Papa, no pudiendo el tribunal de Nueva España subsistir independientemente.

A pesar de lo temidas que eran todas estas censuras, su aplicación vino a suscitar los más encontrados pareceres y aun a producir división en las opiniones religiosas, llegando hasta turbar la paz doméstica en el seno de las familias. Las conciencias estaban, pues, divididas en bandos, y los eclesiásticos mismos, si eran adictos a la independencia, no reconocían validez alguna a las excomuniones, ni daban en la confesión absolución de ellas y menos obligaban a sus penitentes a hacer las delaciones que los edictos prevenían. Las armas de la religión, en consecuencia, comenzaron desde entonces a debilitarse; sobre todo por empleárseles como auxiliares de la política, lo que contribuía a quebrantar su efecto. El pueblo empezó a perder la fe que antes tuviera a los miembros del clero, y a la Inquisición la definía como:

Un santo Cristo,
dos candeleros
y tres majaderos.

Algunas corporaciones e instituciones se sumaron a las potencias que combatían la insurrección y a sus autores. El Ayuntamiento de la ciudad de México publicó una proclama dirigida “a los fidelísimos habitantes de la Nueva España,” condenando el movimiento de independencia y ofreciendo los ediles su adhesión al monarca y el sacrificio de sus personas e intereses. El claustro de la Universidad de México dirigió un largo manifiesto “a todos los habitantes de América,” inspirado en igual espíritu y atacando a Napoleón; pero cuatro días antes había dirigido una comunicación al Virrey diciéndole que como en algunos papeles públicos se daba al cura Hidalgo el título de doctor, le pedía que con su carácter de vice-patrono del claustro se dignase declarar por medio de la *Gaceta* y el *Diario*, que el dicho cura no estaba borlado y que la Universidad tenía “la gloria de no haber mantenido en su seno, ni contado entre sus individuos, sino vasallos obedientes, fieles patriotas y acérrimos defensores de las autoridades y la tranquilidad pública.” El Colegio de Abogados, siguiendo el ejemplo de la Universidad, lanzó también una exhortación a los habitantes de la ciudad de México, e hizo borrar del registro de sus individuos, al licenciado don Ignacio de Aldama por haber tomado partido en la revolución.

Por otra parte, excitó el Virrey a todas las corporaciones literarias y a las personas conocidas por su ilustración, a que escribieran combatiendo el movimiento. Con tal motivo empezaron a salir a luz multitud de escritos inspirados en ese propósito: alegorías, discursos, reflexiones, diatribas, etc.

Precisamente, la exhortación del Colegio de Abogados le había hecho escribir al licenciado don Juan Francisco Azcárate, que en las juntas convocadas por Iturrigaray se manifestara inclinado a la independencia, y usando en su escrito la forma alegórica, representaba en diversos cuadros los beneficios obtenidos por el Nuevo Continente en su unión con España, para terminar apostrofando a los americanos con una profecía de su próxima ruina. A raíz de la declaración hecha por la Universidad en contra de Hidalgo, don Luis Montaña, médico de gran reputación, publicó unas *Reflexiones*, impresas “de orden” y a costa del Claustro Universitario, en las cuales trataba de demostrar lo insensato de la idea de independencia, con argumentos tan tontos como éste: “¿Dirán que este reino será feliz en sí y por sí solo, porque en virtud de su riqueza no necesita de España? ¡Torpísima necedad! ¿Cuál es nuestra marina para comunicarnos con la Silla Apostólica?” Y tan deleznable como este otro: “...si no de España ¿de dónde vienen los directores y los operarios de las artes, los libros y los adelantamientos de las letras?” “Ni con nuestras riquezas ni sin ellas valdríamos nada sin España.” En forma epistolar

y periódica, empezó a aparecer bajo el título general de *El Anti-Hidalgo*, una serie de cartas anónimas dirigidas al Cura y caudillo, por *Un doctor mexicano*, y llenas todas ellas de los peores motes para el Libertador y de los mayores insultos, calumnias y falsas suposiciones. “Ex sacerdote,” “ex cristiano,” “ex hombre,” “Generalísimo capataz de salteadores y asesinos”; “Bachillerejo Costilla” y de mil otros modos se le llamaba, hasta por el *Zorro*, su primitivo apodo de estudiante. El tal doctor (él mismo lo decía) no era sino un miembro del Claustro universitario que “honras llamándolo *cuadrilla de ignorantes*.” “Te conocí antes—agrega un poco adelante en la carta primera— como un escolástico sombrío, taimado y sofista; orgulloso siempre cuando pisabas la arena literaria,” y en las demás cartas, llenas de vacua palabrería y de elogios a la obra de España en América, al conquistador Hernán Cortés y a la raza española, así como de apreciaciones denigrantes para la raza indígena, menciona todos los actos de Hidalgo, calificándolos de abominaciones. Entre septiembre y octubre aparecen asimismo una serie de *Diálogos Patrióticos*, de más seriedad y mejor escritos que *El Anti-Hidalgo*, también anónimos, aunque se achacaban al doctor Beristáin y Souza, fingidos entre Filopatro y Acerayo, y a veces entre el primero de estos personajes y Morós, quien habla del cura insurgente, en tercera persona. Publicáronse, además, papeles de otro género, en los que tratándose de hacerse entender del bajo pueblo, se usaba su lenguaje, mas pronto fueron suspendidos por su ineficacia. En cambio la musa popular, festiva y espontánea, traía de boca en boca, entre otros muchos, estos versos:

¿Quién al gachupín humilla?
 Costilla.
 ¿Quién al pobrísimo defiende?
 Allende.
 ¿Quién su libertad aclama?
 Aldama.
 Corre criollo que te llama,
 Y para más alentarte
 todos están de tu parte:
 Costilla, Allende y Aldama.

Y estos otros:

La libertad indiana
 toda se debe
 al invencible Hidalgo
 y al bravo Allende,
 en cuya azaña
 no tiene contraparte
 el gran Aldama.

Como era natural, recibía el Virrey muchas protestas de fidelidad de diversas corporaciones, especialmente de las repúblicas de indios que se obligaba a ello, como las de Chalco, Nopalucan y Tepeaca; las parcialidades de San Juan y Santiago de México; los indios de Querétaro y sus cercanías, y otros de diversas partes, logrando mantener sumisos a algunos, y los ayuntamientos de Veracruz y Tlaxcala, el primero condenando la insurrección, y el segundo, no conforme con recordar los servicios prestados a la Conquista por los antiguos tlaxcaltecas y declararse animado de la misma lealtad, entregó al Virrey dos emisarios de Hidalgo que habían ido a seducir a los indios de aquella región, llevando papeles subversivos ocultos en el hueco de unas cañas que les servían de bordones.

La lucha, pues, entre los dos bandos contendientes, *realistas* e *insurgentes*, se presentaba cruel y despiadada, a muerte y sin cuartel, como partidarios los primeros de la causa de la monarquía, de la subsistencia del coloniaje y adictos a la independencia los segundos, a la idea de emancipar la nueva, de la vieja España. Contaba el Virrey con unos doce mil hombres distribuidos en diversos puntos, tanto de tropa de línea como de milicias, cuya fidelidad era dudosa, pero que si no llegaba a faltar ésta, su escaso número podía compensarse con la superioridad de las armas, de la disciplina y del espíritu de obediencia; no así con recursos de España, que no podían venir porque bastante tenía qué hacer ella con los seiscientos mil hombres lanzados por Napoleón y que invadían la Península. Hidalgo arrastraba tras de sí a todo el pueblo, sin armas, sin orden, sin arreglo, pero animado por ansias de reivindicación y traído por los incentivos que ofrecen los movimientos eminentemente populares. Sostenía el partido español el respeto a un régimen antiguamente establecido, pero que los últimos sucesos lo habían debilitado mucho, y la falta de la persona del Rey hacía que no se tuviesen por legítimos los gobiernos formados para representarlo; la revolución tenía en su apoyo el espíritu de independencia, de largo tiempo incubado, y que en los dos años transcurridos desde la deposición de Iturrigaray, se había generalizado, sin que bastasen a sofocarlos todos los impresos y las medidas que el Virrey estaba prodigando. Uno y otro partido invocaban la religión, cuyas armas esgrimían la Inquisición y el alto clero, mas su fuerza se hallaba debilitada por la opinión general de que el uso que se hacía de aquéllas era ilegal, empleándolas en causa enteramente política; en tanto la masa del pueblo se sentía favorecida por el clero inferior que desplegaba toda la influencia ejercida directamente sobre ella y aun sus miembros tomaban parte en la lucha armada. El partido español, sostenido por todos los europeos y por un corto número de milites, americanos casi en su mayoría, invocaba principios que las circunstancias habían ido socavando de antemano; el partido del pueblo encontraba por todas partes una predisposición favorable y entusiasta.

• LI •

Querétaro y San Luis en actitud de defensa - Calleja se organiza - La revolución se propaga - La acción de Carrozas - El bajo clero propagandista y partidario del movimiento - Resuelve Hidalgo marchar a Valladolid - Las fuerzas de Jiménez y las de Aldama se reúnen - Avance del ejército insurgente en tierras de Michoacán - La intimación a la capital de la provincia - Entre parlamentarios - A las puertas de Valladolid

CUANDO EL CORONEL MANUEL DE FLON ocupaba Querétaro con las fuerzas cuyo mando el Virrey le había encomendado, la ciudad tenía largos días de hacer aprestos para su defensa. A raíz de la aprehensión de los conjurados, el Ayuntamiento convocó a los curas, prelados de las órdenes religiosas, vecinos principales y gobernadores de indios, y todos unánimemente ofrecieron sus personas, bienes y toda clase de arbitrios, secundando sus palabras con actos, y así pudieron aportar sobrados caudales, armar gente de las haciendas, construir armas y hasta cañones, traer la tropa que se encontraba en Sierra Gorda, hacer fosos y trincheras en las entradas. El alcalde de corte, Collado, instructor del proceso de los conjurados, temeroso de que los insurgentes atacaran Querétaro, había marchado a México en compañía del cura Gil, pero aprehendido por el rebelde Villagrán, lo hizo llevar a Huichapan, donde lo despojó de los papeles que llevaba y lo dió libre, dejándolo volver a Querétaro, a condición de que a su vez dejara en libertad al Corregidor y a la Corregidora, así como a los demás procesados, lo cual hizo, a excepción de Epigmenio González y su hermano, con gran disgusto del Virrey.

De los diversos emisarios que Hidalgo envió por distintas partes para propagar la revolución, Anacleto Moreno (familiarmente conocido por Cleto) y José de la Luz Gutiérrez, ambos de la hacienda de Santa Bárbara, fueron aprehendidos en Santa María del Río. José de la Luz trató de seducir al Regimiento de San Luis Potosí con ayuda del alférez Nicolás Zapata, y Cleto invitó a don Vicente Urbano Chávez a tomar parte en la sublevación. Chávez condujo a Cleto a hablar con su jefe don José Gabriel Armijo, quien procuró tomar de él una completa información sobre lo que se fraguaba en Dolores, y no satisfecho con las noticias le exigió una constancia por escrito, del Cura, para decidirse a tomar parte en la empresa. Anacleto ofreció traer lo que se le pedía; volvió trayendo la noticia de haber comenzado la revolución en la madrugada del 16 de septiembre y como constancia un papel firmado por uno de los encargados de cuidar la casa de Hidalgo.

Armijo y Chávez pusieron todo esto en conocimiento del subdelegado del pueblo, don Pedro García, y procedieron a aprehender a Moreno y a Gutiérrez, dando parte de lo ocurrido al capitán Pedro Meneso, al brigadier don Félix María Calleja, a quien el subdelegado García se dirigió también con fecha 22 de septiembre confirmándole los hechos y comunicándole otros acontecimientos que ya había dado a conocer asimismo al intendente Riaño, así como el golpe acabado de dar por una partida insurgente en San Luis de la Paz, seguido de la aprehensión del subdelegado de aquel partido.

La primera noticia del levantamiento en Dolores, la recibió Calleja en San Luis Potosí; para tomar mejores datos y estar un poco más cerca del teatro de los acontecimientos, se trasladó a la hacienda de Bledos, propiedad de su señora, con la que estaba recién casado, y allí mismo le llegaron las demás noticias. Ya bien informado, volvió a San Luis, y sin esperar órdenes del Virrey procedió a tomar activamente las medidas que las circunstancias exigían. Puso sobre las armas los regimientos de dragones provinciales de San Luis y San Carlos, y por circulares dirigidas a los pueblos y haciendas de su distrito, pidió toda la gente armada y montada que de cada punto pudiera sacarse. Esta empezó a llegar en gran número, con relativa prontitud, enviada por los ricos propietarios, a las órdenes de algunos de ellos o de sus principales dependientes, distinguiéndose entre todos el conde de San Mateo de Valparaíso y marqués del Jaral de Berrio, quien lejos de cumplir lo prometido a Hidalgo, no sólo puso a las órdenes de Calleja gran cantidad de gente que tenía a su servicio, sino que él mismo se dispuso a tomar el mando de ella. No habiendo en la brigada de San Luis ningún cuerpo de infantería, formó un batallón de esta arma con gente de la hacienda de Bocas y del pueblo del Venado; lo uniformó con prendas de gamuza, por lo que fué designado popularmente con el nombre de los *tamarindos*, y lo puso bajo el mando de don Juan Nepomuceno Oviedo, administrador de la hacienda mencionada. Careciendo de armamento para toda la gente que le presentaban, hizo volver a sus casas mucha de ella y con la que retuvo formó cuerpos de caballería, armados con lanzas y distribuídos en escuadrones. Además, dispuso el establecimiento de una fundición de cañones, de la que salieron luego cuatro piezas, quedando en actividad para fundir otras más.

Para organizar mejor el ejército que levantaba, salió Calleja a situarse en la hacienda de La Pila, inmediata a San Luis. Hizo colocar allí el retrato de Fernando VII bajo un dosel, ante el cual exigió de nuevo el juramento de fidelidad al soberano, y dirigió una proclama a las tropas, en la que poniéndolas al tanto de la revolución iniciada en Dolores, debida según él al influjo de Napoleón, las exhortaba a defender la religión, la ley y la patria, y les decía: “Vamos a disipar esa porción de bandidos que como una nube destructora asolan nuestro país, porque no han encontrado oposición. Yo estaré a vuestra cabeza, y partiré con vosotros la fatiga y los trabajos: sólo exijo de vosotros unión, confianza y hermandad. Contentos y gloriosos por haber restituido a nuestra patria la

paz y el sosiego, volveremos a nuestros hogares a disfrutar el honor que sólo está reservado a los valientes y leales.”

Para proveer a los gastos que estos preparativos y los eventos posteriores requerían, dispuso de los fondos de las cajas reales, que puso a su disposición el intendente don Manuel de Acevedo y ascendían a 382,000 pesos; mandó volver una conducta que caminaba para México, portando un tejo de oro y trescientas quince barras de plata; varios particulares le facilitaron sumas cuantiosas, y unos ricos mineros de Zacatecas que pasaron por San Luis rumbo a la costa, ansiosos de poner a salvo sus personas y caudales, le entregaron 225,000 pesos en reales, 2,800 de plata en pasta y noventa y cuatro barras del mismo metal, quintadas, en calidad de reintegro que en seguida les hizo el Virrey en la Capital.

Merced a esta abundancia de fondos, a su extraordinaria actividad y al influjo que ejercía en aquella provincia, pudo Calleja poner en pie de guerra un cuerpo de ejército, que ni al propio Venegas le fué dable levantar en los primeros momentos, para oponerle al torrente revolucionario. El Virrey le había avisado en 17 de septiembre que pasase inmediatamente a Querétaro, aunque fuera sólo con una escolta, siguiéndole sin tardanza los regimientos de San Luis y San Carlos, por haberse descubierto la conspiración de aquella ciudad, ignorante de que la revolución hubiera estallado en Dolores. Calleja, mejor informado, le manifestó que no le era posible apartarse de San Luis, porque acababa de descubrirse allí una conspiración tramada por algunos oficiales, los cuales tenían ofrecido a los insurgentes pasarse con los cuerpos a su mando, en la primera acción, descubrimiento debido a la fidelidad de un sargento y en el que un clérigo comprometido, se había quitado la vida; que además, unos pasquines fijados en las esquinas anunciaban una muy próxima explosión. Ofreció, sin embargo, al Virrey, reunirse con el conde de la Cadena, que marchaba a Querétaro, para seguir el plan que Venegas le proponía, ocupándose en tanto, de arreglar y disciplinar los cuerpos que estaba levantando, a lo que el Virrey no pudo menos que acceder.

Como la revolución se propagaba con velocidad por todas partes, a fin de resguardar bien la ciudad, cubrió Calleja con parte de sus fuerzas los caminos principales, y dentro de ella dejó setecientos hombres a las órdenes del comandante Toribio Cortina. Entre San Luis Potosí y Querétaro, estaban de parte de los insurgentes no sólo Dolores y San Miguel el Grande, sino San Felipe (el antiguo curato de Hidalgo), donde el principal agitador de la opinión en favor del movimiento rebelde, era el cura don Rafael Crespo, que no conforme con hacer prosélitos en la propia villa, había dirigido una circular a sus colegas los párrocos de aquella jurisdicción eclesiástica, instruyéndolos sobre la causa defendida por los criollos en masa y por la cual tenían jurado “morir o vencer,” a fin de que a su vez instruyeran al pueblo haciéndole ver que a ningún criollo que la siguiera le hacía daño el ejército insurgente, “ni en sus

personas ni en sus bienes,” sino que a todos los dejaba como estaban: “con los mismos comercios, las mismas leyes, el mismo arreglo, los mismos usos, las mismas iglesias y conventos, las mismas misas y culto de los santos, la misma veneración a ellos y a los sacerdotes; lo mismo que antes, menos que manden los gachupines. . .”

Seguía Calleja en su tarea de levantar fuerzas, y Flon en la suya igual, en Querétaro, cuando un grueso de insurgentes, de las avanzadas de Aldama, se acercó de improviso a esta ciudad por el camino de San Miguel. Flon destacó contra ellos seiscientos hombres al mando del capitán de las milicias de Sierra Gorda, Bernardo Tello, habilitado de sargento mayor, los que estando en la hacienda del Jofre el día 6 de octubre, supieron que los insurgentes se encontraban en un cercano puerto llamado Carrozas. Avanzaron sobre aquel punto, donde en efecto los encontraron en número de unos tres mil, ventajosamente situados, lo que hizo que la tropa realista se dispersara, no quedando sino ochenta hombres con sólo un oficial de apellido Linares; a esto contribuyó que comenzaba a anochecer y que un grupo de mujeres había embriagado a la tropa y la había despojado de unos cañones que se llevaron en triunfo a Querétaro la misma noche. Se creía aplazada la acción, cuando aprovechando esta circunstancia, el oficial Linares avanzó por sorpresa sobre los insurgentes, lo cual hizo que se rehiciese el cuerpo realista, trabándose una encarnizada lucha en la que los indios, “más bravos que los leones,” se abrazaban a las piezas de artillería que quedaron, para impedir que fueran cargadas y allí morían con la cabeza cercenada a machetazos por los realistas. Esta primera batalla campal librada entre insurgentes y realistas, no tuvo importancia ni trascendencia, ni fué victoria para ninguno de los dos bandos, aunque las pérdidas de vidas fueron mayores para el primero. Los realistas rindieron un parte mentiroso que publicó la *Gaceta del Gobierno de México*, haciendo aparecer la acción como un gran triunfo y con sólo la pérdida casual de un soldado. Los realistas hicieron gala de su crueldad ostentando como trofeo de guerra, sartas de orejas de los indios muertos, y Flon mandó publicar un bando prohibiendo que se hablase de la hazaña de las mujeres queretanas que habían embriagado a la tropa y robado la artillería. El mismo jefe, que desde que entró en Querétaro se había señalado por sus atropellos y vejaciones al clero, contrastando su conducta con la de los jefes insurgentes, que respetaban a los clérigos y las iglesias, que traían muchos capellanes en su ejército y le decían misa diariamente, obtuvo que los padres llamados *Apóstoles de Propaganda fide* hicieran una “misión extraordinaria,” la que llevaron a cabo con el mayor empeño, no limitándose a predicar a las tropas realistas, sino que salieron por las calles con coronas de espinas, sogas al cuello y crucifijos en las manos, alentando al pueblo a la guerra a muerte contra los rebeldes y predicándole ideas opuestas al espíritu cristiano. “Algunas personas timoratas—decía el fraile José Jimeno—creen hacer pecado deseando mal a los insurgentes, y yo, para seguridad de sus conciencias, les digo que no pecan ni aun haciéndoles todo el mal posible, porque lo hacen a los enemigos de Dios, del Rey y

de la Patria." Esto no impidió que en Querétaro, como en todas partes, los miembros del clero secular se erigieran en propagandistas del movimiento y que los frailes convirtieran los conventos en focos de conspiración.

Mientras obispos y el Santo Oficio lanzaban excomuniones y censuras en contra de la causa de la independencia, el bajo clero era partidario de ella y la ayudaba por todos los medios a su alcance. Es que la división que de antaño existía entre el alto y el bajo clero, pudo al fin manifestarse abiertamente. El alto clero, formado en su mayoría por españoles, gozaba de las mejores rentas y llevaba una vida ostentosa y regalada que lo conducía al relajamiento, en tanto el bajo clero (párrocos y capellanes), formado casi en su totalidad por criollos humildes y algunos mestizos e indios, vivía casi en la indigencia, relegados sus miembros a los lugares insalubres, pobres y despoblados, lo que, por efecto contrario, les hacía caer también en el relajamiento y emprender negocios mercantiles o usurarios, y vivir en pública barraganía con sus mujeres y sus hijos. En cambio, su íntimo contacto con el pueblo ínfimo, les procuraba un perfecto conocimiento de su miserable condición, moral y material, y una incontrastable influencia sobre él, explicándose así que al estallar la revolución, fueran muchos los eclesiásticos que con verdadero entusiasmo abrazaran su partido, en perspectiva de un posible mejoramiento de las clases abatidas.

Poco antes de su salida de Guanajuato, Hidalgo había estado colocado entre Calleja y el conde de la Cadena, quienes tal vez hubieran podido por un movimiento combinado, atacarlo y extinguir desde luego el primer brote de la revolución; pero ocupados uno y otro en organizarse, y desconocedores del grado de fuerza de los insurgentes, prefirieron aplazar sus planes. El Cura, por su parte, que tuvo el propósito de atacar al primero y que pudo muy bien haber ido a atacar al segundo a Querétaro, prefirió ponerse en marcha sobre Valladolid, seguro de que ninguno de los dos estaría por algún tiempo en condiciones de moverse. En la capital de la intendencia de Michoacán, propicia a sus proyectos por ser en ella de sobra conocido, estaba cierto de poder hacerse de mayores recursos de todo género, para acometer algo audaz y de mucha mayor trascendencia: el ataque a México, que ya fraguaba.

A la salida de Guanajuato díjose precisamente que la marcha era sobre Querétaro; pero a Jiménez, que avanzó hasta Celaya, donde se le recibió con un repique general, se le unió Aldama con las fuerzas que había recogido, y siguió para Valladolid por el rumbo de Acámbaro; e Hidalgo y Allende, una vez que bajaron a Irapuato siguieron a Salamanca, y de este punto tomaron hacia el Sur por Valle de Santiago y Salvatierra, para ir a salir a Acámbaro y continuar hacia el mismo término.

La señora Gómez de Larrondo, después de haber mandado el aviso a Hidalgo, de la aprehensión del Intendente de Michoacán, don Antonio Merino, el comandante de las armas García Conde, el conde de Casa Rul y la comitiva que los acompañaba, a la mañana del día siguiente los hizo mandar a San Miguel el Grande, conducidos por el torero

Luna, para entregarlos a Aldama. Escarnecidos y vejados en Acámbaro por el vecindario, en el camino lo siguieron siendo por cuantos los veían, y a poco por la gente de aquel jefe insurgente, que empezaron a encontrar en su avance hacia Celaya. A las seis de la tarde llegaron a legua y media de San Miguel, donde encontraron a Aldama, a la retaguardia de su ejército, y éste, tras de recibirlos con insolentes palabras, los hizo retroceder hasta Celaya, en la que entraron a las altas horas de la noche, continuando después, ya unidas las fuerzas del coronel Jiménez con las del flamante mariscal de campo, por Acámbaro, Zinapécuaro e Indaparapeo, donde se detuvieron en espera del ejército a cuya cabeza venían Hidalgo y Allende, que arribaron dos días después.

Desde que el Cura iba a la toma de Guanajuato, había comisionado al criollo Juan Carrasco, nativo de Acámbaro, para que acompañado de cien hombres pasase a este pueblo a aprehender a los europeos, lo que llevó a efecto con anuencia de los miembros del Ayuntamiento. Esto determinó que el lugar se declarase a favor de la insurrección y que fuera fácil el prendimiento de las autoridades de la provincia. Al paso de Hidalgo por allí con rumbo a Valladolid, hubo de felicitar a Carrasco y a la señora Gómez de Larrondo por su patriótica actitud, que la noble dama quiso extremar haciendo que su esposo don Juan Bautista Larrondo, su hermano José Antonio Gómez y algunos de sus empleados y peones, se afiliaran al ejército insurgente, sin arredrarle, en su entusiasmo, el hecho de comprometer bienestar, intereses y hasta la vida de seres queridos. Además, obtuvo más de tres mil pesos que consiguió del pósito de la población y de la casa de Recalde.

Mientras el Caudillo seguía su ruta a unirse con la otra parte de las huestes que lo esperaban para llegar juntos a su fin, Aldama, por órdenes suyas, había intimado rendición a Valladolid, desde Indaparapeo, en la madrugada del día 15, amenazando entrar "a sangre y fuego, en caso de resistencia."

Estuvo la ciudad preparándose para hacer resistencia, desde que se supo el levantamiento de Dolores. Se contaba con el Regimiento de Infantería Provincial, con algunas compañías que se comenzaron a levantar, y se dispuso fundir artillería bajo la dirección del obispo Abad Queipo, para lo que se bajó el esquilón mayor de la catedral; pero se tuvo conocimiento de la aprehensión del intendente Merino y el comandante García Conde, y de que la mayor parte de la oficialidad del regimiento estaba comprometida con la revolución desde la conspiración allí descubierta el año anterior; con el convencimiento, por otra parte, de la insuficiencia de los preparativos y de que no podía tenerse confianza en el pueblo, hubo el día 12 de octubre una junta de jefes y autoridades presidida por el intendente interino, asesor don Alonso de Terán, en la que quedó decidido hacer entrega de la ciudad. Al recibirse en la madrugada del día 15 la intimación de Aldama, dirigida al alcalde don Mariano Anzorena, se convocó otra junta de regidores, prelados y vecinos distinguidos (el intendente interino, el obispo, varios canónigos y

muchos europeos, ya habían huído a México), y después de darse cuenta con el documento, se nombraron tres parlamentarios: el canónigo don Sebastián de Betancourt y León, el regidor alférez real don Isidro Huarte y el capitán de dragones don José María Arancivia, quienes sin tardanza se encaminaron a Indaparapeo, a donde llegaron a las tres y media de la tarde. Recibidos por Aldama, manifestóles éste que no podía tratar con ellos y que debían esperar al Cura y a Allende, que no tardarían en llegar, pues ya estaban en Zinapécuaro. Lo único que hizo fué condescender con la súplica que le hicieron de enviar alguna tropa a Valladolid para contener al bajo pueblo que estaba muy alborotado, designando al coronel Rosales que con su vanguardia fué el primero en entrar en la ciudad el mismo día. Mandó inmediatamente un correo a Hidalgo, el cual volvió a las diez de la noche con la respuesta de que al día siguiente se verían. Mientras volvía el correo, el canónigo Betancourt había rogado a Aldama le permitiera ver a Merino, García Conde y Rul, lo que se le concedió, pero acompañado de Abasolo. Preguntó después a Aldama, qué pensaba hacer con estos reos y con todos los españoles, y el jefe insurgente le contestó:

—Separarlos del Reino y que se vayan.

—¿Dónde han de ir?— replicó el canónigo. Gran parte de la España está ocupada por los franceses. No tienen ya más patria que ésta.

—Pues que busquen otra, contestó el jefe, y agregó: Está vuesamerced, muy preocupado por los gachupines. Crea vuesamerced, señor Betancourt, que si mi padre viviera, a mi padre llevaría preso como a éstos.

A las diez de la mañana del día siguiente, después de repartir nueve mil pesos como haber de dos días, a sus tropas, montó Aldama a caballo para ir a recibir al Cura. Como a las once un repique anunció la llegada de Hidalgo a Indaparapeo, el que se encaminó directamente a la parroquia, alojándose a la salida, en la casa cural. Allí pasaron a entrevistarlo los parlamentarios venidos de Valladolid, de los que, el canónigo Betancourt, trató de hacerlo desistir de su empresa revolucionaria, ofreciéndole ir a México a implorar su perdón; y queriendo hablarle a solas para ver de persuadirlo, lo invitó a entrar en una alcoba inmediata, tomándolo de un brazo; mas apenas hizo este movimiento se vió cercado de espadas y trabucos. Reconvino a los soldados por su actitud, y éstos le respondieron con viveza que debían cuidar de la persona de su jefe. Pusieron fin al incidente el padre Balleza y otro clérigo, que se ofrecieron como fiadores del canónigo, pero a pesar de ello los soldados no se apartaron de la puerta y montaron guardia. En consecuencia, ya Betancourt no se atrevió a hablar a Hidalgo como lo había pensado. Todo se redujo a una agria disputa en la que se le hicieron duros cargos por haber ofrecido sobre lo señalado por el Virrey como precio a las cabezas de Hidalgo y Allende, dos mil pesos más y uno diario mientras él viviera, “al que cortase de la raíz la facción,” y por otros servicios prestados a la causa realista, disputa en la que el más exaltado fué Balleza. Aún pasó el canónigo otros momentos desagradables, habiendo tropezado, al atardecer, con un clérigo

nombrado Zamarripa, que portaba una chaqueta militar, azul, de vuelta encarnada, le dijo en tono de reconvención: “Padre, ¿por qué trae usted esa chaqueta?” —“Porque soy soldado y ando en la guerra,” le respondió dándose con la mano un fuerte golpe en el pecho. —“¿Y dice usted misa?” le interroga de nuevo. —“Sí señor”, —le contesta aún más airado, agregando: “Y con licencia de mi general, que es quien me manda, y no necesito de otra.” Lo que ponía de manifiesto la seria pugna entre el alto y el bajo clero. Por añadidura, Allende que oyó el altercado, reconvino a Betancourt, de modo tan acre y tan severo, que el canónigo quedó lleno de temor.

Poco después del toque de oración, los parlamentarios entraron a discutir con los jefes insurgentes. Empezaron los primeros por proponer que los templos, sacerdotes, monjas y colegios de niñas, fueran respetados, petición casi ociosa porque, salvo casos aislados, los insurgentes así lo venían haciendo. El canónigo Betancourt pidió en seguida de su cuenta, que no entraran las tropas de indios a la ciudad, proposición que desde luego fué considerada como insensata y que provocó muy serias disputas que acalararon sobre todo a Allende y al padre Balleza, quien volvió a tener duras expresiones para el proponente, siendo al fin rechazada de plano. Se acordó en cambio que, como se sospechaba que las calles de Valladolid pudieran estar minadas, los parlamentarios entrarían junto con los jefes y a caballo. Acto seguido, Jiménez partió con su gente, de avanzada.

A las cuatro de la mañana del día siguiente, 17, ya todo mundo estaba en pie y disponiéndose para la marcha. Hidalgo ordenó al canónigo Betancourt que dictara a su secretario don Valentín Aradilla, un oficio dirigido al jefe del Cabildo Eclesiástico, diciéndole que dispusiera su recibimiento para el mismo día entre once y doce de la mañana, pliego que fué enviado con un lego juanino que se brindó a ello. A las seis y media de la mañana se puso en marcha el grueso del ejército, el que con las avanzadas que lo precedieron y la gran cantidad de gente agregada desde la salida de Guanajuato, formaba a aquellas horas una formidable masa humana, provista de abundante tesoro, armas, parque y provisiones, y bien pagada, pues no sólo llevaba sus haberes al corriente, sino que se le adelantaba por tres y cuatro días, a razón de cuatro reales a los infantes y de un peso a los de caballería. Se hizo un ligero alto en el pueblo de Charo, y a mediodía llegaba el ejército a la garita del Zapote, disponiéndose para entrar en la ciudad.

• LII •

Entrada de Hidalgo a Valladolid - Nombramiento de autoridades - Forzados honores del Clero - Tumulto y saqueo - Recolección de caudales - Manifestaciones de la masa popular - Expedición del primer decreto, aboliendo la esclavitud - Aumento de fuerzas y recursos - Salida rumbo a México - El cura Morelos se presenta a Hidalgo - Aclamación de Hidalgo como Generalísimo, de Allende como Capitán General, y de otras promociones en Acámbaro - Gran revista de las tropas - Prosigue la marcha - Acontecimientos en Maravatío - López Rayón en escena - Diversos incidentes de la travesía

CON HIDALGO, ALLENDE, los jefes principales y los parlamentarios Arancivia y Huarte, a la cabeza, y todos a caballo, hizo su entrada el ejército en Valladolid, desfilando por la calle Real, profusamente adornada, en medio de un largo repique de campanas y del entusiasmo de las multitudes. Al pasar por el frente de la catedral, el Cura apeándose, quiso entrar a dar gracias; pero la encontró cerrada lo que le irritó sobremanera y la mandó abrir inmediatamente. Enterado de que el Cabildo había acordado no hacerle recibimiento ni demostración alguna, manifestó con dureza su desagrado contra los canónigos, haciéndoles decir que declararían vacantes todas las prebendas, excepto cuatro, y al fin hubo de calmarse con las excusas que a nombre de la corporación le presentaron los canónigos Betancourt, Silva y Michelena.

La entrada de las tropas se hizo con bastante orden, sin que éste fuera alterado por el pueblo. Sólo los presos García Conde, Merino, y Rul, que permanecieron más de hora y media en el centro de la plaza principal, mientras se les buscaba alojamiento, sufrieron toda clase de insultos de la multitud, hasta que se les llevó al Colegio de San Nicolás, donde el catedrático don Francisco Castañeda se propuso darles buen trato. Los demás presos españoles fueron internados en la cárcel municipal. Hidalgo se alojó de momento, en la casa de la señora Micaela Montes, a espaldas de catedral, pero luego fué invitado a hospedarse en la del canónigo Cortés.

El obispo electo Abad Queipo, el intendente interino, siete canónigos y casi todos los europeos, habían huído para México; mas no pudiendo seguir el camino directo porque por él venía Hidalgo con su gente, tomaron diversas direcciones. El Obispo y sus acompañantes lograron llegar a la Capital, pero el intendente asesor Terán, y los suyos, fueron detenidos en Huetamo por el cura de este pueblo que puso en alarma al vecindario, siendo de allí devueltos a Valladolid y puestos a la disposición del Caudillo, cuyo primer acto fué nombrar intendente a Anzorena y cubrir los empleos vacantes por la fuga de

unos españoles y destitución de otros. Al mismo tiempo que los fugitivos había huído también el teniente Agustín de Iturbide, rumbo a México, con setenta hombres de su regimiento que quisieron seguirlo.

Las planillas fijadas días antes en las puertas de los templos, conteniendo la exco-munióñ fulminada contra Hidalgo y sus compañeros, por Abad Queipo, habían desaparecido y desde el día anterior las substituían otras con un decreto del Gobernador de la Mitra anulando aquélla. Ocupaba este cargo, por ausencia del Obispo, el canónigo don Mariano Escandón y Llera, conde de Sierra Gorda, quien no obligado por el Cura, sino casi espontáneamente, daba a su amigo una prueba más del gran afecto que le tenía. El decreto se hizo circular por cordillera a todos los curas de la provincia para que lo leyesen en sus parroquias en el primer día festivo, contribuyendo así a debilitar las armas de la Iglesia empleadas a discreción por uno y otro partido.

El día 18 se celebró en catedral una misa de gracias para que asistieran a ella los jefes insurgentes; pero Hidalgo, aún resentido, se negó a concurrir, y envió a Allende en su representación. A la hora del Evangelio los jefes se tocaron los sombreros y desenhainaron las espadas.

Al terminar la misa, cantada a regañadientes por el canónigo Betancourt, se le presentó Abasolo seguido de un piquete de soldados y le mostró un oficio del Cura en el que le ordenaba acompañase a este jefe a los conventos de monjas, y colegios de educandas, para buscar los bienes de los europeos, que en ellos debían estar ocultos. Renuente y temeroso acompañó el canónigo a Abasolo a hacer aquella requisa, en la que no se obtuvo ningún resultado.

Ni el día de la entrada del ejército, ni al siguiente, había habido saqueo; el 19 en la mañana los indios se echaron tumultuosamente sobre las casas de algunos españoles prófugos, sacando cuanto en ellas había y rompiendo y destruyendo los adornos y pinturas que no podían llevarse. Allende hizo los mayores esfuerzos para contener el desorden y aun mandó disparar un cañón que causó muertes o heridas a muchas personas. Eso sosegó el tumulto; pero estuvo a punto de reanudarse, porque habiendo muerto algunos soldados por los excesos que cometían comiendo y bebiendo cuanto encontraban, corrió la voz de que el aguardiente sacado de una tienda, estaba envenenado. Para demostrar que aquello era falso, el mismo Allende bebió de él, a la vista de todos, con lo que se calmó la gente. Ello no fué óbice para que momentos después este jefe tratara de obligar al canónigo Betancourt a que tomase del propio vino, sosteniendo lo contrario, al encontrarse reunidos a la hora de comer, con Hidalgo, quien había invitado al canónigo a sentarse a su mesa.

Dirigió el Cura ese día un oficio al Cabildo en el que le ordenaba se pusieran a su disposición las llaves de la Clavería, con una relación jurada de los caudales que se hubieran introducido, tanto de las cajas y rentas reales, como de los particulares de la

ciudad, y un pormenor de los fondos de la Catedral, advirtiendo a los señores claveros que se les haría inmediatamente responsables de la más ligera ocultación de fondos que se averiguara. Tras esta nota, mandó asestar un cañón al propio templo y rodearlo de gente armada al mando de Aldama, quien en persona entró a la Clavería donde sin ninguna otra violencia le fueron entregados cuatrocientos siete mil pesos, por un canónigo y otro caballero que allí estaba, cantidad que a su vez entregó de orden del jefe de la revolución, al tesorero del ejército, don Mariano Hidalgo.

Empezaba la chusma popular a tener sus manifestaciones en favor de la causa de la independencia y sus caudillos. En los puntos por ellos recorridos, aparecían versos ingenuos y espontáneos, hechos para recitarse o cantarse, y en Valladolid circularon los primeros, unos hechos allí y otros llevados por los mismos insurgentes. Un romance loaba la entrada de Hidalgo:

Hoy Valladolid gozoso
reconoce sus ventajas.
Ha llegado un gran Señor
que no se duerme en las pajas.

.....
Su entrada se llegó a ver
en mil ochocientos diez,
a diez y siete del mes
de octubre. Se debe *crear*.
Antes de entrar mandó hacer
la cárcel se hiciera rajás,
cepos, ventanas, cerrajas,
y todos los presos fuera.
Valladolid en esta espera
reconoce sus ventajas.

.....
mas si en la fe te aventajas,
digamos viva María
y viva el jefe en el día
que no se duerme en las pajas.

Otro romance apostrofaba al prófugo asesor, que había sido implacable con los conspiradores de 1809, y cuya residencia acababa de ser saqueada.

Qué pensaba el Asesor,
que para él no había justicia;
por depravada malicia
ha de pagar con rigor.

Y de trecho en trecho se repetían cada uno de los versos de esta cuarteta, a manera de estribillo:

Una décima era únicamente en loanza de Hidalgo:

Llegó la espada famosa
desta América deseada,
con la muy heroica entrada
de su Excelencia piadosa.
Y esta ciudad que gustosa
vivirá ya con sosiego,
tendrá gusto y desde luego.
En fin enjugará el llanto,
que un varón que mira tanto
no dará palo de ciego.

Una copla ensalzaba a los tres principales jefes:

La libertad indiana
toda se debe
al invencible Hidalgo,
al bravo Allende,
en cuya hazaña
no tiene contraparte
el gran Aldama.

Decidido Hidalgo a aprovechar las circunstancias militares que le eran propicias para marchar sobre la capital del Reino, dispuso la salida para el día siguiente; pero el mismo día 19 mandó a Anzorena publicar por bando un trascendental decreto aboliendo la esclavitud, el pago de tributos y otras gabelas impuestas a las castas. “En puntual cumplimiento de las sabias disposiciones del Exmo. Sor. Capitán General de la Nación Americana Dr. (sic) D. Miguel de Hidalgo y Costilla, de que debe ésta rendirle las más expresivas gracias por tan Singulares Beneficios —decía el principio y parte principal del decreto— prevengo a todos los dueños de Esclavos y Esclavas, que luego inmediatamente que llegue a su noticia esta plausible Superior Orden, los pongan en libertad, otorgándoles las necesarias escrituras de atalahorria con las inserciones acostumbradas, para que puedan tratar y contratar, comparecer en juicio, otorgar testamentos, codicilos y ejecutar las demás cosas que ejecutan y hacen las personas libres; y no lo haciendo así los citados dueños de Esclavos y Esclavas, sufrirán irremisiblemente la pena Capital y confiscación de todos sus bienes. Bajo la misma que igualmente se impone, no comprarán en lo sucesivo, ni venderán, Esclavo alguno; ni los Escribanos, ya sean del número o Reales, extenderán escrituras concernientes a este género de contratos, pena de suspensión de oficio y confiscación de bienes, por no exigirlo la humanidad ni dictarlo la misericordia.” En su parte final, el documento prevenía que si no cesaba el saqueo, sus autores serían inmediatamente colgados, para lo que estaban preparadas cuatro horcas en la Plaza Mayor.

Como Hidalgo lo esperaba, la toma pacífica de Valladolid le produjo un muy considerable aumento de fuerzas y recursos. Había llegado con cincuenta mil hombres, y

ahora contaba con cosa de ochenta mil. Uniósele allí el Regimiento de Infantería Provincial, compuesto de dos batallones; ocho compañías de infantería que de nuevo se habían levantado, y todo el Regimiento de Dragones de Michoacán, más conocido con el nombre "de Pátzcuaro," población de su residencia, de donde se le hizo venir. Los fondos obtenidos, tanto de las arcas del clero, como de procedencia particular, ascendieron a setecientos mil pesos. Ya aquí manifestó francamente Hidalgo no ser de su agrado se siguiese mencionando el nombre de Fernando VII, por lo que extrañado Allende manifestó su inconformidad y hasta fué a quejarse con los prebendados Michelena y Zarco.

El día 20 como a las diez de la mañana comenzaron a salir de la ciudad las tropas, habiendo marchado antes el Cura con los dragones y algunos soldados más; el Regimiento de Valladolid salió en seguida, y como a las tres de la tarde Allende con más fuerzas, después de contener el saqueo que se había reanudado. Sólo quedó Aldama, que no salió sino hasta las seis de la tarde resguardando los caudales. Entre el ejército iba una gran impedimenta conducida con infinidad de mulas cargadas con fardos, envoltorios, baúles y cajas, debidamente escoltada. Bien resguardados marcharon también los españoles prisioneros, entre los que se contaban García Conde, Merino, y Rul.

Pasaba Hidalgo por Charo, distante de Valladolid apenas cuatro leguas, cuando lo alcanzó el cura de Carácuaro don José María Morelos y Pavón. Enterado este clérigo por el dueño de una hacienda cercana a su curato, del levantamiento del antiguo rector del Colegio de San Nicolás, se encaminó a Valladolid con objeto de entrevistarle; pero como el Caudillo acababa de salir de la ciudad dejándola por suya, Morelos siguió sin detenerse hasta darle alcance en aquel pueblo. Unido a él, continuaron hasta Indaparapeo, dos leguas adelante, donde rindió jornada. Allí Hidalgo le expuso los motivos que lo animaban y que no eran otros que los de pretender la independencia de la Nueva España, aspiración de todos los americanos, especialmente en aquellos momentos, ya que la ausencia del Rey; cautivo en Francia, les proporcionaba la mejor de las oportunidades. En seguida lo comisionó para que revolucionara en el sur del país, dándole instrucciones verbales y extendiéndole un nombramiento en estos términos: "Por la presente comisiono en toda forma a mi lugarteniente el Br. D. José María Morelos, Cura de Carácuaro, para que en la costa del Sur levante tropas, procediendo con arreglo a las instrucciones verbales que le he comunicado." Las instrucciones fueron que por todos los lugares que pasara depusiese los gobiernos, encargándolos a individuos no europeos; que requisara armas en todas partes, que embargara los bienes de los españoles, "para fomento y pago de tropas"; que se propusiese como mira principal tomar el puerto de Acapulco; y, por último, que los europeos deberían ser aprehendidos, dando lugar a los casados de reunirse con sus familias, para embarcarlos a España o confinarlos en alguna isla destinada al efecto.

Era Morelos de mediana estatura, grueso de cuerpo, amulatado y de facciones enérgicas, a las que daban mayor realce dos berrugas en la mejilla izquierda y los ojos de penetrante

mirada, sombreados por tupidas cejas. Nacido en Valladolid el 30 de septiembre de 1765, fueron sus padres don Manuel Morelos y doña Juana Pavón, de los que también hubo una hija, Antonia. Aunque su padre había sido carpintero y su abuelo materno maestro de escuela, después de vivir catorce años en el lugar de su origen, se fué a trabajar en labores de campo a la hacienda de Tahuejo, de la jurisdicción de Apatzingán, donde permaneció once años. En todo el tiempo transcurrido entre su vida en Valladolid y su estancia en la hacienda, debe haber recibido alguna instrucción, superior a la impartida entonces a la clase humilde, pues al volver a su ciudad natal en 1790, ingresó luego en el Colegio de San Nicolás, donde estudió dos años, pasando al Seminario Tridentino el 18 de octubre de 1792, deseoso de aprovechar la ocasional urgencia que había de formar un numeroso cuerpo de curas para los lugares pequeños y apartados, y emprendió la carrera eclesiástica en cursos de los llamados cortos. En San Nicolás alcanzó de rector y catedrático a Hidalgo, que aún no se le mandaba a Colima, pero no fué su maestro. En cambio lo fueron entre este colegio y el Seminario, el doctor don Jacinto Moreno y don José María Alzate, de gramática; el licenciado don Vicente Peña, de filosofía, y el licenciado don José María Pisa, de moral. Recibió el grado de Bachiller en Artes el 28 de abril de 1795 en la Universidad de México. El 13 y el 19 de diciembre del propio año, respectivamente, le fueron concedidas las primeras órdenes y las órdenes mayores eclesiásticas. A principios del año siguiente, viéndose en dificultades para mantener a su madre y a su hermana, tuvo que aceptar el cargo de profesor de Gramática y Retórica que el cura de Uruapan, bachiller don Nicolás Santiago de Herrera, le ofreció para que instruyese a los niños aprovechados que debían pasar a las escuelas superiores. El 1º de septiembre del mismo año obtuvo el diaconado, y el 21 de diciembre de 1797, el presbiterado. Hecha su práctica como vicario durante dos años, ocupó sucesivamente los curatos de Churumuco, Urecho y Carácuaro, este último servido desde principios de marzo de 1799, con residencia en Nacupétaro. No había sido un escolar sobresaliente, pero mereció elogios de sus maestros; a pesar de sus escasos estudios, era un clérigo que no podía confundirse con el común de sus iletrados colegas; como cura de aldea, hubo de aceptar sus situaciones con humildad y entereza de ánimo. Soportó en las primeras parroquias pobrezas extremas y rigores de climas, a los que su anciana madre no pudo sobrevivir, y debido a su falta de relaciones e influencias, no consiguió pasar a Carácuaro, sino después de acaecida aquella catástrofe. En este último curato, cuando fué necesario emprender unas obras en la iglesia parroquial, trabajó personalmente al lado de los operarios.

Al reconocerse el ex rector y el ex alumno de San Nicolás, Hidalgo presintió en Morelos un gran espíritu, un ser de valor desmedido, un excepcional hombre de acción, y amplió sus instrucciones verbales haciéndole indicaciones respecto a la organización del futuro gobierno emanado de la revolución, plan que ya venía fraguando en su mente.

Se despidieron los dos, y mientras el cura de Carácuaro volvía al Sur, dirigiéndose días después rumbo a la costa con un grupo de hombres armados, Hidalgo, después de pernoctar en Indaparapeo, siguió a Zinapécuaro, donde hizo alto hacia mediodía; reanudada la marcha, las fuerzas empezaron a entrar de nuevo en Acámbaro antes de anochecer.

A las primeras horas de la mañana del día siguiente, 22, se encontraban reunidos en la alongada plaza principal todos los jefes, los que en funciones de consejo hicieron diversas promociones en vista del avance sobre la capital y del diario aumento del ejército. Este habría de dividirse en regimientos de mil hombres; todo el que presentase igual número de gente, se le concedería el grado de coronel con sueldo de tres pesos diarios, dejándolo en libertad de nombrar sus oficiales; igual sueldo disfrutarían los capitanes de caballería, un peso diario los soldados montados y cuatro reales los de a pie; en lo sucesivo todos los nombramientos deberían ser hechos por Hidalgo y Allende. En seguida fueron aclamados Hidalgo, Generalísimo, y Allende, Capitán General; Jiménez, Juan José Díaz, Balleza, y Arias (el mismo denunciante de la conspiración de Querétaro), fueron promovidos a tenientes generales; Abasolo, Joaquín de Ocón, José María Arancivia y los hermanos Ignacio y José Antonio Martínez, a mariscales de campo. Aldama había quedado sin ascenso; mas haciéndolo notar Ignacio Martínez, Hidalgo, que por varias razones empezaba a mostrarse descontento de él, accedió de mala manera a designarlo teniente general. Al licenciado José María Chico lo nombró aquí Ministro de Policía y Buen Gobierno, "con quien deberán entenderse las representaciones, agenas a lo militar," explicaba el nombramiento, que venía a ser como Ministro de Gobernación. A continuación, vestido el cura con un uniforme de casaca azul con collarín, vueltas y solapas de color rojo, bordados de oro y plata, tahalí negro también bordado y al pecho una placa de oro con la Virgen de Guadalupe; Allende, de chaqueta azul con vuelta y solapa encarnadas, collarín, galones de plata, cordones en las hombreras dando vuelta por debajo de los brazos, y borlas colgantes hasta los muslos; este mismo uniforme los tenientes generales, los mariscales de campo y los brigadieres, distinguiéndose por las insignias, que como las del resto de los oficiales insurgentes eran parecidas a las del ejército realista, se dirigieron a la parroquia donde se festejó el acto con tedéum, repiques y salvas de artillería. Por último salieron a orillas del pueblo, y en el campo cercano al río Lerma pasaron revista a las tropas, ya divididas en cuerpos de a mil, dándoles a conocer los nuevos grados de sus jefes, excepto el de Aldama, para lo que éstos se situaron sobre el viejo y único puente. Servía de fondo a este escenario donde se congregaba aquella masa humana, el caserío coronado de cúpulas y campanarios, y el enhiesto cerro de San Francisco que parece venirse sobre el poblado.

El ejército, ya con alguna organización que no había tenido hasta entonces, partió al otro día tomando hacia el Oriente. Marchaba ahora por otro camino también frecuentado por Hidalgo en sus viajes a México o cuando iba a Tejupilco, el pueblo natal de su padre.

La ruta toda estaba de su parte, como que partidas adictas se habían apoderado de antemano, de los pueblos y puntos comarcanos por donde tenían que pasar. En la primera jornada de cuatro leguas, cruzan por el pueblecillo de Tarandacuao, y tras otra jornada de tres leguas más, llegan por la tarde a Maravatío. El paso de Hidalgo por aquí, se singulariza por tres hechos señalados. No bien acaba de aposentarse en una casa del único portal fronterero a la plaza, cuando se le presenta un hombre de muy buen porte, frisando en los cuarenta años. Era el licenciado Ignacio López Rayón, nativo de la cercana Tlalpujahuá, que sobre los estudios literarios hechos en el Colegio de San Nicolás, de Valladolid, había seguido los de jurisprudencia en el de San Ildefonso, de México. Resuelto a abrazar la causa de la independencia a la que ya había prestado servicios en Tlalpujahuá, sacrificando una brillante posición social, ofrece sus servicios al Cura, quien lo toma luego por su secretario. Su primera ocupación fué redactar un comunicado dirigido a algunas autoridades y firmado por el Generalísimo, convocando a los jefes y oficiales insurgentes que operaban ya en muchas partes, a una junta que tendría por objeto “reglamentar la revolución” y dando a conocer, al final, los nombramientos acabados de hacer en Acámbaro. Poco después descansaba Hidalgo sentado en una banca bajo el portal, acompañado de Allende y de su Estado Mayor, cuando fué sorprendido por una partida audaz de realistas, que a favor de la relativa distancia a que habían quedado acampadas las tropas, se echó sobre el grupo. Rápidos el Caudillo y los jefes, refugiáronse en la casa, donde cerrado el zahuán, sobre el que cayó una lluvia de balas, pudieron defenderse sin sufrir daño alguno. Puesto el ejército en marcha al día siguiente, a poco de caminar se creyó descubrir a la partida del día anterior sobre una loma inmediata, lo que produjo alarma y provocó un avance de la columna, desviándose, por momentos, del camino; mas los ánimos se calmaron al enterarse de que eran dos españoles que venían escapados de una hacienda, los que fueron detenidos y apresados. En todo este tiempo, Balleza había hecho amarrar a García Conde, Rul, y Merino, a los cuales custodiaba, temeroso de que pudieran escaparse; pero pasada la alarma, hubo de ordenar que fueran desatados y que siguieran en el coche en que se les conducía.

Siguió el ejército durante tres días a través de las haciendas de Pateo, Tepetongo y Jordana, y de la aldea de San Felipe del Obraje hasta dar en el pueblo de Ixtlahuaca, sin más novedad, que estando a cuatro leguas del penúltimo de estos puntos, ocupado por el teniente Agustín de Iturbide con treinta y seis infantes, mandó Hidalgo ofrecerle la banda de teniente general, que no fué aceptada por este jefe realista escapado de Valladolid, quien optó por hacer una nueva retirada. El Cura, una vez dentro de San Felipe, lo alcanzaron las piezas de artillería hechas en la fundición de cañones, de Guanajuato, y recibió noticias por los conductores de ellas, de que Calleja y el conde del Jaral habían ya pasado por Dolores y venían en su busca. Al paso del ejército por los poblados, se engrosaban sus filas y se recibía al Caudillo en medio de aclamaciones

entusiastas y alegres repiques de campanas; desaparecían de las puertas de las iglesias los edictos de los obispos, arrancábanse de las paredes los bandos de las autoridades, y los españoles y cuantos simpatizaban con ellos, huían despavoridos.

En Ixtlahuaca, justamente, se hizo al Generalísimo uno de los recibimientos más sonados, aunque seguido de un enojoso incidente. El cura del lugar lo introdujo bajo palio, con cruz, ciriales y ministros revestidos, en medio de repiques. Pero como aguafiestas el intruso cura del cercano pueblo de Xocotitlán, doctor José Ignacio Muñiz, llegó de improviso y quiso ser el primero en presentarle, juntos, el edicto del Arzobispo de México, el del Obispo de Valladolid y el de la Inquisición, lo que llenó de ira no sólo a Hidalgo, sino a la comitiva de clérigos y frailes que lo acompañaban, los que se pusieron a romperlos y pisotearlos, mientras con grandes y airadas voces exclamaban: “¡Cuarenta excomuniones que el Tribunal fulmine entre nosotros viene quien las absuelva!” En esos momentos empezaron a llegar las tropas, y los soldados mismos, enterados del incidente, profirieron algunas expresiones en contra del Santo Oficio, diciendo que antes sería santo y digno de respeto; pero que en el día era de lo más despreciable del mundo, por estar compuesto de unos gachupines ignorantes. Los soldados pudieron a su vez desahogar su enojo rompiendo un edicto que estaba fijado en la puerta del Juzgado, y no faltó quien asegurara que Hidalgo había dicho que el día 2 de noviembre estaría en México, donde contaba con no menos de cuarenta mil afiliados más; que iría directamente al Palacio virreinal; su primera visita sería a la Catedral y en seguida pasaría a la Inquisición, donde pediría su causa y demostraría que no era hereje; por último, declararía: “Ni inquisidor gachupín, ni arzobispo gachupín, ni virrey gachupín, ni rey gachupín, ni santo gachupín.” El cura de Xocotitlán desapareció, sin que nadie se diera cuenta de ello, antes de que se le hiciese objeto de cualquier represalia.

Entre una y dos de la tarde se volvieron a echar a vuelo las campanas, y por la tarde se cantó el tedéum, con exposición del Santísimo.

Aún hubo dos incidentes más, si bien pequeños. Uno de ellos fué, que los soldados mataron unos bueyes de labor, y enterados Hidalgo y Allende, prohibieron de manera terminante se volviese a hacer aquello, “por el perjuicio que resultaría a la agricultura.” El otro, que habiéndose presentado al Caudillo el cura de Xiquipinco, Francisco Soria, pidiéndole pasaportes para unos españoles que tenía ocultos, y una escolta de lanceros para poder dar sepultura a tres cadáveres que había visto en el camino, Hidalgo accedió a una y otra cosa; pero unos indios de las tropas rompieron el coche del cura Soria, apedreándolo, y le gritaron “alcahuete de gachupines.”

Al día siguiente, 28 de octubre, por ser festivo, como que era domingo, desde la madrugada se dijeron misas a las fuerzas en los corredores de la casa cural y en los portales de la plaza, ayudados los padres de la parroquia por los capellanes insurgentes. Terminadas las misas, todavía bien temprano empezó a salir el ejército para Toluca, distante de allí nueve leguas, habiendo marchado Mariano Jiménez, como de costumbre, a la vanguardia.

• LIII •

Movimientos del conde de la Cadena y del brigadier Calleja - El coronel Trujillo marcha al encuentro de Hidalgo - El ejército insurgente en Toluca - Las fuerzas realistas y las insurgentes buscan el contacto - Frente a frente - Batalla del Monte de las Cruces - Triunfo de los independientes - A las puertas de la ciudad de México

AL PROPIO TIEMPO QUE HIDALGO había emprendido su marcha sobre la Capital, el conde de la Cadena, y Flon, de acuerdo con Calleja se pusieron en movimiento, dejando Querétaro, con intenciones de reunirse en Dolores, ya que el otro jefe avanzaría, a su vez, hacia el Sur, maniobra que por parte del primero era militarmente inexplicable. Salió Flon el 22 de octubre, cuando el Cura se encontraba con sus huestes en Acámbaro, es decir, a un paso; pero antes dirigió a los habitantes de aquella ciudad una proclama que ponía de manifiesto el carácter del hombre y el género de guerra que se proponía hacer. “El Conde de la Cadena, comandante en jefe de la primera división del ejército de S. M. el Sr. D. Fernando VII (Q. D. G.), destinado por el Exmo. Sr. Virrey para aniquilar la gavilla de ladrones que han reunido los dos monstruos americanos, cura de Dolores y Allende,” empezaba diciendo el documento. Y terminaba de esta manera: “dejo la ciudad confiada a vosotros y a la guarnición valiente que os queda. Vosotros habéis de ser también los defensores; pero si contra mi modo de pensar sucediese lo contrario, volveré como un rayo sobre ella; quitaré a sus individuos y haré correr arroyos de sangre por las calles.” Amenazas en que fué pródigo, y lo que es peor excediéndose en sus promesas.

A su paso por San Miguel, dispuso que sus soldados saqueasen las casas del coronel De la Canal, de Allende y de Aldama; el primero se había puesto a salvo yéndose a Guanajuato, con lo que dió mayor peso a las sospechas que se tenían de que a su debilidad o a su connivencia con los insurgentes se debía la defección del Regimiento de la Reina; los parientes de los segundos habían ido a reunirse con ellos, muy principalmente el licenciado don Ignacio de Aldama.

Calleja dejó su campamento de la hacienda de La Pila el 24, y para asegurar mejor la tranquilidad en San Luis Potosí, puso presos en el convento del Carmen a varios individuos que le eran sospechosos; estableció una junta de seguridad, con facultades concedidas por

el Virrey para castigar hasta con la pena de muerte, y dejó una competente guarnición en la ciudad, llevándose él una fuerza compuesta de cosa de tres mil hombres de caballería, seiscientos infantes y cuatro cañones. El 28 se reunió con Flon en Dolores; fusionaron las fuerzas, a las que se dió el nombre de "Ejército de operaciones sobre los insurgentes," con un total de seis a siete mil hombres y ocho cañones, y tomó Calleja el mando en jefe, que le correspondía por su graduación, quedando el conde de la Cadena como segundo.

En Dolores se entregó al pillaje la casa de Hidalgo y sus obradores, así como las de otros insurgentes convirtiéndolas todas en cuarteles, como se había hecho en San Miguel con las de los otros jefes de la revolución. Calleja en persona destruyó varios objetos y con el bastón rompió los frascos donde el Cura guardaba muestras de capullos de seda; se dejó morir el enjambre de abejas; se convirtió en cuartel, ocupándola después sucesivamente los beligerantes que llegaban al pueblo, y de la biblioteca sólo quedaron ochenta y siete libros que ya nadie se quiso llevar. No sólo la casa de Hidalgo, sino la población toda fué saqueada, y en prueba de su hazaña, como acto de piedad, Calleja dejó su bastón a los pies de la Purísima en la iglesia del Tercer Orden. Así, estos jefes realistas que en sus respectivas proclamas llamaron ladrones y bandidos a los defensores de la independencia, que se presentaban como protectores de la propiedad y del orden, que obedecían al gobierno establecido y que tenían a su disposición fondos cuantiosos para sostener sus tropas, cayeron en el error, desde el primer momento, de practicar lo que condenaban, permitiendo y aun excitando a su gente al saqueo de las casas de sus enemigos. La única disculpa de este comportamiento estaba en que encontraban por todas partes rastros de los saqueos de los insurgentes.

Con anticipación a estos acontecimientos, las hermanas de Hidalgo se habían refugiado en casa del cura de San Miguel, de donde enviaron un aviso a su tío don José Vicente Ramos, a Numarán, y él mandó luego por ellas; mas no logrando llegar hasta allá, por temor de correr algún peligro, hubieron de quedarse con su hermano Juan, en Pénjamo, donde tenía establecido un comercio y vivía con sus hijos.

Cuando el Ayuntamiento de Guanajuato se enteró de que el conde de la Cadena estaba en San Miguel, mandó una comisión de dos regidores a invitarlo a nombre de la misma corporación, del clero y de algunos vecinos, a que entrase en aquella ciudad, indicándole que debía tomar precauciones para evitar cualquiera oposición de la gente del pueblo, no obstante ser poco temible por estar desarmada; pero cuando la comisión llegó, ya Flon se había unido a Calleja, y ambos estaban en marcha para Querétaro, en donde entraron el 1º de noviembre, después de haber atravesado sin la menor resistencia toda la provincia de Guanajuato.

Querétaro había sufrido entretanto un ataque, dos días antes, el 30 de octubre. El administrador de la hacienda de San Nicolás, de los agustinos de Michoacán, Miguel Sánchez, con la gente de campo de la misma finca agrícola dió la voz por la insurrección,

empezando por tomar Huichapan y, los pueblos circunvecinos, y ocupó también, aunque de modo pasajero, San Juan del Río. Uniósele el capitán de la compañía de milicias de Huichapan, Julián Villagrán, arriero acomodado, cuyo ramo era considerable en el rumbo, y el hijo de éste, Francisco, llamado Chito. Villagrán en sus correrías sobre el camino de México, era el que había aprehendido al alcalde de corte, Collado, cuando iba de Querétaro a la Capital. Miguel Sánchez, aprovechando la oportunidad que se le presentaba intentó apoderarse de Querétaro, pero fué rechazado con pérdida considerable, pues la corta guarnición supo defender la plaza con denuedo. En el parte que rindió al Virrey el coronel Ignacio García Rebollo, comandante de ella, hizo especial mención del celo y la actividad con que el corregidor Domínguez contribuyó a la defensa con sus acertadas providencias.

Calleja, una vez reunido con Flon, se había propuesto dirigirse desde Dolores, por Celaya y Acámbaro al valle de Toluca, con el objeto de atacar a Hidalgo, sabiendo que ya iba sobre la Capital; pero avisado por García Rebollo de que Querétaro estaba siendo atacada, se encaminó violentamente a ella, adelantando, para socorrerla, una columna de mil trescientos hombres de caballería, a las órdenes del coronel Manuel Pastor. A su llegada con el grueso del ejército el 1º de noviembre, después de tiempo, recibió comunicaciones del Virrey, en que pintándole el estado crítico en que se hallaba la Capital, le ordenaba marcharse prontamente en su auxilio. A su tránsito por San Juan del Río con motivo de haber auxiliado algunos vecinos a los insurgentes que acababan de salir de este lugar, publicó un bando en el que tras de echarles en cara su delito, deseando dar una prueba de benignidad del Gobierno, les concedía perdón en nombre del Virrey, con tal que entregasen a los principales jefes y presentasen dentro de seis horas las armas de que dispusiesen, incluso los cuchillos y machetes, intimándolos en caso de no hacerlo, a ser ejecutados en masa y el pueblo reducido a cenizas.

Al mismo tiempo el Virrey había destacado para que observase los movimientos del Cura, y si fuese posible lo detuviese, al teniente coronel Torcuato Trujillo, que vino con él de España, poniendo a sus órdenes el Regimiento de Infantería Provincial de Tres Villas, compuesto de dos batallones con un total de ochocientos hombres, al mando de su mayor José de Mendívil, natural de Veracruz, y algunos dragones de España. La salida de este ejército se anunció en México por medio de carteles impresos, fijados en las esquinas en los que recomendaba también a la ciudad el orden y la tranquilidad públicos. El teniente Agustín de Iturbide solicitó ser empleado de esta brigada y se incorporó a ella acompañando a su jefe. Trujillo marchó a Toluca, de donde mandó luego una avanzada que situó en el puente de don Bernabé, sobre el río Grande o Lerma saliendo él con sus tropas el día 27 de octubre para atacar a Hidalgo en Ixtlahuaca; pero en el camino se encontró con la gente de su avanzada, que había abandonado el puente y venía en fuga, por lo que se enteró de que Hidalgo se adelantaba con todas sus

fuerzas. Contramarchó entonces sobre el camino de México y tomó posiciones a orillas del mismo río Grande, en la parte de arriba cercana a la pequeña población de Lerma, mandando abrir una cortadura y levantar un parapeto, para poder sostenerse con su poca gente en el puente que llevaba el nombre del mismo poblado. No avistándose los insurgentes el día 28, Trujillo presumió que se dirigían al puente de Atengo, situado unas leguas más arriba, con el fin de pasar por allí el río y envolverlo por la espalda. Destacó entonces alguna fuerza para defender aquel punto, y dió orden al subdelegado de Tianguistengo de que cortase aquel puente, lo que no se ejecutó con puntualidad.

Hidalgo salió de Ixtlahuaca y apenas hizo una parada a medias de la ruta, siguiendo a continuación su camino. Penetró al valle de Toluca, el más elevado de la Mesa Central, como que alcanza alturas de más de dos mil metros y se corona con el volcán nevado Xinantécatl, y a la caída de la tarde hizo su entrada en Toluca, siendo recibido bajo palio y en medio de repiques y aclamaciones. Habían redactado él y Allende una nota de intimación a la plaza; mas evacuada ésta por Trujillo, ya no hubo necesidad de hacer efectivo, de mandar el escrito, que quedó inédito. Se pasó allí la noche y en la mañana muy temprano se dió orden de marchar en seguimiento de Trujillo. Salió todo el ejército y sólo quedaron atrás, para salir poco después, el padre Balleza con un pelotón resguardando a los prisioneros García Conde, Merino, y Rul. El pueblo empezó a saquear la casa de un europeo; trataron los soldados de reprimir el acto y fueron acosados por la multitud y obligados a encerrarse en el cementerio de la parroquia. Entonces Balleza se puso a arengar a los salteadores, diciéndoles que era verdad que los gachupines no habían hecho más que quitarles el pan de las manos; que ellos no trabajaban ni se exponían con otras ideas; pero que no por eso debían de saquear las haciendas ni las casas, cuyos productos se repartirían después con igualdad; que pronto serían los indios dueños de todo; que Nuestra Señora de Guadalupe era la protectora de su causa, y que ya la había comenzado felizmente y con la misma felicidad la concluiría. Les tiraba de cuando en cuando puñados de medios, alternados con las voces de “mueran los gachupines,” con lo que se juntó aún más gente, pero pudo retirarse con la mayor parte de su pelotón, dejando atrás a los prisioneros con sólo una pequeña escolta, entre los insultos y las amenazas de la muchedumbre, que rodeando los coches en que iban, dió en tomar a García Conde por Calleja, gritándole: “¡Ah, perro, ahora no te has de escapar!”, y otras insolencias, hasta que intervino la guardia desengañándola, y logrando escapar.

Como el camino de México estaba obstruído por las fuerzas de Trujillo, el ejército marchó hasta Metepec, de donde se desvió hacia Tianguistengo, destacando, sin embargo, una fuerte columna exploradora sobre el camino de México. Trujillo, que había estado en expectación desde el día anterior, vió aparecer en la mañana del 29 gente de Hidalgo por el rumbo de Toluca, y sospechó que no era sino un ataque falso, y que el verdadero se haría en el puente de Atengo, como se lo confirmó momentos después, el parte del

oficial destacado allí, que pedía refuerzo con urgencia. Aunque se lo mandó, llegó tarde, pues los insurgentes habían forzado ya la posición, pasaron el puente, entraron en Tianguistengo, que está a un paso, y quedándose en esta villa el Cura con el grueso de su ejército, siguieron adelante otras fuerzas a ocupar el camino por donde únicamente podía Trujillo retirarse a México y que es el que conduce a Cuajimalpa. Esto le obligó a replegarse con uno de los batallones de Tres Villas al paraje del Monte de las Cruces, situado a sólo seis leguas de la Capital, sobre el mismo camino de Toluca, a donde dispuso que volvieran dos compañías del Provincial de Infantería de México, que se encontró en el camino, enviadas de refuerzo por el Virrey, señalando aquel lugar como punto de reunión de todas las tropas de su mando. Había dejado defendiendo el puente de Lerma al otro batallón de Tres Villas mandado por el capitán José Mendívil, con un piquete de dragones de España a las órdenes del capitán Francisco Bringas, que sostuvo la retirada que Mendívil emprendió a las cinco de la tarde, dejando todavía en el puente al capitán Pedro Pino, quien aunque tenía al frente una columna de dos mil enemigos, no se retiró sino hasta muy entrada la noche. La retirada que primero hizo Trujillo fué tan oportuna, que media hora después de ocupar él el Monte de las Cruces, llegó la gente de Hidalgo pretendiendo hacer lo mismo, pero la contuvo e hizo retroceder su avanzada con nutridos tiroteos.

Un vasto, espeso y rumoroso bosque, poblado de cedros, pinos y abetos es el Monte de las Cruces, sitio que parece estratégico para poder contener en él militarmente, cualquier invasión al valle de México, procedente del valle de Toluca, a condición de que las tropas que lo defiendan sean bastante numerosas para cubrir una larga extensión del bosque, de uno y otro lado del camino real que lo atraviesa. De este paraje, que lleva ese nombre por las muchas cruces que allí había señalando los lugares donde eran muertos los viajeros asaltados por bandidos, se suceden innúmeros repliegues y sinuosidades formadas por una serie de montañas que no son sino continuación de la alta serranía del Ajusco, atalaya y resguardo del soberbio valle de México en cuyo centro se asienta la ciudad de su mismo nombre. Tal era el lugar escogido por el jefe realista para tratar de contener la oleada insurgente.

En Tianguistengo, donde permaneció el Cura todo el día y tuvo que pernoctar, se le presentó un inglés confesándole haber ido allí a hacer cañones por cuenta de unos españoles que se retiraron a México, agregando que no sólo sabía hacerlos, sino manejarlos, y que se ponía a sus órdenes. El Caudillo aceptó sus servicios, bajo juramento de ser fiel a la causa de la independencia, nombrándolo ingeniero mayor de artillería. Hizo, además, un buen aprovisionamiento en la cercana hacienda de La Cruz, consistente en 100 reses, 105 carneros, 11 caballos, 9 mulas de tiro y un carro, extendiendo un recibo al administrador, "para su constancia y resguardo."

Hidalgo salió bien temprano el día 30 de Tianguistengo, y como a las 8 de la mañana se encontró con una de sus avanzadas, cuyo jefe rindió parte de haberse tiroteado con los

realistas, de lo que resultaron dos heridos y un prisionero que llevaban, informándole, además, de los recursos de Trujillo y del lugar donde esperaba. Pronunciada curva describía el camino por donde marchaban las tropas insurgentes, y, recorrido en su mayor extensión, no tardaron en avistar una vanguardia de caballería realista, contra la que destacaron una de sus columnas. Trabado un breve, pero recio combate, la vanguardia realista logró rechazar a la columna insurgente, haciéndole varios muertos, heridos y prisioneros. En esos momentos Trujillo recibió un oportuno refuerzo enviado por el virrey Venegas, consistente en dos cañones de a cuatro, conducidos por el teniente de navío Ustariz, cincuenta voluntarios mandados por el capitán Antonio Bringas, y trescientos treinta mulatos y criados de las haciendas de don Gabriel de Yermo y de don José María Manzano, armados de lanzas; elementos que aprovechó desde luego distribuyéndolos convenientemente y ordenando la colocación de los dos cañones en un lugar ventajoso, cubiertos con ramas, a fin de ocultarlos al enemigo, para que tomaran confianza y avanzaran hasta ponerse al alcance de sus tiros. A pesar de esta nueva ayuda, las fuerzas de Trujillo consistían apenas en 1,330 infantes, 400 dragones y 2 piezas de artillería; en cambio las de Hidalgo ascendían en aquellos momentos a 83,000 hombres, de los que tres mil eran soldados de infantería y caballería (por partes iguales) que habían defecionado del ejército realista, catorce mil de a caballo armados con lanzas y machetes, y la gran mayoría provistos sólo de lanzas, hondas y flechas. Contaban además con varios cañones. Allende tenía resuelto que las grandes masas de indios no tomaran parte en la acción y quedasen a retaguardia para operaciones muy secundarias en que podrán ser útiles sin exponerse y sin comprometer, por su falta de disciplina, a las fuerzas regladas en las cuales podrían introducir desorden y confusión; pero ellos se dieron por ofendidos, y el Cura fué de opinión en forma insistente, de que debían tomar parte y señalárseles puestos para la batalla. “Trescientos años de triunfos y conquistas de las armas españolas en estas regiones, nos contemplan; —decía Venegas a Trujillo en una carta de mal zurcida literatura, que éste recibiera durante su corta permanencia en Toluca— la Europa tiene sus ojos fijos en nosotros; el mundo entero va a juzgarnos; la España, esa cara patria por la que tanto suspiramos, tiene pendiente su destino de nuestros esfuerzos, y lo espera todo de nuestro zelo y decisión. Vencer o morir es nuestra divisa. Si a Ud. le toca pagar este tributo en un punto, tendrá la gloria de haberse anticipado a mí, de pocas horas, en consumir tan grato holocausto: yo no podré sobrevivir a la mengua de ser vencido por gente vil y fementida.”

Eran las once de la mañana cuando una fuerte columna de ataque se movió en medio de imponente gritería con dirección al centro de la posición de los realistas. Formábanla cinco compañías del Regimiento de Celaya, todo el Regimiento Provincial de Valladolid y el Batallón de Guanajuato, llevando al frente cuatro cañones; los flancos y la retaguardia iban cubiertos por los regimientos de caballería de Pátzcuaro, de la Reina y del Príncipe